

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

TOMO XV. — N° 55

Abril-junio de 1946



BUENOS AIRES

1946

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : Académico ARTURO MARASSO

SUMARIO

IBARGUREN, CARLOS, <i>Palabras con motivo del fallecimiento de don Ramón J. Cárcano</i>	177
SELVA, JUAN B., <i>Verbos nuevos</i>	179
GONZÁLEZ DE LA CALLE, PEDRO URBANO, <i>Glosa a un texto dudoso del maestro Cuervo (Notas de lectura)</i>	193
HENRÍQUEZ UREÑA, MAX, <i>Rubén Darío</i>	203
MONNER SANS, JOSÉ MARÍA, <i>Notas sobre Gustavo Adolfo Bécquer</i> ..	273

Textos y documentos :

GRANADA, DANIEL, <i>Apuntamientos sobre lexicografía americana con especial aplicación al Río de la Plata</i>	287
Acuerdos	367

PRECIOS

Subscripción anual (4 números). \$ m/n	5.00
Número suelto	» 1.50

NÚMEROS ATRASADOS

Un año (4 números)	\$ m/n 7.00
Número suelto	2.00



Mooney

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO XV

ABRIL-JUNIO DE 1946

Nº 55

PALABRAS DE DON CARLOS IBARGUREN

CON MOTIVO

DEL FALLECIMIENTO DE DON RAMÓN J. CÁRCANO

El señor Presidente, doctor Carlos Ibarguren, al dar cuenta a la Corporación del fallecimiento del señor académico don Ramón J. Cárcano, dijo :

« La Academia Argentina de Letras ha sufrido una gran pérdida con el fallecimiento del doctor Ramón J. Cárcano ; con él ha finalizado una vida cargada de obras y de servicios prestados a nuestro país en la política, en el gobierno, en el parlamento, en la universidad, en la diplomacia, en las letras, en la historia y en cuantos campos surcó y fecundó con su talento, su cultura y su patriotismo. Todos los señores académicos han tenido el placer de conocerle de cerca en nuestras reuniones privadas y apreciar el encanto de su trato, la agudeza de su inteligencia, la amplitud de sus conocimientos, la bondadosa tolerancia de su espíritu, la sabiduría de su experiencia y la atracción de una juventud perdurable que iluminaba su ancianidad, y que se prolongó más

¹ Léidas en junta del 27 de junio de 1946.

allá de sus « primeros ochenta años », como él tituló a su último libro. La memoria del doctor Ramón J. Cárcano merece que esta Academia le tribute un homenaje más significativo que el de haberse asociado a los honores fúnebres acordados con motivo de su sepelio, y propongo que se dedique una sesión especial en la que se recordará la personalidad y la obra de este ilustre argentino, realizando así nuestra Corporación, que no pudo recibirlo oficialmente en reunión pública, un acto consagrado a evocar su vida y su labor fecundas ».

Los señores académicos se pusieron de pie en homenaje a la memoria del doctor Cárcano y aprobaron unánimemente la proposición del señor Presidente, autorizándolo para organizar la realización de la sesión pública acordada. Ésta se efectuará al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento del doctor Cárcano.

VERBOS NUEVOS

Llamo «nuevos» a los verbos que voy a presentar porque aun no han tenido cabida en la XVI edición del Léxico académico.

Al tratar el crecimiento que se produce en nuestra habla por acción de los sufijos, pasé por alto los verbos que forma la terminación *-ar*. Su mucha abundancia exigía capítulo aparte.

Van en este artículo: presentaré en primer término los que se forman por derivación inmediata con la *terminación* o *sufijo -ar*; luego los de derivación mediata que intercalan el sufijo *-iz*, *-fic* o *-e* (*iz-ar*, *fic-ar*, *e-ar*), antesufijos si se cuenta a *izar*, *ficar* y *ear* como sufijos; y finalmente irán los parasintéticos, aquellos que se componen con prefijos y sufijos.

En la lista que irá a continuación se verá cuan copioso es el caudal de verbos nuevos, tan dignos de figurar en el Léxico como los que ya han sido admitidos; pertenecen algunos de ellos al lenguaje hablado o vulgar y muchos de ellos, la mayoría, al lenguaje escrito o más literario. Sólo en mérito de la brevedad dejo de consignar las citas de autoridades que podrían dar fe de la validez de cada voz presentada. Bastará que repita que ninguna es de mi invención, que todas ellás

son, como declaraba Palma, a propósito de sus papeletas, «públicas y notorias»; o están en el *Dic. de argentinismos*, del doctor Segovia, o en el *Dic. Arg.*, de Garzón, o en el *Vocabulario Rioplatense*, de D. Granada, o en las *Notas al Cast.*, de Monner Sans, o en el *Dic.*, de Bermúdez, o en el *Tesoro de Catamarqueñismos*, por Lafone y Quevedo, o en las obras de los lexicógrafos A. Herrero Mayor, Padre Ragucci, Castex, Forgione, Schallman, Capdevila, Cantarell Dart, Ezeiza Gallo, Arrazola, etc., o bien han sido puestas en letras de molde por algunos de nuestros principales escritores. Daré cuenta, de preferencia, de algunos de los lexicógrafos o hablistas de otros países de habla castellana que han mentado las voces que apunto, dato que resulta de utilidad para el mejor conocimiento de la extensión geográfica que abarca cada palabra.

POR DERIVACIÓN INMEDIATA

Con la terminación *-AR*: Han tenido entrada en la XVI edición: alforzar, anestesiar, asilar, aureolar, caricaturar, clausurar, complementar, convulsionar, chantar, distanciar, dobladillar, emocionar, entrevistar, esbozar, escobillar, escollar, estampillar, evolucionar, expensar, fragmentar, fusionar, ilusionar, incrementar, lesionar, macollar, manufacturar, monologar, orquestar, pealar o pialar, prestigiar, prologar, raptar, sablear, seleccionar, solucionar, tertuliar, anchar, indigestar, repletar, etc. Verbos nuevos: *anquilosar* (P. R. Morales), *arpegi*. (Alemany, Toro y Gisbert), *arpon*. (F. J. Santamaría), *atorr*. (nacido por derivación inversa de su afin «atorrante», ya admitido por la Acad.), *atrasarse* (F. J. Santamaría; sufrir menoscabo en intereses o en la

salud), *auspici*. (y a propósito del primitivo «auspicio» es de advertir, con Cuervo, que es mejor «empezar un negocio con buenos o malos auspicios» y no *bajo*, como dice el *Dic. Acad.*), *biografi*. (Toro y Gisbert, Alemany y P. Morales), *bis*. (R. Arrazola), *bocete*. (E. Pardo Bazán y P. Morales), *caratul*. (Schallman), *cens.*, *cerebr*. (C. Bonet), *cloroform*. (Echeverría y Reyes, Ortúzar; la Acad. sólo trae «cloroformizar» que poco usamos), *complotarse* (Echeverría y Reyes, Ortúzar. Aceptado el galicismo «complot» corresponde admitir también el derivado), *confidenci*. (F. J. Santamaría), *constel*. (Toro y Gisbert), *control*. (del fr. *contrôler*, o de «control», del fr. *contrôle*; galicismos, si se quiere — el anterior, «complot», no lo es menos —, pero se impondrán por el uso; para hablar castizamente podríanse sustituir estas voces con «contrapesar» y «contrapeso», mas no con el anticuado «contralorear» y su afín «contralor», del fr. *contrôleur*, como se aconseja erradamente, pues tienen distinta significación), *correlacion.*, *costal*. (dar una costalada), *chair*. (Schallman), *chang*. (hacer «changas», trabajos de faquín, Schallman), *chingarse*, *chumarse* (u. en el interior: emborracharse, Méjico), *chuz*. (u. en Colombia, según el *Dic.* de Uribe y U.; empleamos con más frecuencia la terminación *ear.*, *chucear*), *debit*. (de débito; anotar en el «debe»), *decepcion*. y *decepcionarse* (Tobar), *defeccion*. (Palma), *diadem*. (Toro y Gisbert y Díaz Rodríguez), *diplom*. (F. J. Santamaría), *distanciarse* (estar «distanciados» es estar resentidos, tener sus diferencias, dejar de tratarse), *egres*. (así como de «ingreso» ha podido der. «ingresar», de «egreso» nace *egresar*), *esling*. (R. Arrazola), *esterill*. (R. Arrazola), *expansion*. (se dirá que está demás desde que existe «expandir»; ha sido usado por doña E. Pardo Bazán, correspondencia

inserta en *La Nación* del 12 de abril de 1914, y esto basta para que lo tengamos en buena cuenta), *expedicion.* (Palma), *estern.* (Toro y Gisbert y B. Fombona), *extorsion.* (Palma, Cuervo), *faen.* (matanza y preparación de las reses en los saladeros y frigoríficos), *financi.* (J. F. Santamaría), *flexion.*, *hamac.* y *hamacarse* (columpiar y columpiarse. «Hay que hamacarse para conseguir tal o cual cosa», es fig. «hay que moverse o trabajar mucho»), *incursion.* (Schallman), *influen.* (más correcto, más breve y mejor en todo sentido es «influir»; mas al fin nos dejaremos *influenciar* con tanto escritor que pone en uso este verbo inútil; y acabará por entrar en el *Léxico* esta palabreja, como han entrado «anexionar», «subvencionar» y otros verbos que están en condición muy semejante. Los italianos tienen a *influenzare* e *influire*), *invektiv.* (Palma), *masill.* (= «enmansillar»), *mocion.* (u. en Ecuador, según G. Lemos R.; en Méjico, según F. J. Santamaría; en P. Rico, según Malaret y en Honduras, pues figura entre los barbarismos fustigados por Membreño; acaso sea lo más propio informar que anda por todas las naciones donde se habla castellano), *music.* (Padre Ragucci), *nimb.* (Toro y Gisbert), *novi.* (hacer de novio), *objetiv.*, *obsession.* (Uribe y U.; Toro y Gisbert prefiere *obseder*), *obstrucion.* (R. Arrazola), *ofert.* (= ofrecer. que será siempre preferible), *ortig.* y *ortigarse* (Echeverría y Reyes), *ovacion.* (es contado como barbarismo por Toro y Gisbert; se viene imponiendo, aunque basta con «aplaudir»), *peticion.*, *pichinch.* (de «pichincha»), *pisp.* (es figar o acechar; probablemente se der. del canariense «pispá»), *presion.* (G. Lemos R. y F. J. Santamaría), *prestidigit.* (de presto y dígito, consta en la Acad. «prestidigitador»), *presupuest.* (hacer un presupuesto, «presuponer»; citado por Echeverría y Reyes, Palma,

Cuervo, Toro y Gisbert y por Valera, lo que indica que es corriente en América y España), *program.* (M. L. Amunátegui Reyes), *prudenci.* (F. J. Santamaría), *quirquinch.* (cazar «quirquinchos». Regionalismo del N., M. Lizondo Borda), *refaccion.* (Cuervo; vale en S. América por reparar, componer; y sustituímos a «refección» con *refacción*), *revolucion.* (Ortúzar, Echeverría y Reyes, Cuervo), *salvanguard.*, *semill.* («echar semillas» una planta) *señal.* (marcar el ganado en la oreja), *serruch.* (Echeverría y Reyes, Ortúzar, Cuervo), *sesion.* (no fué del agrado de Monner Sans; me parece muy útil, y consta en las obras de Echeverría y Reyes, Palma, Tobar y Toro y Gisbert), *silenci.* (Echeverría y Reyes, Palma, Cuervo. Falta también en el *Léxico*, *silenciador*, aparato indispensable para amortiguar el ruido de los motores que han de funcionar en centros poblados), *suplement.* (R. Arrazola), *tarug.* (F. J. Santamaría), *tornill.* (F. J. Santamaría), *trisar*, *-se*, *vainill.* (F. J. Santamaría), *victim.* (Palma, G. Lemos R.), *vich.* (probablemente de «vigiar»), *viv.* (dar «vivas» victorear o vitorear; Echeverría y Reyes, Palma), etc.

Los verbos que hasta aquí he anotado toman generalmente su tema de nombres; agregaré algunos que se derivan de adjetivos, como anchar, indigestar y repletar, recientemente admitidos: *adjuntar* (Rivodó, Cuervo. Éste advierte que es voz inútil desde que están «incluir» y otros modos de expresar lo mismo; mas la existencia de uno o varios sinónimos no es motivo que obsta para que se imponga el término), *externar* (Toro y Gisbert), *imbricar* (F. J. Santamaría), *mezquinar* (Echeverría y Reyes, Ortúzar, Cuervo), *opacar* y *-se* (antítesis de «transparentarse»; censurado por Orellana, lo que basta para dar a conocer que es corriente en España; anotado por Cuervo, quien trae una cita del Conde de Rebo-

lledo, lo que corrobora que es de uso antiguo en la madre patria), *primar* (Ortúzar), *taimarse*, etc.

POR DERIVACIÓN MEDIATA

Con el suf. -IZAR. Según Torres y Gómez (*Gram. Hist.*, pág. 285) *izar*, del lat. *issare* o *izare*, que en lat. y griego es desinencia imitativa, tiene en castellano casi la misma connotación de *ficar*, hacer. Aceptados en la XVI ed.: *actualizar*, *adverbializar*, *africanizar*, *anarquizar*, *apologizar*, *catolizar*, *elegantizar*, *esdrujulizar*, *especializar* y *-se*, *esquematar*, *exteriorizar*, *extranjerizar*, *germanizar*, *gongorizar*, *higienizar*, *hospitalizar*, *humanizar*, *inmunizar*, *insensibilizar*, *ironizar*, *militarizar*, *modernizar*, *municipalizar*, *nacionalizar*, *normalizar*, *novelizar*, *pormenorizar*, *quimerizar*, *romanizar*, *sinfonizar*, *sintonizar*, *socializar*, *solidarizar*, *teorizar*. Verbos nuevos: *academizar* (de Alba), *agil.*, *agud.* (P. Morales), *aleman.* y *alemanizarse*, *american.* (Tobar), *antipat.* (Cuervo), *argentín.* y *argentinizarse*, *aristocrat.* (Echeverría y Reyes, Ortúzar, Baralt), *asept.* (Toro y Gisbert y P. R. Morales), *automat.* (Palma), *babel.* (Herrero Mayor usa *babelización*, der. que autoriza este verbo), *comercial.* (Schallman), *confratern.* (R. Arrazola), *contabil.* (Schallman), *corpor.* (Toro y Gisbert), *cultur.* (Schallman), *federal.* (Schallman), *folklor.* (Schallman), *gramatical.*, *hermet.* (Schallman), *higien.* (Schallman), *idiot.* e *idiotizarse*, *imbecil.* (Schallman), *independen.* e *independizarse* (Ortúzar. Se ha dicho que es incorrecto porque el der. de «independiente» sería *independientizar*; puede contarse que se ha tomado el radical de «dependen» — *in-depend-izar*—; sea como fuere es verbo que se impone de veras con la autoridad que le prestan nuestros

mejores escritores: J. M. Gutiérrez, los Estrada, Mitre, los Quesada, J. V. González, etc. Llega hasta Méjico, *Dic. de F. J. Santamaría*, y hasta P. Rico, *Dic. de Malaret*), *interior.*, *jerarq.* (Schallman), *macadam.* (aplicar el *macadam.*, pavimento de pedrisco que lleva el nombre del inventor, MacAdam. Consta en Cuervo, Rivodó, Baráibar, etc.), *madrigal.* (Toro y Gisbert y Rubén Darío), *masculin.* (Palma), *monarqu.* (Palma), *monoton.* (Schallman), *memdan.* (Toro y Gisbert), *neolog.* (Schallman), *obstácul.* (Echeverría y Reyes), *oficial.* (Schallman), *paralel.* (Schallman), *pasteur.* (la Acad. ha aceptado la forma « pasterizar »), *peruan.*, *platon.* (Toro y Gisbert y Díaz Rodríguez), *polon.*, *profesional.* (Schallman), *protagon.* (M. L. Amunátegui Reyes), *quiche.* (F. J. Santamaría), *regional.* (Schallman), *relativ.* (Toro y Gisbert y Díaz Rodríguez), *respetabil.* (Palma), *responsabil.* y *-se*, *romant.* (Toro y Gisbert y Rubén Darío), *salvaj.* (R. Rojas ha usado el part., *salvajizado*), *sentimental.* (Schallman), *sincron.* (Schallman), *sinfon.* (Toro y Gisbert y Vargas Vila), *sublim.* (Schallman), *valor.* (Echeverría y Reyes), *verbal.* (Schallman), *viril.* (Schallman, C. M. Bonet), *vital.* (Schallman), *volterian.* (Palma), etc.

Es innegable que el crecimiento que hemos venido anotando se produce en todas las lenguas flexibles y muy semejantemente en las neolatinas, con más parecido, por cierto, en el portugués, la más próxima al castellano, tanto que hasta tiene sufijos (también prefijos) exactamente iguales a los nuestros, tales *-ante*, *-ente*, *-dor*, *-ista*, *-mento*, *-ismo*, *-orio*, y en los verbos, a la par de *-ar*, *-izar*. La mayoría de las palabras formadas con estos sufijos resultan iguales a las nuestras, tanto en la forma como en su significación. En la obra *Atentados a Gramática*, del ilustrado filólogo brasileño

A. Tenorio D'Albuquerque, hay un vocabulario de palabras formadas con estos sufijos, palabras que aun no figuran en los diccionarios más conocidos. Para que se vea cuan patente resulta el parecido con nuestra habla voy a tomar de esta obra (pág. 151) una serie de verbos terminados en *-izar* que bien pueden figurar entre los que vengo presentando. Están «adverbializar», «alfabetizar» y algunos otros que ya aceptó el *Dic. Acad.*, pero, como se verá, es larga la lista de los no admitidos aún; entre éstos se cuentan los siguientes: *acidulizar, alemanizar, anormalizar, apalpabilizar, artificializar, bolchevizar, britanizar, carnalizar, carnavalizar, clericalizar, conciliabulizar, condicionalizar, convencionalizar, cordializar, corporizar, credencializar, daltonizar, desanimalizar, desarborizar, desalfabetizar, desbrutalizar, desinvidualizar, desinternacionalizar, desoficializar, faquirizar, histerizar, horizontalizar, ilegalizar, impersonalizar, impenetrabilizar, impopularizar, inocentizar, insuperabilizar, integralizar, irresponsabilizar, laicizar, melancolizar, mentalizar, mimetizar, miserabilizar, misticizar, motorizar, nacarizar, narcizarse, neologizar, neurastenizar, neuropatizar, nobilizar, originalizar, patronizar, perpendicularizar, perpetualizar, plasticizar, polimorfizar, ponderabilizar, presidencializar, profanizar, radicalizar, recolorizar, remilitarizar, repopularizar, rigorigar, sedentarizar, semicivilizar, sensacionalizar, serenizar, servilizar, sindicalizar, sintomatizar, sovietizar, supersensibilizar, transcendentalizar, traumatizar, vandalizar, virilizar y vocabularizar.*

Con el suf. *-FIGAR* (*fic-ar*). Del lat. *ficare*, hacer. Aceptados en la XVI ed.: *intensificar, lubricar, tonificar*, etc. Verbos nuevos: *aerificar* (de Alba), *autenti*. (P. R. Morales. Está *autenticar*), *boni.*, *nuli*. (R. Arrazola), etc.

Con el suf. -EAR (e-ar). La desinencia *ar* se convierte en *ear*, según Monlau, en los verbos frecuentativos o iterativos; se emplea también para indicar sentido despectivo, según Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 25). En mi *Guía del buen decir*, cap. V, presento detalles sobre muchos de estos verbos; me limitaré aquí a dar una ligera enumeración con los nuevos ejemplos que he podido anotar:

1° Así como coexisten agujerar y agujerear, atenazar y atenacear, besucar y besuquear, etc., ha agregado la XVI ed.: borbollear, borbotear, discursar, martillear, mordisquear, telefonar, etc. Verbos nuevos: *abaniquear*, *amargu.* (citado por P. de Mugica), *apuñal.* (Uribe y U.), *arbol.*, *barren.*, *confit.*, *chanchull.* (F. J. Santamaría), *chirl.* (Aplicar «chirlos», F. J. Santamaría), *chupinar* y *chupin.* (cortar la cola), *disparat.*, *espum.*, *filosof.* (Rodríguez Marín), *gracej.*, *ladr.*, *manipul.*, *monologu.* (R. Arrazola), *latigu.* (F. J. Santamaría), *olisqu.*, *parraf.* (R. Arrazola), *past.*, *pichinch.* (R. Arrazola), *quebraj.*, *rastrill.*, *retac.*, *vals.*, *vichar* y *vich.* (atisbar, espiar; del portugués *vigiar*, probablemente. Constán en el *Dic.* de F. J. Santamaría. El *vichero* era un pequeño orificio que se hacía en los ranchos, a la altura de los ojos, para atisbar desde adentro), etc.

2° Derivados de nombres: *alacranear* (hablar mal del prójimo), *arpon.* (F. J. Santamaría), *badulaqu.*, *balagu.* (F. J. Santamaría. *Balaguero* es fanfarrón y charlatán), *balcon.* (R. Arrazola), *band.* (pasar de banda a banda), *basur.* (de uso muy vulgar: vencer o matar en pelea. R. Arrazola), *bayonet.*, *becerr.* (de uso muy vulgar: dar un *becerro* o *becerrada*, fornicación de varios, en pandilla, con la misma mujer), *bochinch.*, *boicot.* (de Mr. Boycott), *bolich.* (de «boliche», tenducho o fígón), *bolsiqu.*, *bomb.* (sacar agua con bomba),

botarat., *cachet.*, *calot.* (del gallego *calote*), *cambron.* (usar el insulto de Cambronne), *camorr.* (R. Arrazola), *carambol.* (P. de Mugica), *cargos.* (= Chile), *carnaval.* (G. Lemos R.), *cascot.*, *cerd.* (arg.: cortar la cerda de las caballerías), *coim.* (F. J. Santamaría), *compadr.* (arg.), *coscorron.* (F. J. Santamaría), *costur.* (R. Arrazola), *cuerp.* (más correcto sería *corpear*), *culat.* (dar coz las armas de fuego), *chacar.*, *champan.* (G. Lemos R.), *changar* y *changu.* (argent., afín de «changa» y «changador»), *chech.* (Schallman), *chican.* (del gal. *chicana*), *chin.* (= Chile, Lenz), *chingan.*, *chinit.*, *chisquet.* (más usamos *chijetear*; tan vulgar como su afín *chijete*), *chivat.*, *chuc.*, *churrasqu.* (arg.), *churret.*, *-se*, *disparat.* (R. Arrazola), *espuel.* (R. Arrazola), *estaqu.* (F. J. Santamaría), *fandangu.*, *felp.* (u. en el sentido de zurra), *flirt.* (del anglicismo *flirt*), *galgu.*, *gallet.* («colgar la galleta» y «dar calabazas»), *garron.* (golpear o herir en los garrones, = Méjico), *gorgot.* (consta «gorgoteo»), *guarangu.* (arg.), *guasqu.* (arg.), *guitarr.* (Toro y Gisbert), *hociqu.*, *hurquet.* (de «hurquete»), *jolgor.* (de «jolgorio»), *julep.* (asustar), *lat.*, *list.* (Toro y Gisbert y S. Rueda), *lonj.* (R. Arrazola), *lot.*, *macan.* (lo usó Unamuno en una de sus correspondencias a *La Nación*; tiene tanto uso como sus afines «macana», «macanazo» y «macanudo», aceptados por la R. Acad.), *macaqu.*, *maños.*, *mat.* (Schallman), *matrer.* (F. J. Santamaría), *metafisiqu.* (Palma), *morrongu.* (dormitar como el «morrongo»), *mosquet.* (Salvá), *muequ.* (Toro y Gisbert y Rubén Darío), *nacar.* (Toro y Gisbert y S. Rueda), *ocios.* (R. Arrazola), *oringu.* (Cejador), *palangan.* (Palma y G. Lemos R.), *palanqu.* (atar al palenque para amansar), *pap.* (tirar papas), *pav.* (Echeverría y Reyes), *payas.* (F. J. Santamaría), *pedac.* (F. J. Santamaría), *pelud.* (arg., cazar «peludos»), *pescozon.*,

polemiqu. (Toro y Gisbert y Unamuno), *poltron.* (F. J. Santamaría), *polv.* (Toro y Gisbert y Vargas Vila), *porrac.* (Toro y Gisbert y S. Rueda), *pucher.* (Schallman), *quilomb.* (R. Arrazola), *rabisals.* (Cejador), *rabon.* (hacer novillos), *ran.* (Cejador), *rebenqu. report.* (del anglicismo *reporter*, reportero), *retac.* (R. Arrazola), *rosqu.* (Cejador), *tab.* (arg.; jugar a la taba), *taj.*, *tangu.*, *taqu.* (jugar al billar), *tempran.* (F. J. Santamaría), *tilingu.*, *timb.*, *tiron.*, *tit.* (R. Arrazola), *toquet.* (F. J. Santamaría), *trapalon.* (de trapalón), *uñet.* (*uñatear* para F. J. Santamaría), *verr.* (Cejador), *vibor.*, *vist.* (argentínismo: simular una lucha, con armas o a mano limpia, dando y atajando golpes), *zamarron.* (G. Lemos R.), *zanj.*, etc.

3º Derivados de adj. (que a la vez pueden usarse como sustantivos): *balaquear* (de *balaquero*, fanfarrón), *barbar.* (R. Arrazola), *bastard.* (Toro y Gisbert y Díaz Rodríguez), *brabucon.* (Toro y Gisbert y Martínez Ruiz), *brut.*, *calaver.* (G. Lemos R.), *curiosear*, *chavacan.*, *chambon.*, *chichon.* (Schallman), *chuequ.*, *gangos.* (R. Arrazola), *gorron.*, *hurguet.* (F. J. Santamaría), *lerd.*, *macaqu.* (monear), *machon.*, *majader.* (Ortúzar), *mañer.*; *maton.* (Toro y Gisbert y Pío Baroja), *matrer.*, *ocios.*, *pijotear.* (F. J. Santamaría), *poltron.*, *rengu.* (consta «renquear», que poco usamos), *taramban.* (F. J. Santamaría), *tilingu.* (decir o hacer *tilingādas*, acciones propias de *tilingos*, memos o tontos), *vorac.*, *zalamer.* (F. J. Santamaría), *zonc.*, etc.

PARASINTÉTICOS

Con el prefijo **A**, como amachinarse, amigarse, apunarse, atirantar, etc., aceptados en la XVI edic. Verbos nuevos:

abalastrar (F. J. Santamaría), *abalear* (Cuervo; fusilar, herir a balazos), *abatarse*, *abicharse*, *abiscochar* o *abizcochar* (el *Léxico* trae «abizcochado»), *abombacharse* (F. J. Santamaría), *abombillarse* (F. J. Santamaría), *aborricarse* (Palma), *abuénar* y *-se* («abonar», que da el *Dic.*, aunque más conforme con las leyes filológicas, se presta a confusiones de significado que no permite nuestro derivado), *aburrarse*, *acalambrarse* (Echeverría y Reyes, Ortúzar, Gagini, Cejador), *acamastronarse* (Palma), *acariñarse* (= en gallego), *acastillar* y *-se* (Mugica; consta «acastillado»), *acolchonar* (Cuervo), *acriollarse* (Echeverría y Reyes, Palma), *acunar* (P. R. Morales), *achabacarse* (Toro y Gisbert), *achinarse* (no es la síncopa de «acochinar» que trae la *Ac.*; sino derivado de *china*, arg. que vale por mujer pebleya, de baja condición), *achiquitarse* (Cuervo), *achirlarse* (es estar o quedar avergonzado, afrentado, como quien recibe un chirlo; hay, según se ve, un traslado en la significación), *acholarse* (Palma. Equivale a intimidarse, por la timidez que es característica del *cholo*; sólo se usa al N. de la Rep., proximidades de Bolivia), *achocolatar* (Toro y Gisbert y Blasco Ibáñez); Pío Baroja usó *achocolatado*), *achucharse* (tener calofríos; der. de *chucho*, fiebre palúdica que suele atacar en algunas regiones del N. argentino), *afiebrar* y *-se* (Ortúzar), *afiligranarse* (Toro y Gisbert y S. Rueda), *aflautar* y *-se* (atipliar y *-se*. Ortúzar, Cejador), *afofarse* (Alba), *aformar* (Mugica), *agaucharse* (arg.), *agringarse* (arg.; de gringo), *aguasarse* (arg.; de guaso), *ahembrar* (P. R. Morales), *ahombrarse*, *aindiarse*, *ajesuitarse*, *alemanarse* (F. J. Santamaría), *amestizarse* (F. J. Santamaría), *amuchar* (R. Arrazola), *amohosarse* (el vulgo dice *amojosarse*), *amujerarse*, *apaisanarse*, *apamparse*, *apenumbrar* (Toro y Gisbert), *apilonar* (apilar), *apozarse* (Eche-

verría y Reyes, Ortúzar, Cuervo, Cejador. Palma trae *empozarse*, que es poco usado en la Arg.), *aprovisionarse* (Palma), *apuñalear*, *arrepollar* y *-se* (consta en la Acad. «repollarse», forma que poco usamos), *aseñorar* y *-se* (Mugica. Conozco desde chico esta adivinanza popularísima: «una señorita muy *aseñorada*, con muchos remiendos y sin ninguna puntada»: la gallina), *aserruchar* (Cuervo. Por analogía con «aserrar»; también ú. *serruchar*), *asimplarse* (está el part. «asimplado»), *atersarse* (Toro y Gisbert y A. Reyes), *atornasolar* (la Acad., «tornasolar»), *atortarse* (dícese en leng. familiar de la mujer que se queda indolentemente sentada), *atorunarse* (R. Arrazola), *atrabancarse* (encontrarse con trabas o dificultades), *azonzarse* (F. J. Santamaría), etc.

Con el pref. ANTI (del gr.; expresa contrariedad u oposición): *antipalzar* (F. J. Santamaría), etc.

Con el pref. DES, como desbrazarse, despeñarse, desternillarse, etc.: *desbarrancar* y *-se* (Palma, Cuervo, Arrazola), *desbreñar* (P. Mir), *desbisagrarse* (P. Mir), *descalificar* (P. Mir, Arrazola), *descamar* (Mugica. La Acad. trae «descamación»), *descamisar* (Palma, F. J. Santamaría. Consta «descamisado» en la Acad.), *descarozar* (sacar el *carozo* a las frutas para prepararlas en dulces, confituras o en otra forma cualquiera. Hay una especie de orejones que llamamos *descarozados*. En la Arg. decimos *carozo* y no «cuesco», acaso por eufemismo), *descatolizar* (Palma), *descriollarse* (Schallman), *descriollizar* (Herrero Mayor), *descuadrilarse* (en la Acad. está «descuadrillarse», que no usamos), *descuercar*, *deschapar*, *deschavetarse* (Palma, Arrazola. Cuervo presenta el part. *deschavetado*), *desdibujar* (Toro y Gisbert y Unamuno), *desdoncellar* (Palma), *desmatrimoniar* (Aicardo), *despernancarse* (Palma. La Acad. lo anota como desusado y

da como voz corriente a « esparrancarse », desconocida en la Arg.), *despretinarse*, *despulmonarse* (Toro y Gisbert y A. Reyes), *desquietar* (P. Mir), *destiranzar* (P. Mir. La Acad. trae el part. « destiranzado »), *desvasar* (recortar el vaso o uña de las bestias), etc.

Con el pref. ENTRE. Este pref. ha tenido suerte con la Acad., pues ha aceptado, en la XVI edic., todos los que yo proponía: *entrecerrar*, *entrecomar*, *entrecruzar*, *entrechocar*, *entrelinear* y *entrevistarse*.

Con el pref. RE, como reparar, reponer, etc.: *recauchar* (R. Arrazola, quien advierte que se debiera decir *reencauchar*. Se usa también *recauchutar*).

Con los pref. DES y EN, como desenrizar, desencajonar, desencarcelar, etc.: *desenfruncir* (Toro y Gisbert y A. Reyes), *desenroñar* (P. de Mugica), *desenroscarse*, (P. Mir), etc.

Quedan anotados muy cerca de quinientos verbos que llamo nuevos porque reclaman su inclusión en el *Léxico* de la R. Academia. Podrán entresacarse no pocos que no merecen tal distinción; pero aun descontando cuanto se quiera, muestra esta incompleta enumeración el vigor, la mucha facilidad con que crece nuestra incomparable habla.

JUAN B. SELVA.

GLOSA A UN TEXTO DUDOSO DEL MAESTRO CUERVO

(NOTAS DE LECTURA)

Por mi distinguido y estimado amigo don Luis Alfonso — y en carta particular fechada el 25 de marzo próximo pasado — me ha sido propuesta la revisión del siguiente pasaje del trabajo del maestro Cuervo titulado *Estudios filológicos*, incluido en el *Anuario de la Academia Colombiana*, t. I, pág. 56, n° 1, reimpresión del año 1935: « Döderlein sugiere que *ecce* es imperativo duplicado de un verbo *eco*, afín de *eculus*, lo cual viene a ser lo mismo que sacarle del sánscrito. También sugiere este autor el imperativo $\ddot{o}\chi\epsilon$, pero fuera de lo dicho en el texto en general, ni en la forma ni en el uso hay correspondencia entre los dos vocablos ».

Consultada la primera edición del mencionado *Anuario* (que presenta esta portada: *Anuario de la Academia Colombiana año de 1874*, t. I, Bogotá, Imprenta de El Tradicionista, 1874), a la pág. 54, n° 1 de dicha producción, leo: « Döderlein sugiere que *ecce* es imperativo duplicado de un verbo *eco* afín de *oculus*, lo cual viene a ser lo mismo que sacarle del sánscrito. También sugiere este autor el imperativo $\acute{\epsilon}\chi\epsilon$ (*sic*, por $\ddot{\epsilon}\chi\epsilon$) » ... Tan sencillo cotejo permite, pues, corregir sin dificultad los lamentables errores de la reimpre-

sión del año 1935 del susomentado *Anuario* en el pasaje de referencia : *eculus* por *oculus* y $\omega\chi\epsilon$ por $\epsilon\chi\epsilon$.

Mas ¿quedan así disipadas todas las dudas que suscita el texto revisado? Confieso que, en lo que me concierne, después de la rectificación indicada, he sentido una duda doctrinal, que me ha estimulado a seguir mi modesta labor revisora. No recuerdo haber oído hablar nunca de «imperativos duplicados», y tanto en el texto transcrito de la edición del *Anuario de la Academia Colombiana de 1874*, como en el respectivo, también antes copiado, de la misma obra en la reimpresión de 1935, la plena coincidencia literal de la frase «Döderlein sugiere que *ecce* es imperativo duplicado de un verbo *eco*» ... en las dos susodichas ediciones, permite atribuir tales palabras, sin vacilación alguna, al maestro Cuervo. Creo que no se conservan los originales manuscritos de los *Estudios filológicos* del citado maestro; cuando menos, puedo bien decir que esas cuartillas autógrafas no han sido asequibles a mis más diligentes pesquisas. Mas sigo pensando que la atribución al maestro de las palabras últimamente transcritas, en las que se advierte una absoluta coincidencia en las dos ediciones cotejadas, no es ciertamente una temeridad ¹.

¹ De la exactitud de esta conjetura me advierte mi compañero de Instituto, don Fernando Martínez, al llamarme la atención sobre el siguiente texto (n. 1, pág. 394 de la *Gramática de la lengua latina... por M. A. Caro y Rufino J. Cuervo*, novena edición, Bogotá, Librería Americana, 1929): «*Ecce* es probablemente imperativo de algún antiguo verbo de la misma raíz de *oculus* (acaso el sánscrito *rksh*, ver, cf. POTT, *Et. Forsch.*, I Th. S. 417; DÖDERLEIN, *Lat. Syn. und Etym.*, VI, 112); otros, acaso con menos acierto, dicen se compone de *en* y *ce*. En cuanto a *en*, parece derivarse de una raíz demostrativa. V. GESENIUS, *Lex. Hebr.*, s. u. *hen*.

Pues bien, ahora tengo que advertir que las palabras últimamente destacadas y citadas, *no* reflejan con la debida precisión ni la opinión de Döderlein en alguna de sus principales obras, ni la de los expositores que se han hecho eco de las doctrinas de dicho filólogo. Prueba al canto. He consultado en la Biblioteca Nacional de Bogotá la obra titulada *Lateinische Synonyme und Etymologien von Ludwig Doederlein Erster Theil*, Leipzig 1826 bei Fried. Chr. Wilh. Vogel.-Zweiter Theil. Leipzig 1827 bei Fried. Chr. Wilh. Vogel.-Dritter Theil. Leipzig 1829 bei F. Ch. W. V.-Vierter Theil. Leipzig 1831 bei F. Ch. W. V.-Fünfter Theil. Leipzig 1836 bei F. Ch. W. V.-Sechster Theil. Leipzig 1838 bei F. Ch. W. V.» (F. C. n^{os} 04288-04290). Las seis mencionadas partes ocupan tres volúmenes y precisamente en el tercer volumen, parte sexta, pág. 109, leo : « *ecce* ist der active, *eccere* der deponentale Imperativ von ΕΚΚΩ, wovon ἔκκων · ὀφθαλμὸν Hes. Vgl. *oculus*. Dieses *eccere* ist ein Homonymum von *eccere jus jurandum est ac si dicatur per Cererem ut ecaster, edepol* Fest. worach der Zusatz : *Alii pro ecce positum accipiunt*, berichtigend zu deuten ist. Oder solle *ecce* eine lateinische Form von ἔχε, und *eccere* von ἔχε ἔῃ sein ? » y en la pág. 244 : « *oculus*, Diminutiv von ὄκκος · ὀφθαλμός Hes. Auge. Vgl. *ecce, eccere* ».

Creo que el cotejo que acabamos de ofrecer no permitirá dudar de que Döderlein no habla, en el pasaje transcrito cuando menos, de un « imperativo duplicado », entidad doctrinal en el orden lingüístico manifiestamente fantástica. Pero de la bibliografía, nada copiosa por cierto, de la labor científico-lingüística de Döderlein, sólo los « Synonyma » pueden ser aludidos en la imprecisa cita del maestro que ha provocado estas glosas. Y en el fondo Cuervo de la Bib. Naç.

de Bogotá no he podido hallar más obra de Döderlein que la que he citado y esta otra, que ahora menciono, interpretación inglesa de un resumen de la reseñada primeramente: *Döderlein's Hand-book of Latin Synonymes. Translated by Rev. H. H. Arnold B. A. with an introduction by S. H. Taylor, L. L. D. Boston: Draper and Halliday.... 1867.* En la introducción de esta versión americana, págs. III, IV y VIII, leemos respecto a la bibliografía de las obras de Döderlein y al origen de la que ahora citamos, estas explícitas palabras: « The most important of these are: *The formation of Latin Words; A Homeric Glossary; Handbook of Latin Etymology; Latin Synonymes and Etymologies*, in six volumes; on this he labored more than twelve years, the first volume appearing in 1828. From this latter work, the volume here presented was prepared by the author, and first published in 1840.... The present edition of this work is reprinted from the second London edition, which is essentially the same as the first, with a few corrections and improvements ».

Se trata, pues, en el texto que acabamos de citar, de un *Manual* (Handbook) de los extensos « Synonyma » mencionados previamente y en la pág. 71 de tal « compendio », se dice: « EN; ECCE. En (ἦνί) means, see here what was before hidden from thee! like ἦν, ἦνί, ἦνίδε; whereas ecce (ἔχρε?) or the reduplication of the imperative of Eco, to see, oculus?) means, see there what thou hast not before observed! like ἰδοῦ (vi. 112) ». Pero adviértase que el texto del resumen que acabamos de citar, es menos preciso que el correspondiente de la obra magistral previamente mencionada¹ y dis-

¹ Ese extremo tiene precisa comprobación, evacuando en la obra extensa la cita vi 12 del « Manual » susodicho. En efecto, en los *Synonyma*

poniendo de ésta, parece poco explicable y menos aconsejable haber utilizado aquél. En las arduas materias de la Etimología lingüística, estimamos siempre preferibles las exposiciones circunstanciadas de las amplias monografías y de los extensos repertorios, a la expresión en cifra de los « manuales » o « vademecums ». Y adviértase además que, aun con interrogación acusada, la conjetura de que *ecce* pudiera ser la reduplicación del imperativo de *eco*, es una suposición totalmente gratuita. No holgaría testimoniar, en primer término, la existencia de tal verbo en latín, que parece más que problemática, casi fantástica. Pero aun admitida para necesidades del razonamiento esa más que discutible existencia de *ecce*, su entonces conjeturable imperativo radical (radical, no *duplicado*) podría ser **ec*. La reduplicación normal de **ec*, no podría arrojar más resultado que **ec-ec*, pero no *ec-ce*, sin invertir, cuando menos, el orden de los fonemas que integran la sílaba *ec*. Y una reduplicación con inversión de los elementos fonéticos de la sílaba reduplicada, sería ciertamente un *monstrum* lingüístico. Por tanto, ni la menor autoridad del « compendio » respecto al texto magistral correlativo, ni siquiera la incongruencia del aserto de aquél, aquí impugnado, justifican en modo alguno la imprecisa cita que glosamos del maestro Cuervo. -

Pero en comprobación de la legitimidad de los precedentes reparos, sigamos examinando cómo se recogen e interpretan las doctrinas de Döderlein por sus inmediatos y más autorizados sucesores. Los « Synonyma » de Döderlein son del año 1838, y la versión inglesa del compendio de dicha

y en el mencionado lugar, leemos : « *en* heisst sich hier, was dir bisher verborgen war, wie *ἐν*, *ἐν*, *ἐν*, aber *ecce* sieh da, was du nicht *gehahdet* hättest, wie *ἰδοὺ* ».

obra, del año 1867; pues bien, diez años después de esta última fecha, apareció la obra de Alois Vaniček rotulada *Griechisch-lateinisches etymologisches Wörterbuch...*, Leipzig, Teubner, 1877. En dicha obra y a la página 10, hallamos estas curiosas referencias, sobre las que reclamamos la atención del discreto lector: « *ecc-e* (Imperat.) siehe da (Med. *eccere*, vgl. ἰδέ, ἰδοῦ) (statt *ĕc-e*, *unorgan. Verdoppelung* [subrayamos nosotros], vgl. *quattuor*); einfaches *c* erhalten in: *ec-quando*, *-qui*, *-quis*, *-quo* ¹⁵⁾. ¹⁵⁾ C. E. 457 (« vielleicht »). -Corssen II. 1026 f: da in *e-cce*, *e-n* die hinweisende Bedeutung stark und unzweifelhaft ausgeprägt ist, so muss, ich das **e** -dieser Wortformen auch fernerhin als eine Form des demonstrativen Pron. -stammes *-i* ansehen. Pauli KZ. XVIII. 27: *eccere*: **e** blosse Interjection und *Ceres*, gleich *ecastor*, *equirine*; 37. Ibid.: *ecce* aus *en-ce*: « gegen *ak* sehen spricht vor allem der Umstand, dass wir nirgends den Vokal dieser Wurzel zu *e* sich gestalten sehen, er wird, wenn er nicht *a* bleibt, stets zu *o* ». [Die sicheren Ableitungen aus « *ak* sehen » sind aber im Latein so spärlich (*oculus*, *as*), dass sich aus denselben keine feste, gegen das *e* von *ecce* zeugende Regel ziehen lässt »]. He ahí, pues, el origen de la ambigua e inexacta expresión de « imperativo duplicado », la *reduplicación inorgánica* que nos hemos permitido subrayar en la larga cita de Vaniček que acabamos de transcribir.

Aunque creemos que la aclaración últimamente propuesta no deja tampoco margen a la más liviana duda, vamos a insistir unos instantes en el tema de la « reduplicación inorgánica », o de la « geminación consonántica » que ha permitido pasar de un primitivo supuesto **ec-e*, **ec-ere*, al derivado y ulterior *ecce*, *eccere*. Y para poner, por el momento cuando menos, término a nuestras referencias aclaratorias,

nos permitimos invocar el autorizado testimonio del sabio lingüista A. Walde, quien en su *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch...*, Heidelberg 1906 Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, pp. 189-190 dice: «*ecce*, «*da*, *sieh da*»: **ed*, neutr. zu *em* + *ce* (Brugmann Dem. 33). Weniger wahrscheinlich von der Pronominalzusammensetzung **e-ko* (o. *ekak* «*hac*» u. s. w., s. *-ce*) «*dieser*» mit *Konsonantendoppelung* [subrayamos nosotros] entweder wie in *att-at* aus **at-at*, oder durch neuerlichen Antritt von *ce* (vgl. Lindsay-Nohl 708); kaum **ē* (loc. sg. des Pron. *-st. e/o*, s. *e-quidem, enim*) + **ce*. Unrichtig Stowasser Progr. Franz-Josef-Gymn. Wien, 1891, S. XV ff. (aus gr. $\epsilon\chi\epsilon$ entlehnt!) und Bach Studemunds Stud. II, 387 ff. (zu *oculus*), vgl. dagegen auch Köhler AfL VIII, 221 f.; noch andere Auffassungen verzeichnet Stolz Hdb³ 139 f. *eccere* aus *ecce re* «*wirklich, in der Tat*» (Corssen Beitr. zur it. Sprachk. 43 f.); mit der Endung von lit. *aurė* «*dort*», ahd. *da-ra* «*eo*» u. s. w. ist *-re* trotz Persson IF. II, 249 a 1 nicht zusammenzubringen. *eccum* aus *ecce *hum* («*hun-c*») nicht aus *ecce eum* (Lindsay-Nohl a. a. O., Bach a. a. O., bes. 401)». Excúsesenos la extensión un tanto inmoderada de esta última cita para registrar con ella las más recientes referencias que hemos podido recoger de la etimología de *ecce* y *eccere*, pero se convendrá de todos modos en admitir como rectificación inexcusable que no es lo mismo «*imperativo duplicado*» que «*reduplicación inorgánica*» o «*geminación consonántica*». Y esta pequeña, pero no desdeñable inadvertencia, puede merecer y justificar los humildes honores de estas modestas líneas, trazadas, como es natural y lógico, *sine ira et studio*, pero con la íntima convicción de que las citas deben ser, importa y conviene que sean no sólo precisas, sino selectas y razonables.

Mas no deberemos poner término a esta larga « glosa », sin añadir a las consideraciones precedentes, una fundamental y necesaria. Aunque no parece feliz, ni adecuada la cita que acabamos de glosar, resulta de todas suertes certera — genialmente certera — la repulsa que el maestro Cuervo opone a las etimologías registradas de Döderlein de *ecce* y *eccere*. Esos términos nada tienen que ver, sin duda alguna, con el supuesto *eco* o ΕΚΚΩ, ni con ἔχε. Pero si en tal respecto nuestra razonada y sentida admiración por las geniales intuiciones del maestro, halla una instancia más en su abono, no podemos decir lo mismo de la forma de exteriorizar ese justificadísimo disentimiento. Referir etimológicamente *ecce* a *eco*, viene a ser, cuando menos para nuestro autor, « lo mismo que sacarle del sánscrito ». Creo advertir un matiz de ironía, o de amable sorna en la expresión entrecomillada, y no creo que la lengua de Valmiki y Kalidasa justifique o merezca esos desdenes provocados por etimologías improbables o audaces.

Aparte de que no es imposible, ni siquiera en bastantes casos inoportuno, filiar etimológicamente en bases o en vocablos sánscritos palabras que del caló gitano han pasado al acervo del castellano o español hablado. Y vaya un ejemplo, a título de *specimen* en el caso. Muchas veces oí a mi maestro el doctor Daza de Campos, profesor numerario de Lengua sánscrita en la Universidad Central de Madrid (España) sostener que la expresión *lacha*, con el sentido de « vergüenza, decoro, dignidad, honor », tenía un claro e indiscutible origen sánscrito. En efecto, la consulta del *Dictionnaire sanskrit-français par N. Stchoupak, L. Nitti et L. Renou*, en su pág. 612, me proporciona esta precisa referencia: « *lajja-*, honte, pudeur, modestie, Pudeur personnifiée ». No necesitaré ad-

vertir que pronunciamos (mal ordinariamente) en castellano la *j*, palatal sonora, como *ch*, lo que nos permite decir ***rachá* por *rajá* (pronunciando la *j* como *j* francesa, que es su más recomendable equivalencia fonética).

Mas aunque estas excepciones no sienten regla, siempre será oportuno y hasta equitativo no hacer responsable al sánscrito de las flaquezas de los etimologistas poco escrupulosos. Sin contar con que el más profundo conocimiento, hoy en buena parte conseguido, de dicho idioma, ha librado y sigue librando de inmoderadas exaltaciones de su valor como instrumento de la comparación lingüística más objetiva y científica.

PEDRO URBANO GONZÁLEZ DE LA CALLE.

Bogotá, mayo, 1946.

RUBÉN DARÍO

I

LA REVOLUCIÓN MODERNISTA

Rubén Darío fué el abanderado de la revolución más importante que conocieron las letras castellanas en las postrimerías del siglo XIX. Hoy, cuando el período revolucionario ha pasado, dejándonos muchas y muy valiosas conquistas, podemos analizarlo con serenidad. Con respecto a esa revolución, los hombres de hoy, los que pertenecemos a la generación subsiguiente, tenemos el derecho de considerarnos heraldos de la posteridad. No hicimos la revolución: la encontramos hecha. Hemos convivido dentro de ella porque nos sentimos hijos de nuestro siglo. Si nos hubiéramos alejado de su influencia, nos habríamos alejado igualmente de las palpitations de la época en que nos ha tocado vivir; habríamos cultivado acaso una poesía pretérita, semejante a un cadáver galvanizado que simulara sobrevivirse a sí mismo.

Esa revolución, —el nombre salta a flor de labio, —ha sido llamada, con muy discutible propiedad, «modernismo». Pero ¿qué es el modernismo? Difícil sería definirlo porque, ante todo, es preciso hacer una salvedad: el modernismo no es una escuela. Podrá haber sido una congregación; podrá

haber constituido un ejército, podrá haber tenido una bandera, — que no podía ser otra que la del arte libre, — pero nunca ha sido una capilla ni una escuela. El modernismo fué la resultante de diversas tendencias, unas de orden espiritual, otras de orden formal, esto es, que afectan a la expresión poética, a la forma.

« Modernismo en literatura y arte, — dice Manuel Díaz Rodríguez, — no significa ninguna determinada escuela de arte o literatura. Se trata de un movimiento espiritual muy hondo a que involuntariamente obedecieron y obedecen artistas y escritores de escuelas desemejantes. De orígenes diversos, los creadores del modernismo lo fueron con sólo dejarse llevar, ya en una de sus obras, ya en todas ellas, por ese movimiento espiritual profundo » ¹.

Ese movimiento espiritual, para Díaz Rodríguez, se distingue en tres rasgos fundamentales. El primero: « la tendencia a volver a la naturaleza, a las primitivas fuentes naturales, tendencia que no es propia sólo del modernismo, como no lo ha sido ni lo es de ningún especial movimiento y escuela de arte, porque es causa primera y patrimonio de todas las revoluciones artísticas fecundas ».

Y aclarando el concepto agrega que « el naturalismo literario, en su escrúpulo histórico del dato, del documento o del hecho, llegó a confundir la naturaleza con el detalle, e imaginó, con sólo un cúmulo de vanos detalles, representar el movimiento de la vida... La naturaleza está, más bien que en el detalle o en el hacinamiento de innúmeros detalles, en la *ingenuidad* y la *sencillez*, caracteres que por sí solos harían del modernismo un perfecto renuevo del clasicismo puro, a

¹ *Camino de Perfección*, Ollendorff, París, 1909.

no ser por aquel otro carácter de *intensidad* impreso al arte modernista por la violencia de vida de nuestra alma contemporánea, ansiosa y compleja ».

He ahí, pues, según Díaz Rodríguez, el segundo rasgo fundamental : la intensidad del espíritu contemporáneo. « Y si a la intensidad propia de nuestra vida de hoy — añade, — si a la sencillez y la ingenuidad reconquistadas por la tendencia a volver a la naturaleza, agregamos los caracteres de la tendencia paralela o hermana, que es una indisputable tendencia *mística*, tendremos todos los rasgos principales del modernismo verdadero, o si se quiere del modernismo como algunos lo entendemos y amamos, tal como balbucea y canta en el verso de Verlaine, tal como surge con voz cristalina de surgente en la prosa de Maeterlinck, tal como enguirnalda con lirios de candor la santa y dulce gloria de Genoveva en los frescos de Puvis de Chavannes ».

Y para precisar el alcance de la idea, en lo que se refiere a la vuelta a la naturaleza y al misticismo, agrega : « A la natural progresión de la doble tendencia en el segundo Renacimiento, corresponde una ascensión progresiva y luminosa del arte. Mientras la tendencia a volver a la naturaleza va, refinándose, a cumplirse en la perfección de la forma, la tendencia mística va, depurándose, a un misticismo lleno de gracia y fineza, como es al decir de Pater el misticismo de Leonardo, misticismo que ha perdido su religiosidad, si lo estimamos con el criterio de las religiones positivas, pero haciéndose religioso en otro sentido más universal y profundo. Leonardo lo extrae de sí propio y del alma de la naturaleza, y luego lo esparce por la faz de su obra, y como si fuese el alma de la obra, en la luz de una sonrisa. Es la misma sonrisa que a través de toda la obra de Leonardo,

como la luz del día hasta su triunfo en la más alta cima del oriente, va progresando y subiendo a florecer en la sonrisa de la Gioconda. Es la misma sonrisa de los lagos y de los mares, la sonrisa ambigua que nuestro miedo ha calumniado de traidora, convirtiéndola en un símbolo de la perfidia, cuando sería lo justo hacer de ella la poética cifra de nuestra ignorancia, o lo que de ella hizo Leonardo, y es en definitiva igual cosa: la artística enunciación del eterno misterio».

En suma : para Díaz Rodríguez, los tres rasgos espirituales del modernismo en arte y literatura son : el retorno a la naturaleza, buscando en ella la fuente de la ingenuidad y de la sencillez ; la vibración intensa de la vida contemporánea ; y un misticismo que busca la revelación artística del indescifrable misterio.

En el modernismo, que floreció en la América española, debemos considerar, sobre todo por lo que respecta a la forma (cosa que señala, pero sólo en términos generales, Díaz Rodríguez, como una consecuencia de la tendencia a volver a la naturaleza), un caso semejante al que determinó el advenimiento de la poesía parnasiana en Francia y que más tarde caracterizó también al simbolismo francés : la reacción contra el desaliño poético, la reivindicación de los derechos de la forma, la supresión de los lugares comunes, de la frase hecha, de los clisés de expresión y de los clisés de ideas. Clisé de forma envuelve ya el concepto de clisé de idea. La estereotipia de la expresión es, en suma, la estereotipia del pensamiento.

Tal carácter se manifestó en la reacción literaria iniciada en la América española durante la década que va de 1880 a 1890. El romanticismo tocaba a su fin. La edad de los grandes gritos líricos, de los paroxismos, de las exaltaciones,

había pasado. La compleja vida contemporánea requería otras manifestaciones. Desprovista de espontaneidad, porque no respondía ya a la sensibilidad de la época, aquella forma, sin superior aliño, de los románticos, degeneró en insustancial y monótona. La fuerza del romanticismo estaba en la esencia, más que en la expresión. La vulgaridad de la forma brotó a flor de luz, en la agonía del romanticismo, como consecuencia de la vulgaridad del fondo, dicho sea esto en cuanto a los rimadores de última hora, que no hicieron más que repetir clisés gastados y desprovistos de su primitiva fuerza original.

La primera y manifiesta tendencia del modernismo en América fué, por lo tanto, la de defender la aristocracia de la forma. Es en eso, y no en otra cosa, en lo que se identifica con el parnasismo francés. En cambio, la tendencia parnasiana a la imposibilidad no tuvo eco en América sino por excepción. Jacinto Gutiérrez Coll quiso vestirla con ropaje romántico, pero difícilmente podría decirse que ese poeta de la emoción recóndita era un impasible. Julián del Casal intentó en vano encuadrar su personalidad emotiva y vibrante dentro de moldes parnasianos: acertó a revelarla mejor cada vez que tradujo su tristeza y su desencanto (¿Por qué has hecho, Dios mío, mi alma tan triste?), torturado por « la nostalgia infinita de otro mundo ». Leopoldo Díaz, que manifiestamente quiso seguir las huellas de los parnasianos ¿no tiene, en el conjunto de su obra, más afinidades con algunos simbolistas? El dictado de parnasiano sólo podría aplicarse, dentro de la literatura hispanoamericana, a Guillermo Valencia, tanto por la elegancia suprema de su verso como por ciertas condiciones temperamentales que lo inclinaron, desde un principio, a disfrazar plásticamente sus emociones.

La evocación de la Grecia antigua fué también una tendencia que se manifestó en el seno del grupo parnasiano; aunque en realidad arranca de André Chénier, cuya voz de aeda apolíneo se perdió entre el tumulto de la revolución francesa, continuó apagada un tiempo en medio del furor del romanticismo y resucitó un día, entrecortada y fragmentaria, para vibrar en la eternidad, ofreciéndonos en su antigüedad prematura y mutilada la misma sugestión de incógnitas sublimes que encontramos en los brazos tronchados de la Afrodita de Nilo.

Esta tendencia también encontró eco en la América española. Ya fué Gutiérrez Nájera el que, con el beso apasionado de sus *Odas breves*, quiso resucitar la vieja musa helénica; ya fué Julián del Casal el que trazó, a la manera de Leconte de Lisle, unos cuantos *Bocetos antiguos*, entre ellos *Las ocedónides*, y otros de inspiración helénica, o cantó, al igual que el mago de *Los Trofeos*, a *Hércules y las Estinfálides*; ya fué Rubén Darío el que escanció el vino añejo que encerraban *Las ánforas de Epicuro*. El retorno a Grecia implica, en buena parte, la vuelta a la sencillez y a la ingenuidad de la naturaleza, que señala Díaz Rodríguez como uno de los caracteres distintivos del movimiento modernista.

Más honda repercusión que el parnasismo tuvo el simbolismo francés en la América española. Después del intento de poesía impersonal y objetiva de los parnasianos, el simbolismo era, en cierto modo, una vuelta al lirismo; pero no al lirismo tal como lo practicaron los románticos sino a un lirismo que podemos considerar « estilizado »¹.

¹ Alfonso Reyes, en su trabajo sobre Augusto de Armas (*Cuestiones Estéticas*, Ollendorff, París, 1911), analizó ciertas manifestaciones de la poesía contemporánea que pueden caer dentro de la denominación de

El grupo simbolista que más directamente influyó en la América española fué el que en un principio recibió el nombre de « decadente ». Esta palabra, proferida despectivamente por algunos escritores que no supieron apreciar claramente el alcance de esa nueva orientación, fué recogida por algunos poetas del grupo que de ella hicieron un mote de guerra. Sí, proclamaron, somos poetas de decadencia, pero no se olvide que el refinamiento en el decir y el culto de un arte desinteresado y sin consecuencias sociales son aspectos típicos de las literaturas de decadencia: tal sucedió en Bizancio; y acaso París, después del desastre de 1870, sea una evocación simbólica del Imperio de Oriente en plena decadencia. No es de extrañar, por lo tanto, que un malogrado poeta cubano que escribió deliciosos versos en francés, Au-

lirismo abstracto (o si se quiere *subjetivismo abstracto*). « Vino, — dice, — el modo burgués de vivir, y quienes no reaccionaron con el *parnasismo*, quedáronse, a seguidas del *simbolismo*, con el hábito de hablar de sí propios. Mas he aquí que ya, por ley general, nada acontece a los hombres de extraordinario y particularmente a los poetas, y que éstos se han refugiado en un concepto abstracto de la personalidad. De ellos, — como de los filósofos, dice Walter Pater que son poco más que abstracciones intelectuales, — puede afirmarse que son poco más que abstracciones sentimentales. Quien no se sienta vivir, que no hable de su vida o caerá en el concepto abstracto de la propia personalidad. El cual se resuelve hoy en versos donde la « propia sabiduría » y la « propia alma » y algunas otras abstracciones, en que más bien cuenta el poeta la formación de lo que pudiera llamarse *categorías del sentimiento*, que no la historia de sus sentimientos y su formación individual, distinta, concreta, dan como el marco de lo que podría ser un poeta romántico, rico de acciones y de sentimientos directos, y nos hace desear con ardor que el poeta pruebe a vivir más intensamente... El *lirismo abstracto* de que habla Reyes es, en suma, un producto de la lírica personal, pero estilizada, del simbolismo. Está muy lejos de la impersonalidad parnasiana: no es más que un velo, pero a la postre produce impresión de frialdad. »

gusto de Armas, aunque no era precisamente un afiliado al grupo de los « decadentes », puso este título a su libro de versos : *Rimas bizantinas*.

Si en alguna secta literaria de Francia se manifestaron cabalmente las mismas tendencias espirituales que preferentemente siguió en América el modernismo, fué en la de los decadentes. Tomemos como arquetipo a Verlaine. Nadie como él, el pintor exquisito de los *Paisajes tristes*, hizo arte desinteresado y sencillo. Su famosa *Canción de otoño* (*Les sanglots longs, — des violons, — de l'automne...*), demuestra hasta qué grado se cumple en Verlaine la ley de ingenuidad y sencillez de la poesía modernista frente a la naturaleza ¹.

También encontramos en Verlaine la concepción de un

¹ Creo que la primera traducción española de esta composición de Verlaine — prácticamente intraducible en toda su sencillez y brevedad, — es la que hizo, a fines del siglo XIX, el poeta panameño Darío Herrera, en forma bastante libre y sin ajustarse al metro del original, pero con innegable elegancia :

Los sollozos largos, lentos,
de los vientos
en las tardes otoñales,
van resonando en mi alma
con la monótona calma
de los toques funerales.

Todo livido y convulso,
obedeciendo al impulso
del quebranto,
de mis antiguas historias
siento llegar las memorias
humedecidas en llanto.

Y a un viento malo, sin rumbo,
voy marchando, tumbo a tumbo,
por mi existencia desierta,
como al hálito glacial
de la ráfaga otoñal
la hoja muerta.

misticismo trágico de la vida. No hay que olvidar que, aunque Verlaine fuese un poeta creyente — aun puede decirse mejor : un poeta católico —, ese misticismo no está esencialmente ligado a ninguna religión : es el recogimiento del alma humana ante lo indescifrable, ante lo desconocido o, como dijo Rubén Darío, en compendiosa frase de alto sentido místico y alto sentido trágico : « ante la eternidad de lo probable ».

Además, en ningún poeta encontramos como en Verlaine el sacudimiento intenso, vertiginoso, que agobia y extenua el alma contemporánea. La neurosis prendió sus garfios en él, el ajeno enfiébró sus sienes, el vicio estremeció sus carnes. Al través de sus versos vemos desfilar en feérica teoría todo un cortejo funambulesco de ansiedades y pasiones, de angustias y ensueños, de pecados y arrepentimientos. Confundido en ese cortejo abigarrado el poeta a veces semeja ser el penitente fatigado que se prosterna sobre la roca agreste para orar a su madre María, y otras veces se disfraza de arlequín o se transforma en paje de fiestas galantes, se tiende sobre el césped a la luz complaciente de la luna, aprisiona en sus brazos un frágil capullo de mujer y roba de unos labios de marquesa un fragante beso de amor...

II

LA GUERRA AL PSEUDO-CLASICISMO

A las tendencias espirituales que resume Díaz Rodríguez en la ingenuidad y sencillez de la naturaleza, en la intensidad de la vida contemporánea y en el misticismo ; y a las que se sintetizan en el culto de la forma, en la evocación de la Gre-

cia antigua, en el recuerdo de otras épocas más recientes de refinado erotismo, como la Francia galante del siglo XVIII, y en el amor al exotismo (del cual se derivaron modas literarias como el japonesismo), los poetas que en la América española iniciaron el movimiento modernista añadieron el conocimiento íntimo y superior de la edad de oro de la literatura española, con un repiqueteo armonioso y lejano de gongorismo, de culteranismo... Sólo la ignorancia de los críticos de gacetilla pudo estampar en letras de molde la afirmación de que el modernismo era la guerra al clasicismo. En nada necesitaba el modernismo contraponerse al clasicismo, cualquiera que fuese la acepción que se diese a esta palabra: sea atendiendo su esencia, a ciertas modalidades de espíritu, que son de todos los tiempos y que cabían dentro del modernismo, porque están relacionadas con cualidades temperamentales del escritor, no importa la escuela a que pertenezca; sea atendiendo a la consagración que por su valor intrínseco y por obra del tiempo alcanzan las obras maestras de todas las literaturas, y que en ese sentido merecen el nombre de clásicas, sin tener en cuenta sus tendencias y su espíritu.

¿Contra quién o contra qué se dirigía la revolución modernista? Contra el residuo romántico del desaliño poético, según queda dicho antes, y contra una tendencia anterior al romanticismo, pero, por desgracia, no pudo ser desterrada ni vencida por la exaltada revolución romántica, que se plegó a ella en más de un aspecto: contra el retoricismo pseudo-clásico que imperó desde el siglo XVIII en las letras españolas. El retoricismo redujo la literatura a reglas arbitrarias, dejó anquilosada la métrica castellana por un total desconocimiento del problema acentual del verso en nuestro idioma,

exorcizó toda obra que se apartara de los cánones establecidos en unos inmundos tratados de retórica y poética (o de « literatura preceptiva », como dijeron después los que querían disfrazar la mercancia), y en los cuales no se sabe qué admirar más, si la ausencia completa de criterio artístico o la ignorancia audaz e inverecunda de sus autores. No profano los manes de Luzán y de Hermosilla, quienes, al menos, erraron con sabiduría y aun, como pretende Eduardo Benot respecto de Luzán, con malicia ¹. Pero fuerza es declarar que ellos, al imponer sus doctrinas, contribuyeron al empobrecimiento de la literatura castellana, y que sus continuadores, Coll y Vehí, Gil y Zárate, Campillo y Correa, Arpa y López, si hubieran tenido igual ascendiente, la habrían reducido al mayor raquitismo estético, a no ser porque, aun antes de la reacción modernista, en la misma España ya nadie escribía con sujeción a todas las reglas preconizadas por ellos como intangibles.

El pseudo-clasicismo del siglo XVIII restó lustre y grandeza a la literatura española, floreciente hasta la víspera con vigor original y prepotente. Las reglas rígidas y absurdas de aquella escuela ahogaron despiadadamente esa potencia original. Sobrevino la literatura de calcomanía, con sujeción al servilismo de las reglas. Se imitaba, no se creaba. El arte era sustituido por el artificio. Leandro Fernández de Moratín denigraba a Shakespeare porque éste no se había sometido a los preceptos retóricos mediante los cuales se debe hacer una buena obra teatral. ¡Hasta la inspiración estaba tasada termométricamente por el retoricismo!

¹ *Prosa Castellana y Versificación*, por Eduardo Benot. Madrid, sin año. Tomo I, págs. 24-25 y 235-243.

Bueno es señalar un fenómeno curioso. El pseudo-clasicismo fué importado de Francia a España. El advenimiento de Felipe V, nieto de Luis XIV, al trono de España, aunque no fué la causa directa del fenómeno, sirvió para estimular, por razones de orden político, la influencia francesa en la literatura española, al comenzar el siglo XVIII. El pseudo-clasicismo español no fué sino la caricatura del pseudo-clasicismo francés, que alcanzó más alta elevación y nació con la noble tradición de La Pléyade. Pues bien: en Francia, las tendencias literarias que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX, lograron desterrar, junto con los residuos caducos de la expresión romántica, los restos del excesivo retoricismo pseudo-clásico, que el romanticismo no había podido hacer desaparecer completamente. La influencia francesa fué, por lo tanto, la que trajo a la literatura española el pseudo-clasicismo; y la propia influencia francesa, siglo y medio más tarde, contribuyó, por su ascendiente sobre el movimiento modernista, a hacer desaparecer de las letras españolas los últimos vestigios del propio pseudo-clasicismo. Lo que Francia nos trajo, Francia contribuyó, en buena hora, a quitarnos después.

He aquí, pues, cómo por encima de la barrera artificial del pseudo-clasicismo, modernismo y clasicismo auténtico podían darse la mano. El pseudo-clasicismo condenó no pocas combinaciones métricas que habían sido utilizadas por los clásicos españoles. El modernismo resucitó muchas de ellas. Así, Menéndez y Pelayo, cuando alguien tachó de hereje a Rubén Darío por haber dado vida al endecasílabo llamado dactílico por Eduardo de la Barra y anapéstico por Milá y Fontanals:

... y esto pasó en el reinado de Hugó,
emperador de la barba florida...

demostró que éstos eran, sencillamente, los viejos endecasílabos de la « gaita gallega » :

... Tanto bailé con el ama del cura,
tánto bailé, que me dió calentura... ¹

De igual suerte no faltaron quienes, con las retóricas en la mano, condenaran al propio Rubén Darío, a Ricardo Jaimes Freyre y a Julián del Casal por el uso de tercetos y cuartetos monorrimos, olvidando que esa manera de rimar databa de Gonzalo de Berceo y del Arcipreste de Hita.

Algo semejante ocurrió cuando Rubén Darío, en *Cantos de Vida y Esperanza*, comenzó a usar el endecasílabo acentuado solamente en la cuarta sílaba, pues ningún profesor de retórica advirtió que esa clase de endecasílabo había sido empleada por casi todos los poetas de la edad de oro de la literatura española, según ha podido comprobarse ampliamente merced a estudios posteriores ².

¹ Véanse las *Dilucidaciones* que, a modo de introducción, coloca Rubén Darío en su libro *El Canto Errante*, Madrid, 1907.

² *Ensayos Críticos*, por Pedro Henríquez Ureña, Habana, 1905, págs. 60-61; y *Horas de Estudio*, del mismo autor, París, 1910, págs. 138-174 (*El verso endecasílabo*). Este estudio fué retocado por su autor: *El endecasílabo castellano*, Madrid, 1919. (Nueva edición, notablemente ampliada, Buenos Aires, 1945, como *separata* del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Ese endecasílabo es normal, tradicional, en la poética italiana, dentro de la cual predominan dos tipos de endecasílabo: el acentuado en la sexta sílaba y el acentuado en la cuarta, y este último endecasílabo puede tener algún otro acento rítmico (por ejemplo, en la octava o en la séptima) o puede no tener ningún otro, que es el caso que nos ocupa. El endecasílabo español admitía, desde un principio, iguales variantes rítmicas, pero los retóricos se empeñaron en so-

En otros casos, algunos de los que se consideraban *modernistas* sin saber a punto fijo qué cosa era el modernismo, fueron los que dieron pábulo a una supuesta y encarnizada lucha entre el modernismo y el clasicismo, como si la misión del modernismo hubiera sido, anticipándose al vértigo del *futurismo*, la de desconocer y condenar la producción literaria consagrada durante siglos por su antigüedad y su excelencia. Y es que existió el pseudo-modernismo, como existió el pseudo-clasicismo. De uno y otro es forzoso huir, como de todo aquello que convierta el arte en artificio. El modernismo no es la rima huera y vana, la combinación estéril de fantasmas de ideas, el uso inadecuado de vocablos raros sin oportuna consulta del diccionario, la confusión arbitraria de palabras sin sentido exacto.

Ya Rubén Darío había protestado en las *Palabras liminares* de *Prosas Profanas* contra el pseudo-modernismo :

« La obra colectiva de los nuevos de América es aun vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del Arte a que se consagran ».

Y a la vez protestó contra « la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente, en la cual impera el universal personaje clasificado por Remy de Gourmont con el nombre de *Celui-qui-ne-comprend-pas*. *Celui-qui-ne-comprend-pas* es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquouer ».

tener que el endecasílabo acentuado en la cuarta sílaba debía llevar otro acento en la octava, a pesar de que en el clasicismo español abundan los ejemplos de endecasílabo acentuado solamente en la cuarta.

III

LOS INICIADORES

El movimiento modernista tuvo cinco iniciadores: Manuel Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, José Martí, Julián del Casal y José Asunción Silva. En Gutiérrez Nájera se insinúa desde 1877, la tendencia a la aristocracia de la forma. En su composición *Pora entonces*, que data de esa fecha, estampó entre otras esta imagen:

... morir cuando la luz triste retira
sus redes áureas de la onda verde...

Hoy no causa sorpresa esa forma de expresión, pero conviene no olvidar que en aquel tiempo lo corriente hubiera sido manifestar la misma idea de un modo bastante parecido al siguiente: « morir cuando el rubicundo Febo se hunde en el ocaso », o bien: « morir, cuando el Astro-Rey de la Naturaleza se oculta en el horizonte ». Gutiérrez Nájera, con esa composición publicada en 1877, sentó el precedente de una nueva expresión poética. Desde ese momento quedó declarada la guerra a la frase hecha. El pensamiento del poeta aparece aun más refinado en 1880, en unas estrofas arrancadas *Del Libro Azul*. ¿ No es éste un antecedente del primer libro revolucionario de Rubén Darío, *Azul...*, publicado años después, en 1888? Un sello de elegante parisianismo marca otras producciones posteriores de Gutiérrez Nájera: *La Duquesa Job* (1884), *Calicot* (1886), *Para un menú* (1888) ¹.

¹ Es curioso encontrar en esta composición la influencia de un poeta francés de poca significación: Louis Bouilhet. Los versos finales de Gutiérrez Nájera:

El alma de las cosas asoma en su *Invitación al amor* (1882), en *Para el corpiño* (1887) y en *De blanco* (1888).

Con José Martí aparece la prosa nueva, alada, rítmica, florecida de imágenes, deslumbrante como pedrería. Fué el mago innovador de la prosa. Rubén Darío lo reconoce como uno de los principales maestros en el arte de cincelar la prosa artística ¹. Sorprende en José Martí el poderoso alarde verbal, pero sorprende también el modo sutil con que destaca su pensamiento, forjando frases que expresan más de lo que dicen. Sus párrafos musicales y brillantes nos hacen soñar con la sinfonía de una selva fantástica donde gnomos invisibles encantasen nuestros oídos con un tropel de armonías y nuestras retinas con una tempestad de colores... Es-maltan su prosa gemas de la más pura cantera clásica, cosa en nada extraña dado el profundo conocimiento que Martí tenía de la literatura española.

« Usando casi siempre de una sintaxis arcaica, — dice Rubén Darío —, a punto de que se pensaría ya en Saavedra Fajardo, ya en Santa Teresa, ponía en la forma anticuada

Dejemos las copas... Si queda una gota,
¡ que beba el lacayo las heces de amor !

no son más que una paráfrasis de éstos de Bouilhet :

*Le banquet est fini
Quand j'ai vidé ma tasse
S'il reste encore du vin,
Les laquais le boiront...*

Otro dato curioso : hay una poesía de Louis Bouilhet traducida por Julián del Casal que fué otro de los iniciadores del modernismo.

¹ Además de la semblanza que aparece en *Los Raros* Rubén Darío consagró a Martí un extenso ensayo que se publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, en 1912 ó 1913 y que, en parte, fué reproducido en la *Colección Ariel*, de Costa Rica (Cuadernos 3 y 4, 1914).

un brío y una fantasía llenos de ideas y conocimientos universales, y así resulta moderno y actual como pocos. Sus períodos caudalosos reflejan cosas estelares y resuenan como magníficas armonías. Hay que leerlos de cierta manera, a que obliga el imperio de la cadencia y la voluntad de la música ».

Martí llevó también al verso su acción reanimadora. No fué atrevido en punto a métrica, pero volvió por los fueros de la ingenuidad poética en sus *Versos sencillos*, publicados en 1891; así como en *Ismaelillo*, que había visto la luz en 1882, tuvo hallazgos de expresión novísima tan felices como éstos :

Por las mañanas,
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.
Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero :
¡ Qué suave espuela
sus dos pies frescos !
¡ Cómo reía
mi jinetuelo !
Y yo besaba
sus pies pequeños,
¡ dos pies que caben
en solo un beso !

Julián del Casal llegó un poco más tarde. Su primer libro, *Hojas al Viento*, data de 1890, dos años después de *Azul...* Empero, conviene tener en cuenta que en ese volumen fueron recogidas composiciones de algunos años atrás. Casal, en la obra, no muy copiosa, que nos queda como fruto de su vida breve, contribuyó notablemente a dar carácter definido al movimiento. Las torturas del pensamiento contemporáneo, las complicadas e intensas emociones del espíritu de su tiempo, fueron expresadas por él, antes que por otros, con acentos difíciles de igualar. Sólo José Asunción Silva, entre sus coetáneos, pudo lanzar a los cuatro vientos del espíritu notas que revelaran en tan alto grado el hastío del siglo y el dolor de vivir.

En la poesía de Casal se advierte desde temprano la influencia de las escuelas poéticas francesas: *Mis amores*, su precioso *soneto pompadour*, evoca el siglo XVIII, redivivo en algunas páginas de los decadentes; *La canción de la morfina* y más tarde *Neurosis* nos revelan más de un aspecto de la complicada vida contemporánea; el *Idilio realista* nos acerca, con más refinamiento de expresión, a los idilios del pueblo cantados por Richepin; *Mi museo ideal* recuerda la factura de los sonetos de Heredia, el parnasiano de *Los Trofeos*; *Kakemono* es un brote de exotismo japonés, puesto ya de moda en Francia desde que Judith Gautier y Pierre Loti dieron al público una pintura bonita, aunque más o menos falsa, del Japón; y en *Páginas de vida*, *Nihilismo* y otras composiciones, vibran melancólicos acentos de supremo desencanto y de misticismo trágico.

José Asunción Silva, aunque no fué el último en llegar, sí fué, entre los cinco iniciadores del modernismo, el que alcanzó más lenta difusión de su obra en toda América; pero

su nombre tuvo resonancia continental desde el momento mismo en que fué publicado su *Nocturno* inmortal, que es uno de los tres o cuatro grandes gritos líricos de que puede enorgullecerse la poesía hispanoamericana. Y aunque con gesto de trágica desilusión se privó de la vida, su voz atormentada siguió vibrando en la poesía de América como expresión suprema de una nueva sensibilidad.

Desde el punto de vista de la técnica, importa no olvidar que Silva dió al eneasílabo sonoridades jamás superadas; y en el metro elástico de su *Nocturno* fué el creador de un verso nuevo, de medida libre, aunque con cláusula rítmica fija; y otros modernistas, Rubén Darío el primero, siguieron sus huellas.

Rubén Darío, con la publicación de *Azul...*, que tuvo la resonancia de un manifiesto literario, había señalado ya, en 1888, la fecha simbólica del advenimiento del modernismo. Así como el romanticismo francés suele llamarse « la revolución de 1830 », el modernismo hispanoamericano puede llamarse la revolución de 1888.

Hoy en día, *Azul...* no parece un libro atrevido. Hay que colocarse en el estado de ánimo de un lector de 1888 para medir todo el alcance de la tentativa. Desde el punto de vista de la métrica, el libro contiene una audacia: el verso de diecisiete sílabas (compuesto de un verso de siete sílabas y otro de diez, siendo este último anapéstico), en el soneto *Venus*:

En la tranquila noche mis nostalgias amargas sufría.
 En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.
 En el oscuro cielo, Venus blanca temblando lucía,
 como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

El dodecasílabo de seguidilla (compuesto de un verso de siete sílabas y otro de cinco), metro en el cual están escritos los sonetos *Walt Whitmann* y *Salvador Díaz Mirón*, no fué creación de Rubén Darío, pues ya lo había usado, aunque tímidamente, Gertrudis Gómez de Avellaneda; pero en *Azul...* aparece por vez primera en forma sistemática, para quedar como una de las conquistas del modernismo:

Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas
que aman las tempestades, los oceanos;
las pesadas tizonas, las férreas clavas,
son las armas forjadas para tus manos.

Por lo que respecta a combinaciones métricas contrarias a las exigencias del retoricismo, importa señalar en *Azul...* la aparición del soneto a la moderna, acaso pudiéramos decir « el soneto libre », esto es, sin sujeción a la distribución tradicional de las rimas ni a la medida invariable del endecasílabo. Bueno es recordar que, aun en Italia, el soneto no tuvo rima fija y duplicada en los cuartetos sino a partir de Petrarca; que en la propia Italia abundaron las intercalaciones, en heptasílabos; y que en España no fueron pocas las libertades que entraron en uso con respecto a la estructura del soneto: lo mismo en Garcilaso que en Lope de Vega aparecen, a veces, rimas agudas; y el estrambote es un aditamento que alcanza a estar en boga. En cuanto a la medida hay ya, en el siglo xvii, un soneto en alejandrinos que se debe a Pedro de Espinosa; en eneasílabos hay uno, ya entrando el siglo xix, del mexicano Castillo y Lanzas. Pero el retoricismo imperante no admitía más que el soneto en endecasílabo, con la conocida distribución, o sea la más usual, de los consonantes. Rubén Darío incluyó en *Azul...* algunos sone-

tos en medidas diferentes : en alejandrinos, en dodecasílabos y en metro de diecisiete sílabas; y desmintió, con esos sonetos, la afirmación caprichosa de que esa combinación métrica pierde su belleza y distinción cuando no se ajusta al molde del endecasílabo y a la distribución más usual de los consonantes. En el soneto *De invierno* Rubén Darío, aparte de hacer uso del alejandrino, no se sujeta en los cuartetos a la distribución tradicional de la rima (*abba-abba*), sino que emplea unos consonantes para los versos impares y otros para los versos pares (*abab-abab*), y además los de los versos pares son agudos. El efecto que logra es armonioso y delicado :

En invernales horas, mirad a Carolina.
Medio apelotonada descansa en el sillón,
envuelta con su abrigo de marta cibelina
y no lejos del fuego que brilla en el salón.

El fino angora blanco junto a ella se reclina,
rozando con su hocico la falda de Alençon,
no lejos de las jarras de porcelana china
que medio oculta un biombo de seda del Japón.

Con sus sutiles filtros la invade un dulce sueño ;
entro, sin hacer ruido, dejo mi abrigo gris ;
voy a besar su rostro, rosado y halagüeño
como una rosa roja que fuera flor de lis ;
abre los ojos ; mírame con su mirar risueño,
y en tanto cae la nieve del cielo de París.

A igual altura que el poeta, en *Azul...* se revela el prosista. A no ser porque toda su posterior obra en prosa fué consagrada principalmente al comentario de los acontecimientos de la época y a la crítica circunstancial de obras de arte y literatura, tal como lo exigía su función de *croniqueur* y de

corresponsal literario de diversos periódicos; no sabemos si el admirable prosador que había en Rubén Darío nos dejaría hoy vacilantes entre su obra de poeta y su obra de escritor. Pero si bien su estilo conservó siempre gran distinción, el prosista quedó, a la postre, a buena distancia del poeta extraordinario.

Los cuentos de *Azul...* son joyas de antología: la más preciada de esas joyas es, acaso, *El rubí*, de facetas luminosas y fantásticas. *La muerte de la emperatriz de la China*, *La ninfa* y *El pájaro azul* son finos bibelots de corte parisino. *El sátiro sordo* encierra una delicada ironía de sabor helénico, aunque también con algo del espíritu del bulevar. *El velo de la reina Mab* es una maravillosa fantasía. Refiriéndose a esta preciosa página, dice Rubén Darío:

« El deslumbramiento shakespereano me poseyó y realicé por primera vez el poema en prosa. Más que en ninguna de mis tentativas, en ésta perseguí el ritmo y la sonoridad verbales, la trasposición musical, hasta entonces — es un hecho reconocido — desconocida en la prosa castellana, pues las cadencias de algunos clásicos son, en sus desenvueltos períodos, otra cosa ».

Y después, refiriéndose a otra parte importante del volumen, agrega:

« La parte titulada *En Chile*, que contiene *En busca de cuadros*, *Acuarela*, *Paisaje*, *Aguafuerte*, *La Virgen de la Paloma*, *La cabeza*, otra *Acuarela*, *Un retrato de Watteau*, *Naturaleza muerta*, *Al carbón*, *Paisaje* y *El ideal*, constituyen ensayos de color y de dibujo que no tenían antecedentes en nuestra prosa. Tales trasposiciones pictóricas debían ser seguidas por el grande y admirable colombiano José Asunción Silva y esto, cronológicamente, resuelve la duda expre-

sada por algunos de haber sido la producción del autor del *Nocturno* anterior a nuestra Reforma ».

Don Juan Valera, la pluma más autorizada y amena de cuantas han corrido al margen de *Azul...*, se mostró sorprendido, al leer el libro, de que Rubén Darío no hubiese estado en París antes de escribirlo. Y aun más le sorprendía que, siendo perfecto y profundo el galicismo de la mente, no existiese el galicismo de la expresión, sino, muy por el contrario un conocimiento cabal de los resortes propios del idioma español. Encantado, afirmaba: « Usted es usted: con gran fondo de originalidad, y de originalidad muy extraña », para agregar más adelante: « El libro está impregnado de espíritu cosmopolita »¹.

Ese espíritu cosmopolita es el que nos hacía falta, sin renegar por ello de la buena tradición española. Darío, lo mismo que Gutiérrez Nájera, lo mismo que Martí, lo mismo que Casal, lo mismo que Silva, conocía bien la literatura castellana. Sólo con preparación semejante podían ir a la cabeza del movimiento literario que les tocó iniciar. Ese conocimiento de las tradiciones literarias de nuestro idioma, así como del idioma mismo en su estructura y en sus leyes fundamentales, era la base necesaria para ponderar los elementos de otras literaturas y de otros idiomas que podían ser admisibles en el idioma español. Pero no se trataba solamente de innovaciones relativas a la forma: también afectaban esas innovaciones la esencia artística de la obra literaria, pues dentro de las férreas mallas del pseudo-clasicismo el *idearium* español se había circunscrito a un círculo limitado, y parecía sufrir un empobrecimiento igual al de la forma poética esclavizada por las reglas del retoricismo.

¹ *Cartas Americanas*, por don Juan Valera, Madrid, 1889.

Por sí solo, el título, *Azul...*, es todo un programa de revolución ideológica. Es una hábil trasmutación de lo objetivo en subjetivo. Don Juan Valera, sin embargo, no lo entendía así :

« Víctor Hugo dice : « L'art c'est l'azur », pero yo no me conformo ni me resigno con que tal dicho sea muy profundo y hermoso. Para mí, tanto vale decir que el arte es lo azul, como decir que es lo verde, lo amarillo o lo rojo. ¿ Por qué, en este caso, lo azul (aunque en francés no sea *bleu*, sino *azur*, que es más poético) ha de ser cifra, símbolo y superior predicamento que abarque lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud vaga y sin límites, donde nacen, viven y se mueven los astros? Pero aunque todo esto y más surja del fondo de nuestro ser y aparezca a los ojos del espíritu, evocado por la palabra *azul*, ¿ qué novedad hay en decir que el arte es todo esto? Lo mismo es decir que el arte es imitación de la Naturaleza, como lo definió Aristóteles : la percepción de todo lo existente y de todo lo posible, y su reaparición o representación por el hombre en signos, letras, sonidos, colores o líneas. En suma : yo por más vueltas que le doy, no veo en eso de que « el arte es lo azul » sino una frase enfática y vacía » ¹.

¹ La poetisa venezolana Polita de Lima dedicó a Rubén Darío el siguiente *Soneto azul*, humorístico en cierto modo :

El azul es lo etéreo, lo impalpable ;
 son azules los ritmos de la lira,
 azul es la de amor dulce mentira,
 ¡ el azul es lo bello inagotable !
 El azul es lo hermoso por lo amable,
 todo ser ideal por él delira.
 ¿ Por la región azul quién no suspira

IV

ANTES Y DESPUÉS DE « AZUL... »

Antes de *Azul...*, publicado en Valparaíso en 1888, Rubén Darío había escrito algunas obras. A los trece años publicaba versos en periódicos de Nicaragua, como *El Ensayo*, que veía la luz en León. Se le llamaba, según él mismo ha contado, « el poeta niño ». El público aplauso lo animó en 1881, a los catorce años de edad, a recoger sus poesías y artículos en un cuaderno que nunca se dió a las prensas, pero que se conserva aún, en manos amigas, gracias a lo cual el poeta pudo volver a releer esas páginas en uno de sus viajes a la tierra natal ¹.

Más tarde, en 1885, publicó Rubén Darío su primer libro; *Primeras Notas*, que tiene el subtítulo de *Epístolas y poemas*, del cual se conservan uno o dos ejemplares sin portada ².

si azul es la verdad de lo inmutable?

Viste de azul eterno la memoria,
de azul el pensamiento, y la violeta;
pintan azul el manto de la gloria.

En su góndola azul la dicha avanza;
y si todo es azul ¿ por qué, poeta,
no has dibujado azul a la esperanza?

¹ Se han publicado fragmentos de este cuaderno y otras poesías de las primeras que escribió Rubén Darío. Véanse *Los primeros versos de Rubén Darío*, por Ventura García Calderón (*Revue Hispanique*, París, tomo XL) y *El primer libro original de Rubén Darío*, por Andrés Largaespada (*Ateneo de El Salvador*, Año IV, n.º 34, consagrado a la memoria de Rubén Darío, San Salvador, febrero de 1916). Entre los ensayos de la primera juventud de Rubén Darío figuran el drama *Manuel Acuña* y el proverbio *Cada oveja...*, representados con aplauso en Nicaragua y perdidos, porque ningún interés tuvo el autor en conservarlos.

² Uno de esos ejemplares sin portada e incompleto fué examinado por Andrés González Blanco al escribir su *Estudio preliminar* de las

El Rubén Darío que aparece en este libro es un poeta que aspira a ser elegante y novedoso en la factura, pero que todavía no puede desprenderse del lastre romántico. Faltábale entonces a Rubén Darío, ya buen conocedor de las letras españolas, el contacto con otras literaturas, principalmente con la francesa, cuya influencia fué después decisiva en su orientación literaria. Pero ya en este libro se advierte el intento de adaptar el alejandrino francés al castellano. Esta innovación no fué de Darío, sino de Francisco Gavidia, en unión del cual hizo Darío, de 1882 a 1884, lecturas francesas, pues Gavidia dominaba ese idioma, mientras que Darío ha confesado que, todavía algunos años más tarde, su francés era precario. Francisco Gavidia fué el primero en adaptar la forma libre y desenvuelta del alejandrino francés al verso castellano de catorce sílabas, tradicionalmente dividido en dos hemistiquios y sometido a una acentuación rigurosamente uniforme. Gavidia adoptó, al hacer una traducción de Víctor Hugo, la misma libertad que en los cortes, en la cesura y en la distribución de los acentos tiene el alejan-

Obras Escogidas de Rubén Darío (Madrid, 1910). Rubén Darío, en su autobiografía, declaró que el libro era inencontrable. W. Jaime Molins, en su artículo *Primeras notas de Rubén Darío*, escrito en febrero de 1916 y reproducido en el libro *El Mundo de los Sueños*, formado con algunas « prosas póstumas » de Rubén Darío (Madrid, 1917), declaró lo siguiente: « De esta obra poseo un ejemplar, tal vez el único que supervive a la edición... » y afirma que el libro « fué editado en Managua, por la Tipografía Nacional, el año 1888 ». Debe haber errata en la fecha: ni Rubén Darío estaba en Managua para 1888, ni se concibe que después de publicados, en Chile, *Abrojos* (1887) y probablemente *Azul...* (1888), diese a la estampa ese libro de balbuceos, que en su autobiografía señala como de época muy anterior, lo mismo que en la *Historia de mis Libros*. La fecha exacta parece ser la que da González Blanco en su estudio citado (1885), probablemente por indicación del mismo Darío.

drino francés. El primer intento que realizó Gavidia, al traducir una página de *Los castigos*, de Víctor Hugo, intitulada *Stella*, comienza así :

Yo dormía una noche a la orilla del mar.
 Sopló un helado viento que me hizo despertar.
 Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía
 en el fondo del cielo, en la honda lejanía,
 en la inmensa blancura, suave y soñolienta.
 Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.
 Aquel astro en vellones el nublado cambiaba.
 Era una claridad que vivía y pensaba.

Siguiendo estas huellas, decía Rubén Darío en su extensa composición *Víctor Hugo y la tumba*, inserta en *Primeras Notas* :

¡ Alondra ! Cuando el alba su abanico de oro
 mueve, regando aromas en el aire sonoro,
 y se visten de púrpura la cima, el bosque, el mar ;
 él se remonta al cielo, un himno inmortal canta,
 y la invisible cítara que lleva en la garganta
 de melodía unísona un son deja escapar.
 ¡ Alondra ! Y a medida que el éter se levanta,
 hace su dulce trino sentir, creer y amar.

Más tarde, Rubén Darío, guiado por su afán innovador, llevó a su más amplia expresión el uso libre del alejandrino, según puede apreciarse en los siguientes ejemplos :

Sus puñales de piedras preciosas revestidos
 — ojos de víboras de luces fascinantes —
 al cinto penden ; arden las púrpuras violentas
 en los jubones ; ciñen las cabezas triunfantes
 oro y rosas ; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
 son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
 y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes
 relucen como gemas las uñas de oro fino.

(*El reino interior*).

· ¿ Ha-nacido el apocalíptico Anticristo ?
 Se han sabido presagios y prodigios se han visto
 y parece inminente el retorno de Cristo.

(Canto de esperanza).

Saluda al sol, araña, no seas rencorosa.
 Da tus gracias a Dios, oh, sapo, pues que eres.
 El peludo cangrejo tiene espinas de rosa
 y los moluscos reminiscencias de mujeres.

(Filosofía).

Algunos de estos alejandrinos están reñidos con la división tradicional en dos hemistiquios ; y o bien cabe considerarlos como un verso simple de catorce sílabas, o bien como un verso compuesto que puede fraccionarse de diferente modo :

... ojos de víboras de luces fascinantes...
 ... ¿ Ha nacido el apocalíptico Anticristo ?...
 ... y los moluscos reminiscencias de mujeres...

Rubén Darío llevó la innovación más allá de lo que Gavidia pensó. El mismo Gavidia, en un artículo publicado en 1904¹, defendió la tesis de que el verso que él llamaba « nuevo alejandrino » debía estar constituido por una combinación de heptasílabos del mismo estilo y flexión, tal como él lo había hecho en *El idilio de la selva*, escrito en 1883 ; y esto, según puede apreciarse, limitaba considera-

¹ *Historia de la introducción del verso alejandrino francés en el castellano*, por Francisco Gavidia. Este artículo, no muy extenso, fué publicado en San Salvador en 1904 y reproducido en el mismo año en la revista *Cuba Libre*, de la Habana, que es la que utilizo para esta cita. Véase también, como antecedente de la cuestión, el libro de *Versos* de Francisco Gavidia, edición de 1884. Gavidia volvió a tratar el asunto en un extenso trabajo que con el título de *Los nuevos versos en la América latina*, publicó en la revista *Centro-América Intelectual* (San Salvador, junio-agosto, 1909).

blemente su innovación. Fundamenta Gavidia su teoría en que es preciso buscar « una conciliación entre los sendos genios de los dos idiomas, francés y castellano », pues de otro modo algo perdería « la vieja contextura de la frase castellana ».

Después de *Primeras Notas* Rubén Darío publicó en 1887 un manojito de rimas con el título de *Abrojos*. El poeta, en esta obra, a veces alude la forma y rehúye el metro exacto :

¡ Día de dolor
aquel en que vuela para siempre el ángel
del primer amor !

¡ Qué bonitos
los versitos !
me decía
don Julián...
Y aquella frase tenía
del diente del can hidrófobo,
del garfio del alacrán.

... en donde oscuras y gruesas
caen sedosas
las gordas trenzas,
y en donde el amor platónico
huye, baja la cabeza...

No son estos ejemplos, sin embargo, los que más abundan en el libro, que contiene redondillas y quintillas, trozos de romance en octosílabos y heptasílabos, frecuentes combinaciones de endecasílabos con heptasílabos, en estancias más o menos caprichosas, fragmentos en forma de seguidilla, tercetos de arte menor, sin que falte algún soneto ni tampoco alguna estrofa en dodecasílabos compuestos. No hay, pues,

ninguna innovación, pues aun las libertades arriba señaladas tenían el antecedente de Bécquer.

La esencia de los versos, sin embargo, no es becqueriana. Hay brotes de conceptismo en el libro y se advierte además la influencia de Campoamor. Una décima escrita por Rubén Darío en aquel entonces como semblanza de Campoamor — la cual mereció el premio ofrecido por el director de *La Época*, de Santiago de Chile, a aquel de los redactores que escribiera « la mejor cosa sobre Campoamor » —, comprueba mejor que ningún otro ejemplo esa influencia :

Éste del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

En su ensayo *A. de Gilbert* confiesa Rubén Darío esa influencia, aunque se la atribuye todavía en mayor grado a un autor de segundo orden como Leopoldo Cano :

« Sí ; mis *Abrojos*, « vividos », por decir así, eran desahogos. En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las *Humoradas* de Campoamor, y, sobre todo, de las *Saetas* de Leopoldo Cano ».

De todas suertes, los *Abrojos* que más alta resonancia alcanzaron fueron los que ofrecían mayor sello de originalidad, como aquel poemita comprimido que ha corrido, de unos a otros labios, por todo el continente :

Cuando la vió pasar el pobre mozo
 y oyó que le dijeron : — ¡ Es tu amada !...,
 lanzó una carcajada,
 pidió una copa y se bajó el embozo.
 — ¡ Que improvise el poeta !

Y habló luego
 del amor, del placer, de su destino.
 Y al aplaudirle la embriagada tropa
 se le rodó una lágrima de fuego
 que fué a caer al vaso cristalino.
 Después tomó su copa
 y se bebió la lágrima y el vino.

A la misma época de *Abrojos* y de *Azul...* pertenecen las *Rimas* de Rubén Darío. No conozco edición independiente de esas *Rimas*, pero sí aparecen en un opúsculo intitulado *Las Rosas Andinas*, publicado en Valparaíso en 1888 con el subtítulo de *Rimas y Contra-Rimas*, por Rubén Darío y Rubén Rubí. Las « contra-rimas » son parodias hechas por Eduardo de la Barra, con el pseudónimo ya mencionado de Rubén Rubí¹. En la *Introducción* del opúsculo, Rubén Rubí

¹ También figuran las *Rimas y Contra-Rimas* en el tomo II de las *Poesías* de Eduardo de la Barra (Santiago de Chile, 1889) y en el cuaderno que contiene los trabajos premiados en un certamen abierto en Valparaíso en 1887, uno de cuyos premios se concedía « a la mejor colección (de doce a quince) de composiciones poéticas del género sugestivo e insinuante de que es tipo el poeta español Gustavo A. Bécquer ». La Barra y Darío concurren al certamen. El premio fué repartido entre dos colecciones de *Rimas* presentadas por La Barra. A la colección de Darío, llamada *La noche lírica* porque fué escrita en una noche, sólo se le concedió una mención laudatoria. La afirmación, hecha por alguien, de que el premiado era incapaz de hacer algo « tan artístico, tan lleno de frescura y savia juvenil, tan lleno de colores y reflejos tropicales como son las *Rimas* de Rubén Darío », movió a La Barra a escribir sus parodias humorísticas, según su propia declaración.

pide permiso a Rubén Darío para imitarlo, y utiliza, creo que por primera vez en español, el metro de dieciséis sílabas, compuesto de dos octosílabos :

En las selvas de tu tierra, donde crecen sin igual
una fauna multiforme y una flora colosal,
donde bullen los insectos de metálico color
y hay aromas que envenenan escondidos en la flor ;
donde hay mujeres cual palmas de cadencioso cimbrar,
donde hay palmas cual mujeres que saben acariciar,
donde mugen los volcanes contestándole al ciclón,
más ardiente es la mirada, más fogoso el corazón ;
y de su cielo candente, de oro, cinabrio y turquí,
tienen tus rimas reflejos, como tiene el colibrí.

En las selvas de tu tierra hay un pájaro sin par
cuyo nombre no recuerdo, y me lo has de perdonar ;
es un pájaro modesto, mas, primoroso cantor
cuando trina en su garganta como un numen el amor.
Tiene a más el picarillo, como nadie, el raro don
de imitar todas las voces que encantan la creación.
Si ese pájaro escuchara la música tropical
de tus *Rimas* encantadas, quisiérala modular.
¿ Te ofendiera si lo hiciera?... ¡ Estoy seguro que no !
Perdóname si lo intento, que ese pájaro soy yo.

Es interesante comparar las *Rimas* de Rubén Darío,
— algunas de ellas admirables y exquisitas, y casi todas con
algo del espíritu de Bécquer —, con las contra-rimas
humorísticas de Eduardo de la Barra. He aquí una de las
Rimas :

Hay un verde laurel. En sus ramas
un enjambre de pájaros duerme
en mudo reposo
sin que el beso del sol los despierte.
Hay un verde laurel. En sus ramas

que el terral melancólico mueve
 se advierte una lira
 sin que nadie esa lira descuelgue.
 ¡ Quién pudiera al influjo sagrado
 de un soplo celeste,
 despertar en el árbol florido
 las rimas que duermen !
 Y flotando en la luz el espíritu,
 mientras arde en la sangre la fiebre,
 como « un himno gigante y extraño »
 arrancar a la lira de Bécquer.

La « contra-rima » correspondiente dice así :

Hay un charco verdoso. En sus aguas
 de batracios un cúmulo duerme
 en mudo reposo,
 sin que el viento ni el sol los despierte.
 Hay un charco verdoso. En sus aguas
 que se agitan al soplo del *puelche*,
 se advierte una caña
 que sonidos armónicos tiene.
 ¡ Quién pudiera al influjo divino
 de un numen celeste,
 despertar con la caña sonora
 los sapos que duermen !
 ¡ Y sus voces oír, cristalinas,
 en coro solemne,
 cual plegaria elevada a los cielos,
 cual ¡ adiós ! a la tarde que muere !

Algunos años después Rubén Darío, acogido con entusiasmo en Buenos Aires, que fué campo propicio para el desenvolvimiento de sus aptitudes máximas, realizó una campaña de divulgación de la obra de un grupo de escritores y poetas que, en un sentido o en otro, tuvieran relación con

el movimiento modernista. Para la América española, *Los Raros* fué una revelación : ese libro era, en lo fundamental, una especie de guía de la nueva sensibilidad contemporánea. Sólo tres escritores de América figuraban en él : Edgar Poe, por lo que respecta a la América inglesa ; y dos cubanos, por lo que respecta a la América latina : José Martí, compañero de Rubén Darío en la cruzada del modernismo, y Augusto de Armas, cuya producción poética pertenece a las letras francesas, como la de Heredia, el autor de *Los Trofeos*. No faltan en el libro evocaciones del pasado, como la de Fra Domenico Cavalca, ni todos los autores que en él se estudian merecen el epíteto de « raros » ; pero en su conjunto el libro se refiere principalmente a autores contemporáneos. Predominan los autores franceses (Leconte de Lisle, Villiers de Lisle Adam, Verlaine, Richepin, Moréas, Tailhade, Paul Adam, Rachilde). Hay además un artículo sobre Ibsen, que entonces (1892) empezaba a ser universalmente conocido, otros sobre el portugués Eugenio de Castro y otro sobre el belga Théodore Hannon.

« La publicación de la serie de *Los Raros* que después formó volumen, — dice Rubén Darío en su autobiografía —, causó en el Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. Ciertamente que había en mis exposiciones, juicios y comentarios, quizás demasiado entusiasmo ; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas, mantiene la fe y aviva la esperanza ».

En años posteriores Rubén Darío publicó otros volúmenes

en prosa, en los cuales recogió sus crónicas escritas para *La Nación*, de Buenos Aires. Algunos de esos volúmenes contienen la visión de España y otros la de Francia, pues en uno y otro país vivió casi siempre en la segunda mitad de su vida.

Es admirable la claridad con que Darío cuenta sus impresiones sobre *España Contemporánea* (1901). El poeta dice lo que siente y lo que piensa y lo dice demostrando una sagaz comprensión de cuanto observa. Esa labor se completa con la parte principal de *Tierras Solares* (1904), pues en *España Contemporánea* ve a España al través de Madrid (salvo un capítulo dedicado a Barcelona), mientras que en este nuevo libro la contempla otra vez desde Barcelona, y también desde Málaga, Granada, Sevilla, Córdoba y, por último, aun desde Gibraltar. Las restantes *Tierras Solares* de que habla el libro son Tánger, Venecia y Florencia. Después el poeta pasa « de tierras solares a tierras de bruma » y visita los imperios centrales: Alemania y Austria-Hungría.

En *Peregrinaciones* (1901), en *La Caravana pasa* (1903), en *Parisiana* (1908), se agita la imagen de París, que reaparece en todos sus libros posteriores. *Peregrinaciones* contiene, como *Tierras Solares*, impresiones de Italia; y *La Caravana pasa* nos trae también un eco de Londres. Pero tanto en éstas obras como en *Opiniones* (1906), *Letras* (1911) y *Todo al vuelo* (1912) lo que seduce es la gracia del estilo.

Fuera de esos volúmenes, Rubén Darío no publicó en prosa más que *El Viaje a Nicaragua* (1909), en el cual narra sus emociones del retorno a la tierra natal e intercala un *Intermezzo tropical* en verso; su *Autobiografía* (escrita en 1912, por encargo del semanario *Caras y Caretas*, de Buenos Aires) y el folleto *A. de Gilbert* (Santiago de Chile, 1889),

cuyo aspecto más interesante es el de los recuerdos personales que encierra, pues el resto de ese trabajo está consagrado a revelar como refinado soñador y artista al hijo de Balma-ceda, el presidente suicida.

Al publicar su autobiografía, Rubén Darío anunció la próxima aparición de una novela: *Oro de Mallorca*, de la cual se conocen fragmentos. Otra novela, *El Hombre de Oro*, empezó a publicar años antes en *La Biblioteca*, de Buenos Aires, que dirigía Paul Groussac, y quedó inconclusa. Diversos trabajos suyos han sido reunidos en volúmenes después de su muerte: así sus *Cabezas* (*Ediciones Mínimas*, Buenos Aires, 1916), donde aparecen reunidas las siluetas que sobre Lugones, Rodó, Zorrilla de San Martín, Graça Aranha y otros escritores contemporáneos escribió para la revista *Mundial*, que dirigió en París; así también algunos trabajos dispersos, compilados en los volúmenes que llevan por título *Sol del Domingo*, *El Mundo de los Sueños*, *Ramillote de Reflexiones* (todos publicados en Madrid, 1917) y *Prosa Política* (Madrid, 1918)¹. También se ha publicado una breve novela que escribió en su juventud: *Emelina*.

¹ Otros volúmenes se han publicado, tanto en Chile, como en Costa Rica y en Cuba, con poesías y trabajos, poco conocidos, de Rubén Darío. Entre esas compilaciones merecen citarse las que llevan por título *Hipsipilas* y *El Árbol del Rey David*, publicadas en Cuba por Regino Boti. Faltan, a no dudarlo, otros trabajos de juventud que no figuran en ningún volumen. Además, según afirmó el propio Rubén Darío, en un artículo sobre *Carlos Ezeta en Monte-Carlo*, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, la relación de la caída de los Ezeta, en el Salvador, a la cual puso Darío el título de *Historia negra*, vió la luz en folleto, en Guatemala, en 1890. También declaró Rubén Darío, en el epílogo de su autobiografía, que había publicado en la casa Maucci, de Barcelona, la traducción de una novela, que firmó « en gracias a la adorada bohemia », y de la cual no se quería acordar. (*Tomás Gordeieff*, de Máximo Gorki).

V

PRINCIPALES OBRAS POÉTICAS

En 1896, cuando Rubén Darío publicó *Prosas Profanas*, sus compañeros en la iniciación del modernismo habían desaparecido ya.

Julián del Casal había muerto en 1893. La muerte lo sorprendió en la grata sobremesa de un hogar amigo: un golpe de tos, un leve quejido, un gesto de agonía... y el poeta de *Nieve* dejó de existir. En *Nieve* había seguido las huellas del parnasismo francés; en *Bustos y Rimas*, que dejó en prensa, alcanzó a revelar mejor su temperamento melancólico, torturado por el dolor de vivir y por « la nostalgia infinita de otro mundo ».

Manuel Gutiérrez Nájera murió en 1895. En la *Revista Azul*, había recogido el símbolo representado en el título del libro que señaló el advenimiento del modernismo. Aquella revista fué considerada en México como la viviente encarnación del modernismo. Por eso, cuando doce años después de muerto Gutiérrez Nájera, un mercader de la literatura quiso resucitarla para, desde esa tribuna, librar campaña contra las nuevas tendencias literarias, gran parte de la juventud intelectual de México se irguió indignada para protestar contra esa profanación. La nueva *Revista Azul*, la apócrifa, no pudo subsistir después de esa protesta, que asumió la forma de una ruidosa manifestación pública que recorrió las calles de la capital, tremolando un estandarte con el lema « Arte Libre », con el mismo clamoreo de una asonada política.

José Martí, que desde hacía años era, más que un hombre,

una patria errante convertida en verbo apocalíptico, cayó también en 1895. « ¡ Yo alzaré el mundo ! » dijo él, que predicó la guerra santa ; y fué a ofrendar su vida sobre el campo de batalla, en holocausto por el ideal de la independencia, al que consagró su espíritu, su voluntad y su esfuerzo.

Y José Asunción Silva, atenaceado por la angustia de vivir, se despojó de la vida con gesto de fría desolación, en el momento mismo en que su nombre trasponía las fronteras nativas para merecer el tributo unánime de la admiración continental.

Rubén Darío quedó, de entonces, como jefe único del movimiento. Las filas del modernismo engrosaban cada día : surgía Leopoldo Lugones, deslumbrador y magnífico ; se destacaba Ricardo Jaime Freyre por su fina sensibilidad y su sabio espíritu innovador ; esculpía versos impecables Guillermo Valencia ; aparecían estrellas nuevas en el horizonte, como Julio Herrera Reissig ; y empezaban a renovar su primitiva *manera* Salvador Díaz Mirón, José Santos Chocano y Luis Gonzaga Urbina, a la vez que se anunciaba Amado Nervo.

José Enrique Rodó saludó la aparición de *Prosas Profanas* con un estudio insuperable que más tarde recogió Rubén Darío como prólogo para una nueva edición de su libro ¹. La significación alcanzada por Rubén Darío en la poesía hispanoamericana se condensa en este párrafo del estudio de Rodó :

« Habíamos tenido en América poetas buenos y poetas

¹ Por una omisión inexcusable, en esa edición, hecha por la casa Bouret en París, fué omitido, al pie del trabajo de Rodó, el nombre de su autor. Hubo un escritor que se refirió a él como « el eminente y anónimo prologuista de *Prosas Profanas* ».

inspirados, y poetas vigorosos ; pero no habíamos tenido en América un gran poeta exquisito. Joya es ésa de estufa ; vegetación extraña y mimosa que mal podía obtenerse de la explosión vernal de savia salvaje en que ha desbordado hasta ahora la juvenil vitalidad del pensamiento americano ; algunas veces encauzada en toscos y robustos troncos que durarán como las formas brutales, pero dominadoras, de nuestra naturaleza, y otras muchas veces difusa en gárrulas lianas, cuyos despojos enriquecen al suelo de tierra vegetal, útil a las florescencias del futuro ».

Y refiriéndose a las novedades técnicas del libro, el crítico se expresa así : « La crítica no ha detenido hasta ahora su atención en un aspecto tan interesante de las *Prosas Profanas* como el de las cuestiones relacionadas con la técnica de la versificación y de la forma que este libro promueve, y que conducirían a estudiar una de las manifestaciones más positivas y curiosas del talento innovador de Rubén Darío.

« No aludo, ciertamente, con ello a originalidades tan poco recomendables como la de la híbrida contextura de *El país del Sol* ; composición en prosa que lleva intercalada, al concluir y al concluir de cada párrafo, una frase que aconsonanta, al modo de informe verso, con la que la precede. ¿Quién duda de que la caricia para el oído, la virtud musical, sean tan propios de la prosa como del verso ? Midas no serviría más para prosista que para versificador. Toda frase tiene un oculto número. El párrafo es estrofa. Rubén Darío, que domina con soberana majestad el ritmo del verso, ha probado que domina, soberanamente también, el ritmo prosaico. Ved la *Canción del oro*, *La ninfa*, ciertos *Raros* que están hechos de bronce... Pero, por lo mismo que es indudable que hay un ritmo peculiar y distinto para cada forma de expresión,

uno y otro ritmo no deben confundirse nunca, y mucho menos debe intentar combinarse la flotante armonía de la prosa con el recurso de la rima, para obtener una hibridación comparable a la de ciertos cronicones latinos de la Edad Media; porque esta rima *parvenue*, interrumpiendo el curso libre y desembarazado de la elocución prosaica, hace el efecto de un incómodo choque, y porque le acontece al poeta que, por tal medio, ha intentado refundir dos modos diversos de armonía, lo que al enamorado voraz que, presuroso por besar las dos mejillas a un tiempo, no acertó a poner el beso en ninguna.

« Al hablar de las novedades técnicas de *Prosas Profanas* me he referido a las que pienso que pueden dejar una huella más o menos durable en el procedimiento poético, y que consisten principalmente en la preferencia otorgada a los metros que llevan menos nota de clásicos y más generosos en virtualidad musical; la consagración de nuevas formas estróficas, como el monorrímo ternario de dodecasílabos; la frecuencia y la ilimitada libertad con que se interrumpe métricamente la conexión gramatical de la cláusula, deteniéndola aun en palabras de simple relación, y la libre movilidad de la cesura, considerada independientemente de las pausas de sentido; y — como nota *aventurera* de la reforma — las disonancias calculadas, que de improviso interrumpen el orden rítmico de una composición con versos de una inesperada medida, o simplemente con una línea amorfa de palabras ».

El terceto monorrímo ya había sido empleado por Julián del Casal, en su composición *En el campo*, aunque no en dodecasílabos, que es como aparece en *El faisán* de Rubén Darío, que también lo empleó, aunque con distinta medida,

en los versos que dedicó *A Goya*. Rubén Darío comunicó a esta combinación estrófica singular animación y flexibilidad. Y aunque el endecasílabo dactílico, empleado por Rubén Darío en el *Pórtico* del libro *En tropel*, de Salvador Rueda, no sea una invención, tiene el carácter de una resurrección valiosísima; y aunque un joven modernista, Carlos Alberto Becú, fué, según declara el propio Rubén Darío en su autobiografía, el primero que ensayó el metro libre en castellano, y antes que Rubén Darío utilizó Jaimés Freyre esta nueva forma de verso, ya en *La página blanca* se advierte una tendencia al metro-librismo. La combinación métrica del *Responso a Verlaine*, derivada de otra francesa análoga, tuvo también el carácter de una novedad en castellano.

Desde el punto de vista espiritual importa hacer resaltar que, según Díaz Rodríguez, la aspiración mística « en Rubén Darío empieza con poemas como *El reino interior*, de *Prosas Profanas*, recordando el suave y delicioso misticismo de ciertas pinturas prerrafaelistas. Luego cobra aquel perfume y frescor de espontaneidad que esparcen algunos de los *Cantos de Vida y Esperanza* del maestro ».

¿Cuáles son las poesías predilectas de *Prosas Profanas*? El gusto popular se ha decidido por un soneto de bonita factura pero de vulgar sensibilidad, *Margarita*, y por la *Sonatina*; después por *Era un aire suave...* y por *Divagación*. Pero hay otras de igual mérito. *El faisán* es una maravillosa fantasía. La *Sinfonía en gris mayor* resulta un prodigio de habilidad descriptiva. *El reino interior* abunda en místicas seducciones, con un eco vago de Dante Gabriel Rossetti, esto es, con algo de espíritu prerrafaelista, según hizo notar Díaz Rodríguez.

Prosas Profanas es el alarde de rica expresión verbal de

un poeta que se siente dueño de grandes tesoros en la imaginación. América no había tenido hasta entonces, como observa Rodó (salvo, quizás, en Casal) lo que Rubén Darío representaba con ese libro : un gran poeta exquisito.

El libro más notable de cuantos dejó Rubén Darío es *Cantos de Vida y Esperanza*, publicado en 1905. Es obra de madurez. La inspiración del poeta alcanza en ella su más alta expresión. Rubén Darío no es ahí solamente un poeta exquisito, como en *Prosas Profanas*, sino que también es el poeta de una generación y de todo un continente. Ya en lo adelante no pudo aplicársele el juicio formulado en una tertulia literaria del Plata y recogido por Rodó para iniciar su trabajo crítico : « ¡ No es el poeta de América ! ».

No obstante, si algún libro de Rubén Darío no puede llegar fácilmente a la más alta popularidad (salvo por obra del tiempo) es éste. Ni las rimas se acoplan ahí a gusto de las muchedumbres, ni la música del verso es tan sensible para oídos no acostumbrados a ciertos refinamientos de expresión como la de los ritmos elegantes de *Prosas Profanas* : disminuye aquel alarde verbal, propio para rememorar las fiestas galantes, y la palabra alcanza mayor precisión, fuerza y elevación.

No faltan en este libro tampoco las innovaciones métricas. La primera y más significativa es el uso frecuente de metros elásticos, que en su tiempo pudieron parecer manifestaciones de verso-librismo. También es frecuente la combinación de medidas diferentes, que habitualmente no se habían empleado en sistemática mezcolanza :

Pasa su Eminencia.
Como flor o pecado en su traje
rojo ;

como flor o pecado, o conciencia
 de sutil monseñor que a su paje
 mira con vago recelo o enojo.
 Nápoles deja a la abeja de oro
 hacer su miel
 en su fiesta de azul ; y el sonoro
 bandolín y el laurel
 nos anuncian Florencia.

En otros casos, como en *Helios*, la combinación se basa en heptasílabos y alejandrinos, versos que tienen entre sí relación estrecha, hermanados con endecasílabos. Es la combinación métrica de la silva, complicada con la duplicación frecuente del heptasílabo para formar un alejandrino. Esa misma combinación es la que utilizó en su admirable canto a la hembra :

¡ Carne, celeste carne de la mujer ! Arcilla,
 dijo Hugo — ambrosía más bien ¡ oh maravilla ! —
 La vida se soporta,
 tan doliente y tan corta,
 solamente por eso :
 roce, mordisco o beso
 en ese pan divino
 para el cual nuestra sangre es nuestro vino !
 En ella está la lira,
 en ella está la rosa,
 en ella está la ciencia armoniosa,
 en ella se respira
 el perfume vital de toda cosa.

Eva y Cipria concentran el misterio
 del corazón del mundo.
 Cuando el áureo Pegaso
 en la victoria matinal se lanza
 con el mágico ritmo de su paso

hacia la vida y hacia la esperanza,
 si alza la crin y las narices hincha
 y sobre las montañas pone el casco sonoro
 y hacia la mar relincha,
 y el espacio se llena
 de un gran temblor de oro,
 es que ha visto desnuda a Anadiomena.

Darío emplea también el metro elástico, más o menos libre, con base rítmica fija; forma que ha adquirido extraordinaria popularidad con el *Nocturno* de José Asunción Silva, cuya base rítmica fundamental es la de cuatro sílabas:

Una noche ...

Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas
 [de alas ...

En la *Marcha triunfal*, una de las composiciones más sonoras y armoniosas que se han escrito en idioma español, Darío eligió la base trisilábica:

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
 desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros; —
 las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
 hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros. —
 Las trompas guerreras resuenan;
 de voces los aires se llenan ...
 — a aquellas antiguas espadas,
 a aquellos ilustres aceros,
 que encarnan las glorias pasadas; —
 y al sol que hoy alumbrá las nuevas victorias ganadas,
 y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
 al que ama la insignia del suelo materno,
 al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
 los soles del rojo verano,
 las nieves y vientos del gélido invierno,

la noche, la escarcha.

y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la
[marcha
triunfal !...

Otra innovación importante, en la cual no pareció Rubén Darío haber logrado en un principio igual acierto, es la introducción del hexámetro en castellano, siguiendo la tradición greco-latina. En la *Salutación del optimista* el metro aparece revestido de alguna rudeza y poco sentido musical, aunque sí posee gran fuerza y vigor :

¡ Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda.
espíritus fraternos, luminosas almas, salve !
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos ; mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto ;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte ;
se anuncia un ritmo nuevo, feliz sibila sueña
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirlo Virgilio divino,
la divina reina de luz, la celeste Esperanza !

Más tarde, al igual que Guillermo Valencia en su magnífica oda *Popayán*, Rubén Darío supo sacar mejor partido del hexámetro, dotándolo de rica musicalidad gracias al efecto que producen asonancias y consonancias agudas distribuidas convenientemente a lo largo de la composición ... Valga una muestra, tomada de su *Salutación al águila*, inserta en *El canto errante* :

Bien vengas, mágica Águila de alas enormes y fuertes,
a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,

a traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,
 una palma de gloria del color de la inmensa esperanza.
 y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.

También Francisco Gavidia ha ensayado el hexámetro, en las variadas formas que puede ofrecer su adaptación sistemática, en su canto a Santos Dumont.

En *Cantos de Vida y Esperanza* resucita Darío el uso del endecasílabo acentuado solamente en la cuarta sílaba. Los clásicos españoles solían mezclar unos endecasílabos con otros, que fué lo que hizo Rubén Darío; en lo cual no se apartaban de la manera italiana. Esa tradición, que arranca del más puro clasicismo español y que venía de Italia, había sido desechada por el retoricismo del siglo XIX. Rubén Darío la resucitó y obtuvo singular éxito en la adopción del endecasílabo acentuado solamente en la cuarta sílaba, que fué acogido de entonces por otros poetas, mezclándolo con otros endecasílabos de distinta distribución en los acentos rítmicos:

Yo supe de dolor desde mi infancia,
 mi juventud... ¿ fué juventud la mía ?
 Sus rosas aun me dejan su fragancia, —
 una fragancia de melancolía.

En *Cantos de Vida y Esperanza*, libro de madurez, el poeta canta las melancolías del otoño. El otoño se acerca, pero el espíritu está todavía en plena primavera. Ha pasado la locura, pero aun queda la esperanza. Anatole France apreciaba que la perspectiva de la vejez produce más honda melancolía que la vejez misma: la vejez, después que llega, es amable y suave, pero el hombre no puede verla llegar sin tristeza. Este sentimiento se revela en muchas páginas de *Cantos de Vida y Esperanza*, principalmente en la emotiva

Canción de otoño en primavera y en estas dos estrofas intituladas *De otoño* :

Yo sé que hay quienes dicen : ¿ Por qué no canta ahora con aquella locura armoniosa de antaño ?

Ésos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.

Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa :

¡ Dejad al huracán mover mi corazón !

En el preámbulo lírico (*Yo soy aquel que ayer no más decía...*) se siente el mismo soplo melancólico, no obstante pertenecer esa composición al grupo de las que expresan vida y esperanza, que constituyen la primera parte del volumen. En esta primera parte es donde encontramos todavía gritos de optimismo y de fe; el elogio de *Pegaso*; la *Salutación del optimista* a las « razas ubérrimas, sangre de Hispania »; el saludo fraterno a los poetas, a quienes llama « Torres de Dios »; y el himno a *Helios*; para culminar en la armonía maravillosa y solemne de la *Marcha triunfal*. En *Los cisnes* comienzan ya las interrogaciones al futuro; y en el grupo de *Otros poemas* es donde se manifiestan melancolías crepusculares, no obstante la salutación a la primavera (*Por el influjo de la primavera*): el canto del poeta se eleva bajo *La dulzura del Angelus* o en *La tarde del Trópico*, o en el silencio de la noche, para lamentar la « miseria de toda lucha por lo finito »; para decir *A Phocás el campesino*: « Ya tendrás la vida para que te envenenes »; para filosofar pitagóricamente con *Cleopompo* y *Heliodemo*, mientras « rueda en un ritmo invisible la música del mundo »; para departir « ciego de ensueño y loco de armonía », con

el hermano « que tiene la luz » ; o para concentrar todo el dolor de la existencia en estrofas dolientes como las de este *Nocturno* :

Los que auscultasteis el corazón de la noche,
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
sabréis leer estos versos de amargor impregnados !...

Como en un vaso vuelto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
y el sueño que es mi vida desde que yo nací !

Todo esto viene en medio del silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón.

Además, en *Cantos de Vida y Esperanza* se revela Rubén Darío como poeta continental, poeta de su América. El que en *Azul...* cantó a *Caupolicán*, el que en *Prosas Profanas* ensalzó las bellezas y atractivos del ambiente bonaerense, se yergue, en *Cantos de Vida y Esperanza*, haciéndose portavoz de toda una constelación de naciones y lanza un apóstrofe *A Roosevelt*, para decirle : « Tened cuidado. ¡ Vive la América española ! » ; y le pregunta al cisne : « ¿ Tantos millones de hombres hablaremos inglés ? ». Por sus labios habló la América para expresar sus anhelos y sus inquietudes.

Más tarde elevó su *Canto a la Argentina* y consagró a la memoria de Bartolomé Mitre un sentido tributo poético; así como en *El canto errante* cantó al *Momotombo* y a *Tute-cotzimi*, y formuló esta imprecación al descubridor de la América :

¡ Desgraciado Almirante ! Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,
la perla de tus sueños es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.

El poeta tomó para sí la voz de su siglo y de su continente. Sus himnos más nobles y bellos fueron los que brotaron al toque de esos leimotivos o bien los que, como el *Poema del otoño*, significaban un renacimiento de amor y de esperanza :

¡ Adolescencia ! Amor te dora
con su virtud ;
goza del beso de la aurora,
¡ oh juventud !
¡ Desventurado el que ha cogido
tarde la flor !
Y ¡ ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor !
Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder
como en un cáliz de cristal,
en la mujer.
Y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de llama
y de perfume.
Abrasaos en esa llama
y respirad
ese perfume que embalsama

la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos ;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca ;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.

Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra ;
gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
y que os restringe ;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

Aun vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas ;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

Aun Anadiómena en sus lidias
nos da su ayuda ;
aun resurge en la obra de Fidias
Frine desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,
de sangre humana,
y aun siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.

Y hace de este globo viviente
fuerza y acción
la universal y omnipotente

fecundación.

El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso,
en nosotros corre la savia
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,
como el ruido de la mar
el caracol.

La sal del mar en nuestra venas
va a borbotones ;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas :
tenemos carne de centauros
y satiresas.

En nosotros la Vida vierte
fuerza y calor.
¡ Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor !

VI

LA AUTOBIOGRAFÍA

La última obra publicada por Rubén Darío son las memorias que escribió, hilvanando recuerdos de manera incoherente, para el semanario argentino *Caras y Caretas*. Esta obra, que lleva por título *La Vida de Rubén Darío contada por él mismo*, nos da a conocer los aspectos sobresalientes de

la existencia novelesca y aventurera del poeta. Más que una autobiografía, la obra tiene el corte de una novela picaresca. No resultan más interesantes, en buena parte, las aventuras del *Lazarillo de Tormes* o de *Guzmán de Alfarache*.

No toda la vida de Rubén Darío está en ese libro: algo quiso olvidar o callar, y así lo confiesa. En ocasiones, la realidad de lo ocurrido ha sido modificada, y es patente el empeño del autor por mantener el carácter novelesco de la narración. No obstante, Rubén Darío no ocultó sus vicios, o, por mejor decir, su vicio: la dipsomanía. A veces habla de ello sin afectación y sin *pose*. « Como yo, abusaba de los alcoholes », dice de un bohemio parisiense que le presentó Gómez Carrillo. Y en la *Historia de mis Libros* hace esta declaración:

« En cuanto a la bohemia inquerida, ¿ habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar? »...

Sean cuales fueren las atenuaciones que acaso quepan a esa gran debilidad del poeta, la crítica no debe silenciar ningún detalle de su vida. A la postre, el vicio fué la causa indirecta de su muerte, relativamente temprana; pero en cambio, quizás si, como pudiera suponerse en el caso de Edgar Poe, el alcohol influyera en dar algunos matices raros y originales a su poesía.

Rubén Darío nació el 18 de enero de 1867 en Metapa o Chocoyos, pueblecito de Nueva Segovia, en Nicaragua. Su familia era de León. Su verdadero nombre era Félix Rubén

García Sarmiento ; pero como allí le decían « los Darío » a toda esa familia de Garcías, el poeta acabó por usar el nombre con que ha quedado consagrado en la historia de la literatura. Por desavenencias ocurridas en el hogar de sus padres, y por otras cuestiones de familia, fué educado por una tía abuela materna. Escribió versos desde temprano : los primeros los publicó antes de cumplir los trece años. Era « el poeta niño », según le llamaban en su país. Cuando tenía quince años y hacía odas, visitó la república de El Salvador y mereció la protección presidencial del doctor Rafael Zaldívar. Dos años después fué a Chile y de entonces data su renombre continental. Allí publicó *Abrojos* y *Azul...* Lastarria consiguió para él un puesto de corresponsal del gran diario argentino *La Nación*. El general Mitre lo nombró para ese cargo en 1889, y Rubén Darío lo conservó durante todo el resto de su vida.

De regreso a El Salvador poco meses después, el presidente Francisco Menéndez le confió la dirección del periódico semi-oficial *La Unión Centro-Americana*. El 22 de julio de 1890 contrajo matrimonio civil con la señorita Rafaela Contreras, a reserva de celebrar poco después el matrimonio religioso, cosa que no pudo efectuarse inmediatamente porque la misma noche estalló una revolución en El Salvador, capitaneada por el general Ezeta, que había sido, hasta ese momento, uno de los firmes sustentáculos del gobierno. El presidente Menéndez murió, al saber la noticia, de un síncope cardíaco ; y Rubén Darío — que, aunque llamado por Ezeta, no quiso respaldar su traición — logró escapar a Guatemala, donde el presidente Barillas, amigo del difunto presidente de El Salvador, lo hizo nombrar director del diario *El Correo de la Tarde*. Siete meses después se llevó a

cabo el matrimonio religioso de Darío con la señorita Contreras, escritora de fino espíritu, que firmaba sus producciones con el pseudónimo de *Stella*.

Rubén Darío pasó más tarde a Costa Rica. Allí nació su hijo Rubén Darío Contreras, único fruto de aquella unión.

Recuerda Rubén Darío haber visto en Costa Rica a Antonio Maceo, el famoso guerrero de la libertad de Cuba; y le consagra este párrafo:

« Un día vi salir de un hotel, acompañado de una mujer muy blanca y de cuerpo fino, española, a un gran negro elegante. Era Antonio Maceo. Iba con él otro negro, llamado *Bembeta*, famoso también en la guerra cubana ».

Los errores contenidos en tan breves líneas demuestran que la memoria no fué muy buen auxiliar de Rubén Darío. Ciertamente, no podía exigírsele que recordase que la española a quien acompañaba el mulato inmortal era la tiple María Nalbert, pero un elemental conocimiento de la historia de las revoluciones cubanas le habría hecho recordar que *Bembeta*, o sea Bernabé Varona, patriota camapueyano, de raza blanca, había sucumbido en 1873, en la hecatombe ocurrida con motivo de la captura del vapor *Virginus*. Probablemente el amigo acompañante de Maceo era otro mestizo ilustre en las guerras de Cuba: Flor Crombet, a quien nunca se dió el apodo de *Bembeta*, aunque entre este apodo y su apellido hay cierta afinidad fonética que acaso fué la causa de la confusión sufrida a este respecto por Rubén Darío.

Poco después el gobierno de Nicaragua nombró a Rubén Darío miembro de la delegación que dicha república envió a España con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. En España fué objeto de agasajos y muestras de simpatía. Entre sus principales

amigos se contaron, de entonces, Menéndez y Pelayo, Castelar, Valera, Núñez de Arce, Campoamor y Zorrilla.

En su viaje de regreso visitó a Cuba. Estuvo en la Habana varios días y pasó algunas horas en Santiago de Cuba. En su autobiografía no hace Rubén Darío alusión a su permanencia en Cuba, no obstante haber conocido entonces personalmente a Julián del Casal, con el cual le ligó fraternal intimidad. Sólo en un artículo intitulado *El general Lachambre* y en una carta pública dirigida a Enrique Hernández Miyares ¹ recordó Rubén Darío esa visita a Cuba y su amistad con Casal. Este último perpetuó en una de sus mejores poesías (*Páginas de vida*) el afecto que los unió y la singular antítesis que existía entre esos dos espíritus, al evocar el momento en que Rubén Darío embarcó para continuar su viaje :

En la popa desierta del viejo barco
 cubierto por un toldo de frías brumas,
 mirando cada mástil doblarse en arco,
 oyendo los fragores de las espumas ;
 mientras daba la nave tumbo tras tumbo
 encima de las olas alborotadas,
 cual si ansiosa estuviera de emprender rumbo
 hacia remotas aguas nunca surcadas ;
 sintiendo ya el delirio de los alcohólicos
 en que ahogaba su llanto de despedida,
 narrábame, en los tonos más melancólicos,
 las páginas secretas de nuestra vida.

— Yo soy como esas plantas que ignota mano
 siembra un día en el surco por donde marcha,
 ya para que la anime luz de verano,
 ya para que la hiele frío de escarcha.

¹ *La Habana Elegante*, año X, n.º 24, Habana, 17 de junio, 1894.

Llevado por el soplo del torbellino
que cada día a extraño suelo me arroja,
entre las rudas zarzas de mi camino
si no dejo un capullo, dejo una hoja.

Mas como nada espero lograr del hombre
y en la bondad divina mi ser confía,
aunque llevo en el alma penas sin nombre
no siento la nostalgia de la alegría.

¡ Ígnea columna sigue mi paso cierto !
¡ Salvadora creencia mi ánimo salva !
¡ Yo sé que tras las olas me aguarda el puerto !
¡ Yo sé que tras las noches surgirá el alba !

Tú, en cambio, que doliente mi voz escuchas,
sólo el hastío llevas dentro del alma :
juzgándote vencido, por nada luchas
y de ti se desprende siniestra calma.

Tienes en tu conciencia sinuosidades
donde se extraviaría mi pensamiento,
como al surcar del éter las soledades
el águila en las nubes del firmamento.

Sé que ves en el mundo cosas pequeñas
y que por algo grande siempre suspiras,
mas no hay nada tan bello como lo sueñas,
ni es la vida tan triste como la miras.

Si hubiéramos más tiempo juntos vivido
no nos fuera la ausencia tan dolorosa.

¡ Tú cultivas tus males, yo el mío olvido !
¡ Tú lo ves todo en negro, yo todo en rosa !

Quisiera estar contigo largos instantes,
pero a tu ardiente súplica ceder no puedo :
¡ hasta tus verdes ojos relampagueantes,
si me inspiran cariño, me infunden miedo !

Genio errante, vagando de clima en clima,
sigue el rastro fulgente de un espejismo,
con el ansia de alzarse siempre a la cima,
mas también con el vértigo que da el abismo.

Cada vez que en él pienso la calma pierdo,
palidecen los tintes de mi semblante
y en mi alma se arraiga su fiel recuerdo
como en fosa sombría cardo punzante.

Doblegado en la tierra luego de hinojos,
miro cuanto a mi lado gozoso existe
y pregunto, con lágrimas en los ojos,
¿por qué has hecho ¡ oh Dios mío ! mi alma tan triste ?

Continuó Rubén Darío su viaje y, de paso por Colombia, conoció en Cartagena al ex presidente y poeta Rafael Núñez, quien le ofreció obtener que se le nombrase cónsul de Colombia en Buenos Aires. Meses después fué extendido a Rubén Darío ese nombramiento por el presidente Miguel Antonio Caro, también poeta y traductor de Virgilio, pues dijérase que, para honor de Colombia, el título de intelectual ha sido siempre la más segura credencial para escalar las alturas del poder.

Rubén Darío siguió viaje a Nicaragua para dar cuenta de su misión y esperar allí el nombramiento ofrecido. En León recibió la noticia de la muerte de su esposa, que no le había acompañado en su viaje oficial y lo aguardaba en El Salvador. El poeta cayó en cama, extenuado de dolor, porque su esposa era para él « consolación y apoyo moral ».

Repuesto de su quebranto se dirigió a Managua para gestionar el pago de seis meses de sueldo que le adeudaba el gobierno. Y allí sobreviene, algún tiempo después, la que él mismo califica como la página más novelesca de su vida. He aquí lo que dice a ese respecto en sus memorias :

« Llegué a Managua y me instalé en un hotel de la ciudad. Me rodearon viejos amigos ; se me ofreció que se me pagarían pronto mis sueldos, mas es el caso que tuve que

esperar bastantes días ; tantos, que en ellos ocurrió el caso más novelesco y fatal de mi vida, pero al cual no puedo referirme en estas memorias por muy poderosos motivos. Es una página dolorosa de violencia y engaño, que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años, pero vive aún quien como yo ha sufrido las consecuencias de un familiar paso irreflexivo y no quiero aumentar con la menor referencia una larga pena. El diplomático y escritor mejicano Federico Gamboa, tan conocido en Buenos Aires, tiene escrita desde hace muchos años esa página romántica y amarga, y la conserva inédita, porque yo no quise que la publicase en uno de sus libros de recuerdos. Es precisa, pues, aquí, una laguna en la narración de mi vida ».

Esa página que conservó inédita Gamboa es la que se refiere al segundo matrimonio de Rubén Darío, el que contrajo con la señorita Rosario Murillo. Rubén Darío habla de « un familiar paso irreflexivo », así como habla de violencia y engaño ; pero agrega que hay otra víctima de esos hechos. Es lo cierto, en suma, que Rubén Darío contrajo un matrimonio que acaso no habría querido contraer ; y que este hecho le impidió durante bastantes años, según él mismo declara, consolidar el hogar que formó en Europa con Francisca Sánchez, a la cual reiteradamente consagró durante sus últimos años algunos versos llenos de gratitud y de ternura. De esta última unión tuvo un hijo, Rubén Darío Sánchez, alegría de sus postreros años.

A esta época y a los años precedentes (de 1891 a 1893) corresponde la amistad íntima de Rubén Darío con un cubano distinguido, inspirado poeta, hijo de Santiago de Cuba : Desiderio Fajardo Ortiz, que hizo popular su simbólico pseudónimo *El Cautivo*, y que vivió, inválido y resignado,

uncido al carro del dolor. Rubén Darío, que no menciona esta amistad en su autobiografía, consagró a Fajardo Ortiz estos versos, apenas conocidos :

Como el príncipe del cuento
las piernas tienes de mármol ;
como poeta y artista
tus ojos miran los astros.

Si eres *cautivo*, eres grande ;
si eres poeta, eres mago ;
si eres vate, tienes flores ;
y si eres dios, tienes rayos.

Tienes tus mil y una noches,
como el bello solitario,
las tormentas de tus himnos
y las nubes de tus cantos.

Ansía todos los cielos,
ama todos los zodiacos,
y haz dos alas inmortales
con las ruedas de tu carro.

Y en un ejemplar de *Azul ...*, destinado a *El Cautivo*, puso esta dedicatoria autógrafa :

Arte y amistad nos ligan.
Mientras yo exista y tú existas,
seamos hermanos y artistas :
arte y amistad obligan.

Arte es religión. Creamos
en el arte, en él pensemos ;
a sus altares llevemos
nuestras coronas y ramos.

Hagamos de la expresión
que siempre armoniosa sea,
y hagamos de cada idea
una cristalización.

La prosa es el material ;

adorno, las frases mismas,
y las letras son los prismas
del espléndido cristal.

Y dejemos sus enfáticas
reglas y leyes teóricas
a los que escriben retóricas
y se absorben las gramáticas.

Pensar firme, hablar sonoro ;
ser artista, lo primero :
que el pensamiento de acero
tenga ropaje de oro.

Poco después de su segundo matrimonio, Rubén Darío recibió una carta de Rafael Núñez, trasmitiéndole el aviso de que podía ir a recoger en Panamá el nombramiento de Cónsul de Colombia en Buenos Aires. Darío partió poco después hacia Europa, para de allí encaminarse a la Argentina, no sólo porque el viaje se realizaba entonces en condiciones más cómodas por esa vía, sino también guiado por el deseo de pasar por París. Se detuvo en Nueva York y allí conoció a José Martí. Se vieron una sola vez, pero esa bastó para estrechar la amistad que a distancia los había unido, cimentada en la recíproca admiración que se profesaban. La entrevista con Martí es una de las más bellas páginas de su autobiografía.

En París permaneció Rubén Darío poco tiempo, en esa su primera visita. Los literatos franceses con los que entonces trabó amistad fueron, principalmente, Jean Moréas, Charles Morice y Maurice Duplessis.

En Buenos Aires fué cordialmente recibido. Puede decirse que casi inmediatamente se puso allí al frente del movimiento literario. La Argentina fué su segunda patria y a ella consagró profundo amor y perpetua gratitud. Se formó el grupo

del Ateneo y se vió al modernismo en acción. Muerto Rafael Núñez poco después, Rubén Darío dejó de ser Cónsul de Colombia y se consagró a la vida del periodismo, colaborando principalmente en *La Nación*, de la que siguió siendo redactor y corresponsal toda la vida. Fundó con Ricardo Jaimes Freyre la *Revista de América*. Publicó *Prosas Profanas*, que provocó una tempestad de loores y diatribas.

Al estallar la guerra entre España y los Estados Unidos de América, Rubén Darío fué enviado a España por *La Nación*. En el libro *España Contemporánea* figuran sus crónicas de esta época. Más tarde siguió a París para enviar al gran diario argentino sus impresiones sobre la Exposición Universal de 1900, recogidas en el libro *Peregrinaciones*. Visitó después, siempre por encargo de *La Nación*, diversos países de Europa: Inglaterra, Italia, Alemania, Bélgica, Austria-Hungría, pero su residencia habitual y preferida era París. Algún tiempo después el gobierno de Nicaragua lo nombró Cónsul General en París.

En 1906 fué nombrado delegado de Nicaragua a la tercera Conferencia Internacional Americana, celebrada en Río de Janeiro. De regreso del Brasil, fué designado miembro de la comisión de límites entre Nicaragua y Honduras, que debía reunirse en Madrid, pues el árbitro era el rey Alfonso XIII, y después de cumplido este cometido se dirigió a su tierra natal, que no había visitado desde hacía dieciocho años. Sus compatriotas lo recibieron con inusitado entusiasmo y el presidente José Santos Zelaya lo nombró Ministro Plenipotenciario en Madrid. En su libro *El Viaje a Nicaragua* reunió sus impresiones de esta visita a su patria.

De regreso a España, provisto de sus credenciales diplomáticas, compareció ante el monarca que regía los destinos

de la nación descubridora y colonizadora. La afabilidad con que fué recibido en el Palacio Real le hizo ver que sus mejores credenciales eran las de poeta. El rey, terminada la ceremonia oficial, le habló de sus versos y le demostró de esa suerte que aquella ceremonia no era más que la consagración oficial de un hecho ya conocido: que Rubén Darío era en España el embajador intelectual, no sólo de Nicaragua, sino de toda la América española.

En 1910 el joven e ilustrado presidente de Nicaragua, doctor José Madriz, abogado de talento y hombre de recto y noble espíritu, que había sustituido a Zelaya en el poder, nombró a Rubén Darío como Enviado Extraordinario ante el gobierno de México en las fiestas del centenario de la independencia mexicana. Rubén Darío emprendió viaje de España hacia México. Hizo escala en La Habana y allí se enteró que el presidente Madriz había sido derrocado por una revolución que capitaneaba el general Estrada. Telegrafió al nuevo gobierno de Nicaragua y no recibió respuesta. Los que estuvimos en contacto con él a su paso por La Habana, — horas de cordialidad, cuya nota culminante fué un banquete de escritores, — tratamos de acallar sus inquietudés, pues estimábamos que en las veinticuatro horas escasas que permaneció en La Habana apenas había tiempo para que su telegrama fuese contestado. Considerábamos, además, que una misión como la que llevaba el poeta a México era de índole esencialmente nacional y nada tenía que ver con los accidentes de la vida política.

Estábamos engañados, sin embargo. El general Estrada, que contaba con el favor de la cancillería de los Estados Unidos de América, temió desagradar a tan valioso aliado manteniendo al frente de esa misión al poeta del apóstrofe A

Roosevelt, y telegrafió a México destituyéndolo. Al llegar a Veracruz, una muchedumbre inmensa acudió a los muelles a recibir a Rubén Darío, pero un comisionado del gobierno mexicano subió al buque anclado en el puerto e informó al poeta de su destitución. Oficiosamente se le recomendó que no siguiese viaje a la capital, pues allí se le preparaba un recibimiento popular ruidoso, que se temía culminara en manifestaciones de indiscreta hostilidad a gobiernos amigos, cosa doblemente impropia y mortificante en una ocasión solemne como era la conmemoración del centenario de la independencia mexicana. En efecto: la agitación que el asunto había provocado en la ciudad de México era grande, los periódicos se referían al caso en forma violenta, y esa misma noche varios millares de personas acudieron a la estación del ferrocarril para recibir y aclamar al poeta y permanecieron allí hasta pasada la media noche, en inútil espera. El poeta no llegó: había decidido no ir a la capital y aceptó la invitación que se le hizo para trasladarse a Jalapa, donde fué recibido entre aclamaciones populares, y pasó varios días en compañía de Salvador Díaz Mirón. Poco después regresó a La Habana en el mismo barco que lo había conducido a Veracruz, y el gobierno mexicano designó un comisionado para que lo acompañase durante dos meses y cuidase de que no le faltara ninguna clase de comodidades. En La Habana permaneció cerca de tres meses, presa de gran abatimiento. Trató al fin de salir de esa inacción. El comisionado del gobierno de México se había retirado ya, una vez cumplido el objeto de su misión. Rubén Darío se encontró, en un momento dado, carente de recursos. Le prestó auxilio el Ministro del Brasil, el poeta Fontaura Xavier; *La Nación* le situó fondos por cable, así como el general Bernardo Reyes, que se en-

contraba en París. Rubén Darío pudo entonces emprender viaje de regreso a Europa.

Poco después fundó en París la revista *Mundial*, empresa manejada por los hermanos Guido; y fué obsequiado con un banquete por un grupo de escritores franceses, bajo el patrocinio de Paul Fort, Remy de Gourmont y Anatole France. Empezó luego una peregrinación de propaganda de su revista y fué acogido con vivas muestras de admiración y entusiasmo en Madrid y Barcelona y después en Río de Janeiro y otras poblaciones de la América del Sur. La gran guerra de 1914 interrumpió la publicación de la revista. Desde antes, Rubén Darío, sintiéndose enfermo, había ido a Palma de Mallorca, de donde, un tanto mejorado de sus quebrantos, fué a instalarse por un tiempo en Barcelona.

El conflicto mundial lo llenaba de inquietudes. Profesaba gran amor a Francia, y así lo había expresado, haciéndose eco del sentir de su América, en versos franceses de suave melodía, que fueron recitados en una fiesta del Comité Franco-Amérique; y se sentía torturado por el temor de que Francia pudiera ser aniquilada por los ejércitos teutones. Gómez Carrillo, en una bella página que escribió a raíz de la muerte de Darío, habla de ese amor sincero y profundo por Francia, y de esas inquietudes, que los hechos comenzaron felizmente a desvanecer.

Un nicaragüense nombrado Alejandro Bermúdez sugirió a Darío la idea de hacer un nuevo viaje a Nicaragua. Empezaron ambos el camino de Nueva York, donde Rubén Darío fué objeto de múltiples deferencias. La Sociedad Hispánica de América, fundada por Mr. Archer M. Huntington, le otorgó su medalla de honor, — deferencia que a muy escasas personas ha sido concedida —, y tanto la Academia Nacional

de Artes y Letras como la Liga de Autores de Nueva York, le tributaron grandes honores ¹.

En Nueva York sufrió Rubén Darío una pulmonía doble, que empeoró su estado de salud, bastante delicado desde algún tiempo antes. Repuesto un tanto y desligado de Bermúdez, siguió viaje a Guatemala, donde se agravó su estado, y en vista de ello el gobierno de Nicaragua lo hizo conducir a León, donde murió el 6 de febrero de 1916. Su segunda esposa, Rosario Murillo, que siempre había vivido separada de él, acudió a acompañarlo y a asistirlo amorosamente en el trance decisivo.

VII

LA ESTATUA

Un día, en charla amena y fraterna, alguien habla a Rubén Darío, con frivolidad indiscreta, de la consagración de su gloria en el mármol, el día en que su nombre y su obra fueran ya patrimonio de la posteridad.

— «El busto sobrevive a la ciudad», según Théophile Gautier, y no será, sin duda, un solo monumento el que se alzaré, ni en un solo país, como símbolo de la supervivencia de Rubén Darío en su obra. ¿Dónde se alzaré el primero?

— En Nicaragua — dijo sencillamente el poeta — o en la Argentina.

Y se habló de otra cosa.

Al morir Rubén Darío, un grupo de escritores y artistas

¹ En marzo de 1916, muerto ya Rubén Darío, la Sociedad de Poesía (*Poetry Society*), de Nueva York, tomó un expresivo acuerdo en honor suyo, por iniciativa del exquisito poeta norteamericano Hoyce Kilme, que murió en el frente francés el 30 de julio de 1918.

españoles — entre ellos Baroja, Valle Inclán y Romero de Torres—, lanzaron la idea de erigirle en Madrid un monumento. Y era, sin duda, allí, en el viejo solar de las letras castellanas, dentro de las cuales personificó Rubén Darío tan profunda revolución, donde en justicia debió elevarse el primer monumento en su honor. No pudo ser así, y Nicaragua, tal como lo predijo el poeta, rindió ya ese tributo de amor y admiración a su hijo ilustre ¹. Algún día, sin embargo, ha de rendirle España igual homenaje.

Y mañana, cuando allí, en el viejo solar del idioma, se levante en mármol la efigie del poeta y las rachas frescas acaricien aquella faz que la piedra perpetuará eternamente joven, y ante esa efigie se detengan los que harán el arte de las edades futuras, creerán acaso oír una voz misteriosa que viene del pasado y que les dice :

— Este poeta, cuya imagen aquí se perpetúa, nació en el Nuevo Mundo, en un rincón fabuloso y selvático, coronado por ignívoros volcanes. Rudo debió haber sido su canto en medio de esa naturaleza salvaje y bravía; pero él pidió alas a la imaginación y se forjó un mundo artificial. Y dueño ya de una Acrópolis de ensueño y de un París fantástico, rompió a cantar de un modo nunca oído en lengua castellana. El canto voló con alas de quimera por sobre las olas del Atlántico y trajo a España la nota nueva y deslumbradora de su verso maravilloso. El canto voló y nos reveló tesoros ignorados u olvidados ya en la cantera prolífica de nuestra poesía. El canto voló otra vez y nos trajo ritmos y acentos complicados de la intensa vida contemporánea. El canto vol-

¹ En París se erigió un busto a Rubén Darío. En Santiago de Chile, un bello y simbólico monumento se levanta ya en su honor.

vió a volar y nos dió a conocer modos de expresión inusitados, refinamientos, gemas, riquezas, golcondas, pedrería... Y más tarde ese canto se sublimó: se elevó gradualmente como por imperceptible escala melódica y fué haciéndose cada vez más robusto y altivo, hasta que estalló grandioso y formidable, como la voz de todo un continente. ¡Y el canto cruzó el mar, mas no con alas de quimera, sino con vuelo de cóndor andino, y fué del uno al otro océano, y con fragor de trueno apocalíptico estremeció las vértebras del mundo!

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

APÉNDICE

EN HONOR DE RUBÉN DARÍO ¹

Maestro:

Cierto día se levantó una voz en las riberas del Plata para decir que no eras «el poeta de América». Y esa apreciación, recogida por la pluma más gallarda de cuantas han corrido al margen de tu obra — siquiera sea para analizarla en uno de sus aspectos primordiales — ha viajado por el continente como expresión fiel de un sentir casi unánime.

Yo, en verdad, ignoro cuál es la personalidad que se requiere para ser «el poeta de América». Pero sé que tú, que has lanzado un vibrante apóstrofe a Roosevelt, en nombre de la América española; tú, que has dicho las bellezas del Momotombo en escencias majestuosas; tú, que has cantado la memoria de Mitre; tú, que has levantado un himno en loor de la nación Argentina,

¹ Discurso pronunciado por Max Henríquez Ureña en el banquete que los escritores y poetas de La Habana ofrecieron como homenaje a Rubén Darío, a su paso por dicha capital, el 3 de septiembre de 1910.

tienes sobrado caudal de poesía americana para que podamos llamarle *nuestro Rubén*, para que podamos ver en ti al poeta que siente y palpita con todo un continente y que a veces pone en sus versos las emociones de veinte pueblos, comunicándoles deslumbramientos de apoteosis y estremecimientos de epopeya.

Ciertamente, no serás el poeta de América si por tal se entiende al que no sepa cantar otras sensaciones que las que puede inspirarle esta gran patria continental, proteiforme y fragante, descubierta un día por Cristóbal Colón. Pero, ni soy partidario de los poetas monocordes, ni creo que necesitas mayor suma de savia americana en la floresta rica y variada de tu poesía.

Tienes mucho de Grecia y no poco de Francia. Cincelas un ánfora helena con igual maestría que un jarrón de Sevres. Has oficiado en el altar de la belleza y del amor, tal como lo soñara Platón. Y también la neurosis que prendió sus garfios en el cerebro enfermizo de Verlaine, ha tenido en ti repercusiones intensas y amargas que son, al cabo, el producto natural de este siglo complicado y morboso, donde la tristeza secular que azota al mundo con el látigo del desencanto y de la duda ha asumido manifestaciones aun más agudas y torturantes, haciendo cruzar por nuestros espíritus exaltados ráfagas de melancolía y de locura.

Todo eso encierra tu verso. Con ello habría bastante para hacer imperecedero tu nombre. Pero has hecho más. Has prestado un servicio incalculable a las letras castellanas. Has realizado una revolución en la métrica, bien que secundado por tantos poetas de América que han tenido revelaciones magníficas y hallazgos sorprendentes al hacer combinaciones maravillosas en la alquimia del verso.

Pero la faz fundamental de esa revolución se halla concentrada en ti. Tú fuiste el primero en levantar el pendón de la rebeldía contra la anquilosis tradicional del verso castellano, y en sostenerlo, como lo has sostenido, noble y airosamente. Tú diste al endecasílabo flexibilidad y amplitud en los acentos rítmicos, adoptando una práctica añeja que había sido despreciada por los rimadores de academia. Tú vaciastes la estrofa en moldes nuevos, acogiendo de manera armoniosa en lengua castellana las combi-

naciones de metro y rima que han sido favoritas de los grandes poetas de Francia. Tú has impuesto el méτρο libre, dándole brillantez y eufonía. Tú has dado al alejandrino mayor soltura y elegancia. Tú has resucitado el hexámetro que sirvió a Homero para encarcelar en su poema eternal el fragoroso estruendo de las batallas.

Así, no sólo eres, por el vigor y la aristocracia de tu sentimiento, por la riqueza de tu léxico, por la variedad y elevación de los temas que cantas, el poeta más grande que tienen las letras castellanas en los albores del siglo xx, sino que también eres tú quien ha realizado una redentora revolución en nuestra métrica. Los inmortales, ¡oh, maestro!, son los que redimen y crean. ¡Y tú eres inmortal!

NOTAS SOBRE GUŠTAVO ADOLFO BÉCQUER

1. En nosotros — escribió Azorín hace años — Bécquer va unido « a una triste canción en que se habla de unas golondrinas que ya no volverán, a la mirada lánguida, larga y melancólica de unos ojos femeninos, a un crepúsculo, a unas campanillas azules que han subido hasta los hierros de un balcón, a unas cartas con la escritura descolorida — y con una florecita seca entre sus pliegos — que encontramos en el fondo de un cajón... » (*Al margen de los Clásicos*): feliz evocación impresionista de aquel lírico sin ripios oratorios a quien no podían entender entonces varios de sus colegas españoles, alguno muy dado a magnificar sus comprensibles dudas filosóficas y a vociferar sus explicables angustias civiles y políticas. Lo prueba el prólogo de 1875 a los *Gritos del Combate* cuando, ya desaparecido Bécquer, Núñez de Arce juzga despectivamente « esos suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida ». Poesía que contribuyeron a aclimatar en España varios escritores de escasa nombradía y que pronto floreció airosamente en la obra de Gustavo Adolfo Bécquer y Rosalía Castro.

Esos suspirillos líricos perdurarían por largos años en las letras españolas e hispanoamericanas, y hasta con más fortuna que los resuellos de otros poemas, pequeños o grandes, de mayor aliento y menor fluidez expresiva. Se multiplicarían rápidamente en España y América los becquerianos posrománticos y no tardarían en surgir — sobre todo en América — los escritores que, inspirándose en esa trémula ansiedad de las *Rimas*, intentarían la renovación modernista de fines de siglo. Amplia el área de tal influencia. Imprecisa ésta, quizás, en José Martí, Julián del Casal y Pedro Antonio González, pero bien claramente perceptible en el mejicano Manuel Gutiérrez Nájera (*Sicut nubes*), en el colombiano José Asunción Silva (*A Diego Fallón, Notas perdidas, Luz de luna, Crisálidas*) y en la cubana Juana Borrero (*Última rima*). También en el Darío de los chilenos días de inquieto aleteo, cuando entre 1886 y 87 escribía sus *Abrojos* y preparaba las *Rimas* que presentó al Certamen Varela de 1887: especialmente los « abrojos » X, XI, XVIII, XLIV y LXII y las « rimas » VI y XI. Y aun las mismas bases de dicho Certamen demuestran — sin proponérselo su redactor — de qué modo habría de contribuir a las innovaciones de aquella hora la influencia becqueriana: « Servirá — léese allí — para atemperar nuestra poesía nacional, que suele ser demasiado verbosa, introduciendo en ella cierto gusto por la sobriedad, la delicadeza y la pasión que campean en Bécquer y los que siguen su escuela ».

Del 80 al 90, en efecto, las *Rimas* mostraron a los americanos la legitimidad de una poesía insinuante y de breve extensión, sin clamores desesperados ni arengas altisonantes. Esa poesía abría y abriría nuevos horizontes a la literatura de lengua castellana. Pues bien dice Jorge Guillén, en *Re-*

vista Hispánica Moderna (enero y abril de 1942), que con el lírico sevillano, «partiendo del romanticismo, henos ya en la atmósfera que anuncia el simbolismo. Si Bécquer parece a primera vista un rezagado, ahora se nos revela un precursor del movimiento moderno». Poesía sugeridora la suya: como de notas adormecidas en las cuerdas de un arpa prematuramente silenciosa.

2. Los versos de Bécquer quintaesencian su intimidad sustancial — lucubraciones sobre ser y destino, sobre amor, dolor y muerte — y la fugaz intimidad diaria — estas pupilas, aquel beso, esa lágrima —. Motivos de inspiración que fluyen de su espíritu o que en su espíritu suscitan los hechos acaecidos o las ensoñaciones caprichosas. A veces, los hechos se funden con las ensoñaciones y entonces el poeta no logra discernir unos de otras: «Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales. Mi memoria clasifica, revueltos, nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado, con los días y mujeres que no han existido sino en mi mente» (*Introducción* llamada «sinfónica» en el manuscrito de junio de 1868).

Por los ojos es posible individualizar a algunas de esas mujeres reales o imaginarias: una de ojos verdes y otra de ojos azules; ésta de ojos negros y aquélla de ojos grises (rimas XII; XIII y XXI; XXV, y la titulada *A Elisa*). Mujeres embellecidas o, si se quiere, poetizadas por su fiebre de hombre enamorado, debieron existir indudablemente. Algo ha avanzado la pertinente indagación gracias a dos artículos de Gerardo Diego, *Casta y Gustavo* y *Los amores de Bécquer*, publicados en *La Nación* (14 de junio y 19 de julio de 1942).

Pero aun existentes esas mujeres, el lirico no se contenta con la certeza física que le procuran sus sentidos. Desecha así — rima XI — a la morena y a la de trenzas de oro, y cuando otra dice de sí :

— Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz ;
soy incorpórea, soy intangible ;
no puedo amarte,

Bécquer responde, complacido :

— Oh, ven, ven tú !

Porque sus vehementes anhelos parecen correr, con mayor obstinación, tras sueños y fantasmas, como se desprende de *El rayo de luna*, leyenda de 1862. Nos lo ratifica, además, este trozo : « He pasado los días más hermosos de mi existencia aguardando á una mujer que no llega nunca... ». Y líneas después este otro : « Pero yo la he esperado y la espero aún, trémulo de emoción y de impaciencia. Mil mujeres pasan al lado mío : pasan unas altas y pálidas, otras morenas y ardientes ; aquéllas con un suspiro, éstas con una carcajada alegre ; y todas con promesas de ternura y melancolía infinitas, de placeres y de pasión sin límites. Éste es su talle, aquéllos son sus ojos y aquél el eco de su voz, semejante a una música. Pero mi alma, que es la que guarda de ella una remota memoria, se acerca a su alma... ¡ y no la conoce !... Así pasan los años y me encuentran y me dejan sentado al borde del camino de la vida... ¡ siempre esperando !... Tal vez, viejo y a la orilla del sepulcro, veré con turbios ojos, cruzar aquella mujer tan deseada, para morir como he vivido... ¡ esperando y desesperado !... » (*Pensamientos*, sin

fecha). Y porque esperó desesperado, y en el fondo desesperanzado, Bécquer fué « el poeta de la soledad en el amor », según lo calificó Osvaldo Crispo Acosta (Lauxar) en su *Bécquer*, breve folleto de denso contenido.

3. Creo que por ser presumible desahogo de Bécquer, hombre, tiene importancia *Tres fechas* (1862), cuyo asunto debe relacionarse con el de la rima LXXIV. Y que por ser paráfrasis de varios temas principales de las *Rimas*, tienen importancia las cuatro *Cartas literarias a una mujer* (1860-61). Y que por ser clave de su poesía intimista y sencilla, de grácil levedad sugestiva y concisión suavemente melódica, tiene importancia el prólogo a *La Soledad* de Ferrán (1861).

Obsérvese que esas páginas, datadas de 1860 al 62, corresponden al lapso en que empezó a componer las *Rimas*, pues sólo una de las halladas por Schneider apareció con anterioridad (1859). Hubo, por consiguiente, sincronismo de su poesía y de la poética que Bécquer expuso en aquellas cartas y ese prólogo. Además, perfecta conformidad de ambas.

Sobre la estética becqueriana, renovadora en tierras españolas a mediados del XIX, pueden consultarse los finos estudios críticos de Dámaso Alonso (*Aquella arpa de Bécquer* en *Cruz y Raya*, junio de 1935), Joaquín Casaldueiro (*Las «Rimas» de Bécquer*, en *Cruz y Raya*, noviembre de 1935). José María de Cossío (*Poesía Española*, libro de 1936) y Jorge Guillén (*La poética de Bécquer*, en *Revista Hispánica Moderna*, enero y abril de 1942).

Escribe Cossío: « Varias rimas de Bécquer agrupadas forman un admirable capítulo de poema didáctico, harto

más riguroso y mejor orientado que tantas poéticas en verso — y prosa — incapaces de insinuar, ni remotamente siquiera, qué sea poesía ». Dicho poema didáctico se anillaría con las siguientes piezas : la poesía como síntesis expresiva (rima I) ; inspiración y razón, mancomunadas en la obra poética (III) ; objetividad de la poesía en el mundo de lo sensible, en el del misterio y en el del sentimiento (IV) ; el poeta cuyo numen asocia y adecua la forma a la idea (V) ; el amor como material supremo de poesía (XXI). Añado que hay correlación entre estas piezas y varios párrafos de la *Introducción sinfónica*.

Ya está germinalmente ahí — rimas IV y XXI — el fundamental tema del amor, núcleo de la colección becqueriana. Pero antes de glosar ese tema, me permito destacar, al lado de las composiciones que articulan su « arte poética », algunas otras de cierto cariz filosófico que articulan — con modestia — su tangencial « metafísica ».

Fué Bécquer, en efecto, a medias comunicativo y a medias misántropo. Comunicativo con sus pares madrileños de la redacción periodística o la tertulia de café, y quizá comunicativo en la fonda de tal o cual poblacho, junto a supersticiosas muchachas de servicio, o en caminos y ventas, junto a labriegos de cuyos labios manaba la tradición popular o la conseja lugareña. Posible es, empero, que a la gente campesina más la dejara hablar para escuchar él, reportero folklórico a la caza de viejas novedades. Mas quienes sigan sus andanzas en las páginas donde lo evocan los amigos fraternales reconocerán cómo huía a veces de los demás para estar mucho consigo, musitando ese soliloquio inacabable de cuantos atesoran vida interior. También pues, a medias, misántropo. Y si no chocara demasiado usar la terminolo-

gía actual, de Bécquer podría decirse que fué, temperamentalmente, un introvertido.

En ese su lento soliloquio, el poeta afronta los problemas máximos del hombre. Alude a la saeta disparada sin rumbo fijo, a la hoja arrebatada por el viento, a la ola que rueda en el mar, a la luz que brilla temblorosa y casi expirante, para convertir tales imágenes de la rima II en sendos símiles del propio vivir :

Eso soy yo, que al acaso
cruzo el mundo, sin pensar
de dónde vengo ni adónde
mis pasos me llevarán.

Problemas del ser y del destino que, con impaciencia interrogativa — ¿de dónde vengo? y ¿a dónde voy? — resurgen en la rima LXVI. Además, perenne inquietud de la duda : « ni aun sé lo que creo » (VIII). Sin embargo, al mirar el horizonte azul y contemplar las estrellas en el firmamento, sus ansias de elevación extraterrena lo convencen de que algo divino lleva dentro de sí. Afirmación apenas momentánea, pues el desasosiego persiste : rima XV (3ª estrofa). Su vida le parece un erial (LX) y está persuadido de que « padecer es vivir » (LVI). Bécquer no se aquieta en el remanso de ninguna serena certidumbre : como que para hacer suya a la mujer de ojos negros (rima XXV), todo lo daría gustoso : « la fe, el espíritu, la tierra, el cielo ».

El planteamiento de problemas trascendentales en términos de poesía demuestra que quien los encaró participaba — líricamente, se entiende — de esa angustia especulativa en la cual nuestro pensamiento alcanza, de consuno, premio y castigo. Y ya se ve que, a más de aquella arte poé-

tica muy personal, en las *Rimas* hay una metafísica incipiente: la de un poeta joven que dilapidó en breve tiempo su existencia, que condensó « un siglo en cada día » (rima LVII).

El tema del amor constituye el núcleo de las *Rimas*. Amor polivalente, aquí y allá de abstracta formulación: el que anuncia en la noche del alma una aurora (rima I); y el amor imperecedero y omnipresente (IX); y el de dos almas indeterminadas que se confunden en un beso (IV); y el ocasional y sólo presentido, fugitiva adivinación del amor que pasa (rima X). O amor concreto, que distingue a las elegidas mediante rasgos físicos: los ojos, la piel, el cabello. Y dentro de la órbita de este amor, amplia gama de matices: delectación y sensualismo, ternura y éxtasis, placidez gozosa y contrariedad dolorida, reciprocidad afectiva triunfante y sarcástica befa rencorosa, amargura ante la pasión entibiada y abatimiento ante la traición descubierta. Y luego, reunida tanta experiencia sentimental, progresivo descreimiento, hasta llegar, en un létrico « crescendo », al resignado pesimismo de las rimas LII, LVI, LVII, LVIII, LX, LXIV. Todas ellas enlazadas a otras postrimeras — LXI, LXV, LXVI, LXIX, LXXI, LXXIII y LXXVI —, donde gravita la obsesión de la muerte. La última rima, cerrada con dos versos lapidarios

¡ Oh, qué amor tan callado el de la muerte !
 ¡ Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo !

Siempre nos conmueve Bécquer con la limpia franqueza de su acento, la cual logra el ápice de emotividad en la rima LII, cuatro estrofas magistralmente martilladas con cada heptasilabo final.

El orden asignado a las *Rimas* desde 1871 no se ajusta —

como es sabido — al que el autor les dió en *El libro de los gorriones*, orden éste que conozco gracias al estudio de A. Irwin Shone titulado *Are the Rimas a key to Bécquer's life* y publicado en *Hispania*, no correspondiente a diciembre de 1930. Añado que varios escritores han intentado agrupar las composiciones becquerianas en función de sus temas capitales: por ejemplo, Eduardo Ospina (*El Romanticismo*, 1927) y Lauxar (*G. A. Bécquer*, 1931).

4. Anteriormente he señalado la relación entre las *Rimas* y algunas páginas en prosa del autor. Pueden agregarse otras.

Prosa pictórica la de Bécquer a lo largo de las *Leyendas* y de *Desde mi celda*, aunque demasiado morosa en el relato y algo recargada en los atavíos de la descripción. Para sus cuadros de la naturaleza, brillantes literariamente, escoge — por contraste — más los atardeceres violáceos que los amaneceres luminosos: su paisaje preferido vale también como estado de alma ¹. Y prosa fácil la de los artículos informativos — especialmente los compilados por Iglesias Figueroa —, aunque el estilo sufra los altibajos propios del género. De ahí que la prosa de Bécquer sea, en conjunto, inferior a su bien calibrada obra poética.

De tanto en tanto el prosista consigue interesar al lector de nuestros días. Si esto ocurre, tengamos la certeza de que consigue interesarlo porque el prosista habla de sí, directa o indirectamente: condición de lírico genuino. Por ejem-

¹ Guillermo Díaz-Plaja (*Introducción al Estudio del Romanticismo Español*) dice que uno de los motivos más tentadores para la pluma de Bécquer es el de las ruinas, porque de ellas se desprende esa impresión de melancolía tan bien avenida con su ingénita tristura y tan grata al sentir romántico.

plo : cuando retrata a aquel Manrique — traslación autobiográfica — que amaba la soledad y se había enamorado de una irreal mujer desconocida (*El rayo de luna*); o en aquella incidental reflexión embutida en *El caudillo de las manos rojas* : « hay momentos en que el alma se desborda como un vaso de mirra »; o en aquellas cinco primeras cartas *Desde mi celda*, donde baraja nombres de autores dilectos y, al terminar el óleo paisajista, nos dice con deliberada oposición : « nada más hermosamente sombrío que este lugar »; o en *La pereza*, cuando nos previene cómo « vamos de una eternidad de reposo pasado a otra eternidad futura por un punto, que no otra cosa es la vida »; o en ¡ *Es raro!* , al escapársele una exclamación tan suya : « ¡ Ah, si pudiera hacerse la disección del alma, cuántas muertes semejantes a ésta se explicarían ! ».

Y, de tanto en tanto, apostillamos su prosa porque el vocabulario, los giros elocutivos, las imágenes, las sinestesias, nos traen remembranzas de las *Rimas*, concebidas entre una y otra colaboración para los periódicos madrileños. Podría espigarse en su producción total para certificar las correlaciones de prosa y verso. Véanse algunos ejemplos : « por una sola mirada de esos ojos », « fuegos fatuos », « besos de nieve » (*Los ojos verdes*); « es el amor que pasa », « un sueño precursor del sepulcro » (*El caudillo de las manos rojas*); « como notas perdidas de una sinfonía misteriosa »; « y si ha suspirado ¿ dónde estará ese suspiro ? » (*Tres fechas*); « los pies de nieve » (*Desde mi celda*, 3ª); « gota de rocío cuajada » (*Las perlas*); « las lágrimas, semejantes a gotas de rocío » (*Pensamientos*); « no sé, por lo tanto, de dónde vengo ni a dónde voy »; « tal es mi vida : hoy como ayer ; probablemente, mañana como hoy » (*Me-*

morias de un pavo). Y las analogías son todavía más visibles, por razón de materia, entre las *Rimas* y sus *Cartas literarias a una mujer*. Esas cartas que la destinataria era incapaz de valorar, pues las propias — exhumadas por Gerardo Diego en « La Nación » — causan desconsuelo y dejan perplejo al lector de Bécquer : ¿ así escribía Casta Esteban Navarro ?...

Bécquer suele insuflar su ritmo de versificador en la libre marcha de la prosa y hasta metrifica — voluntaria e involuntariamente — algunos pasajes. Como los siguientes : « Una tarde de verano / y en un jardín de Toledo » ... (octosílabos que se le escurren al comenzar *La Rosa de Pasión*). « ¡ Aire de la noche, / aire de perfumes, / refresca mi frente ! » (hexasílabos de *El Gnomo*). « Ella era joven, / casi una niña, / hermosa y pálida » (pentasílabos de *Las hojas secas*).

Posible es que esa intermitente escansión de su prosa y que algo de su léxico y de su particular manera expresiva hayan quedado adormilados en la memoria de José Asunción Silva, pues éste — insisto — recibió del verso becqueriano verificables préstamos. Y aunque Silva explicó a Baldomero Sanín Cano (Notas a las *Poesías* de J. A. S. en la ed. Michaud) cómo los tetrasílabos saltarines de Tomás de Iriarte le habían proporcionado el pie métrico del *Nocturno* llamado III, no es aventurada la sospecha que Arturo Torres-Rioseco ilustra con unas líneas de *El rayo de luna* : « Era de noche ; una noche de verano, templada, llena de perfumes y de rumores apacibles, y con una luna blanca y serena, en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente ». Líneas que el crítico chileno escinde y arregla ligeramente para facilitar el paralelo con aquel *Nocturno* :

Una noche
 una noche de verano, toda llena de perfumes y rumores apa-
 [cibles,
 y con una
 luna blanca y serena, en mitad de un cielo azul, luminoso y
 [transparente.

Y agrega Torres-Río seco: « Además, en toda la obra del poeta colombiano existe la misma levedad de alás, la misma melancolía indefinible, los mismos recursos técnicos del asonante, del diminutivo y de la diéresis, la misma atracción mórbida de la muerte, la misma pregunta terrible acerca del futuro, que hicieron tan profunda la poesía del cantor sevillano » (*Precursores del Modernismo*, 1925). Sin suscribir del todo tan riguroso parangón, juzgo oportuno recordarlo aquí.

5. En *El Romanticismo*, Eduardo Ospina encasilla las composiciones que versan sobre un mismo tema y, entre las referentes al tema del amor avecina — sin comentarios — un fragmento de las *Meditaciones* de Lamartine y otro de la rima XXIV de Bécquer.

Aunque puede tratarse de una mera coincidencia, vale la pena seguir esa pista. Recuérdese ante todo el éxito clamoroso de Lamartine durante el decenio 1820-30, cuando acaba de publicar sus *Méditations poétiques*. Se multiplican las ediciones y la boga del autor cruza rápidamente las fronteras de Francia. Es leído e imitado en toda Europa. Leído en España y también algo imitado por los poetas de la primera generación romántica. Leído por Bécquer y al parecer desde los doce años, según dice Julio Nombela (*Impresiones y Recuerdos*, tomo I). Sobre éste — lo reconoce él mismo —

ejerce Lamartine directo influjo literario (íd., tomo III). Y cuando Nombela reside en París, tiene la honra de visitarlo (íd. III). Esto ocurre — repárese en la fecha — antes de 1865.

A cuanto queda dicho, han de sumarse dos datos complementarios: 1º que J. M. de Berriozábal traduce al castellano en 1839 ó 1840 varias *Poesías entresacadas de las obras de A. Lamartine* (cita de G. Lanson en la ed. crítica de las *Méditations poétiques*), una de las cuales es la 8ª, titulada *Souvenir*; 2º que la rima XXIV de Bécquer aparece en 1866 (cronología de Franz Schneider, transcrita por William S. Hendrix en *Las rimas de Bécquer y la influencia de Byron*, *Boletín de la Academia de la Historia*, abril-junio de 1931).

Cinco estrofas forman esa rima. En las cuatro primeras cada símil va encabezado así: « dos rojas lenguas de fuego », « dos notas que del laúd », « dos olas que vienen juntas », « dos jirones de vapor ». Copio la estrofa final:

Dos ideas que al par brotan,
dos besos que a un tiempo estallan
dos ecos que se confunden...
eso son nuestras dos almas.

Y Lamartine, que en la penúltima estrofa de *Souvenir* llama a su musa — Julie o Elvire — « céleste moitié de mon âme », cierra así su composición:

Comme deux rayons de l'aurore,
comme deux soupirs confondus,
nos deux âmes ne forment plus
qu'une âme, et je soupire encore !

Años después de aquellas primeras meditaciones escribe *Raphaël*, novela confidencial que sale a luz cuando Bécquer

es apenas adolescente y que Víctor Balaguer traduce en seguida al castellano. De dicha novela desgloso las siguientes líneas : « Nous nous écriions en nous levant du même élan simultanément : — Nous ne sommes pas deux !, nous sommes un seul être sous deux nature qui nous trompent. Qui dira *vous* a l'autre ? Qui dira *moi* ? Il n'y a pas *moi*, il n'y a pas *vous*, il y a *nous* !... Et nous retombions anéantis d'admiration sur cette conformité merveilleuse, pleurant de délices de nous sentir ainsi doubles en n'étant qu'un, et d'avoir multiplié notre être en le donnant ».

Y ahora pregunto — porque no me considero autorizado a afirmarlo — si aquellas imágenes lamartinianas, asimiladas tal vez por Bécquer, pueden o no ser el germen de la rima XXIV.

JOSÉ MARÍA MONNER SANS.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

APUNTAMIENTOS SOBRE LEXICOGRAFÍA AMERICANA

CON ESPECIAL APLICACIÓN AL RÍO DE LA PLATA ¹

APUNTAMIENTOS PARA EL ESTUDIO
DE LA LEXICOGRAFÍA AMERICANA EN LOS PAÍSES DE HABLA ESPAÑOLA
Y EN ESPECIAL DEL R. DE LA PLATA

CAPÍTULO PRIMERO

FUERZAS CONCURRENTES A LA EVOLUCIÓN

Or advient-il ordinairement que nos langages, tant en particulier comme en général, accompagnent la disposition de nos esprits ; car si vous vous arrêtez au particulier mal-aisément trouverez-vous vn homme brusque en ses mœurs que n'ait la parole de mesme, et peu de personnes tardives & saturniennes qui n'ayent aussi vn langage morose et lent. Le général va de mesme. Aussi voyez-vous entre nous autres François, le Normand assez aduisé en ses affaires, trainer quelque peu sa parole. Au contraire le Gascon escarbillet par dessus tous, parte d'une promptitude de langue, non commune à l'Angevin & Manceau, de quelque peu, ains de beaucoup moins echauffés en leurs affaires. Et l'Espagnol, haut à la main, produit vn vulgaire superbe et plein de piaffe. L'Allemand, essoigné de luxe, pare vn langage fort rude. Et lorsque les Italiens, dégénérens de l'encienne force des Romains, firent plus profession de la delicatesse que de la vertu, aussi formèrent-ils peu à peu de ce langage masle Romain vn vulgaire efféminé

¹ El manuscrito de este trabajo, hasta ahora inédito, de don Daniel Granada, pertenece a don Enrique Amorim. Fué facilitado para que la Academia lo publicara en las páginas de su *Boletín* por el señor académico correspondiente doctor Amado Alonso. Agradecemos a ambos su gentil colaboración. (Nota de la Dirección).

et molasse; parce que toutes leurs mots se terminent és cinq voyelles & d'auantage voulurent rader la rencontre de deux consonantes qui estaient trop rudes à leurs oreilles delicates, de ces mots de *optimus, maximus, factus*, firent vns *ollimo, massimo, fallo*.

(ESTIENNE PASQUIER, *Recherches de la France*).

La precisión y claridad del lenguaje, a fuer de instrumento necesario a la actividad psíquica, guarda ecuación con la ilación y juego de las ideas, desenvolviéndose al compás de la renovación progresiva que individual y colectivamente informa la vida del pensamiento. Una lengua, en tal concepto, hállase de continuo e indefinidamente en estado evolutivo, sin perjuicio de los caracteres esenciales que la individualizan. El factor ignaro, rústico, es conservador y estático, por su estancamiento ideológico, y evolutivo, por el efecto de la analogía en las formas y la reducción de esfuerzo y de tiempo en el habla. El factor literario o culto, en cuanto ideológico, es esencialmente dinámico, progresivamente evolutivo; pero estático o conservador, en orden a las tradiciones etimológicas. Son dos fuerzas concurrentes a la vida del lenguaje. En ella el gramático y el lexicógrafo ejercen una especie de fiscalización saludable, que encauza la evolución progresiva, sin cohibirla: son el senado de la lengua. La espontaneidad sin tutela y la receptividad inconsciente traen aparejada una evolución regresiva: la descomposición, la corrupción de la lengua, con menoscabo de la actividad intelectual, que, por falta de instrumento apropiado para su desenvolvimiento lógico, se esteriliza y desmedra. La supervivencia de las condiciones nativas de una lengua, en su fonética, morfología y sintaxis, no es preocupación y rémora de puristas; sino correlación orgánica de la vida psíquica con la palabra y sus signos, que son el elemento adjetivo o forma complementaria

de la idea. El árbol que arraiga en terreno abonado y limpio de maleza y que recibe además el beneficio del riego y de la poda, dilata frondosamente sus ramas, hermosea y aromatiza el espacio con abundancia de flores y colma de frutos al hortelano que así ha favorecido su desarrollo. El mundo de habla española forma una unidad lingüística, un organismo cuyo desenvolvimiento obedece a leyes peculiares del núcleo constitutivo y que son, por tanto, uniformes así en España como en América y Filipinas, salvo simples modalidades locales. Las condiciones étnicas de la lengua matriz que el foco originario ha irradiado a través de los mares, constituyen el germen evolutivo: la raíz y el tronco de donde salen las ramas, flores y frutos con que el adelantamiento material y moral de la sociedad los fecunda y robustece. El factor nativo, geográfico, de cada una de las fracciones de esa unidad lingüística esparcida en ambos hemisferios, así como el acrecimiento lexicológico por accesión advenediza, adaptados a las condiciones fónicas, morfológicas y sintácticas de la lengua materna, acaudalan el acervo común, a título de neologismos necesarios o útiles, en especial los que dan a conocer la fauna y flora indígenas y sus particulares industrias, no menos que los científicos, dignificante muestra de progreso material y moral en las sociedades que se los asimilan de una manera efectiva. El tecnicismo, primitivamente esotérico y sacerdotal y confinado luego en las universidades y corporaciones científicas, ha descendido de sus altos sitios: se ha democratizado. La distancia que lo separaba del habla común, acortase más y más, a medida que se eleva el nivel intelectual del pueblo. Las ciencias comenzaron a tributarle inmediatamente el caudal que atesoran, desde que, aplicadas a la industria, causa eficiente del engrandecimiento y poderío de

Alemania, hicieron familiar al menestral, en fábricas y talleres, el tecnicismo que las acompaña en las multiplicadas formas de que son susceptibles. El cosmopolitismo inherente a la ciencia da origen a una solidaridad internacional en su estudio y aplicaciones, que tiende a la unificación lexicográfica, sin perjuicio de la fonética y morfología locales. El neologismo exótico de buena ley arguye superioridad de cultura intelectual en quien lo introduce en la lengua. Feijoo hizo brillar en sus escritos la hermosura y transparencia de la lengua castellana. Baralt le coloca a la altura de Mariana y Monçada en punto a estilo. No concedía Feijoo superioridad alguna a la lengua francesa respecto de la castellana; y en cuanto a la pronunciación propia de una y otra, decía que es cierto que la francesa es *más blanda* y *se desliza* y que la española es *más fuerte* y *golpea*, pero que es *más noble prenda* en un idioma la *valentía varonil* que la *blandura afeminada*¹. Ese legítimo españolismo no obstaba a que, para expresar con perspicuidad sus conceptos, tomase de la lengua francesa los vocablos que su vasto saber reclamaba y le negaba la castellana; y a las críticas aceradas que le enderezaban sus encoñados émulos, respondía con desembarazo: *¿pureza de la lengua?* antes deberá llamarse *pobreza, desnudez, miseria* en quienes, faltos de la *elevación*, de la *fantasía*, del *numen* que son necesarios para escribir con acierto y gala, ciñen a los preceptos y reglas la esterilidad de sus facultades mentales².

¹ *Disc.*, tº. 1º. Los extranjeros calificaban de enfático y soberbio el hablar de los españoles, atribuyéndolo a la exaltación de su poderío en el mundo. Etienne Pasquier, jurisconsulto y filólogo de fines del siglo décimosexto, se expresa así: « L'Espagnol, haut à la main, produit un vulgaire superbe et plein de piaffe ». (*Recherches de la France*).

² *Cart.*, tº. 1º.

El vocabulario arcaico es la necrópolis del romance en su período constitutivo. Tal cual vocablo muerto, si se acomoda al actual dinamismo de las ideas, puede revivir; y, tanto por eso como por la importancia de su estudio, es necesario, con la indicación de su antigüedad, en el inventario general de la lengua. Un vocablo, una sílaba, una letra sirven de hilo conductor en las investigaciones relativas a la vida del espíritu en las sociedades humanas; puesto que la actividad psíquica modélese en el lenguaje, como la luz en las vibraciones del éter y el sonido en las ondulaciones del aire. Por otra parte, si el arraigo de una voz nueva legitima su admisión en la lengua, ¿qué razón habría para negar al uso igual soberanía en el restablecimiento de las arcaicas? El innato deseo de saber que aguija al hombre y el espíritu creador en el arte literario no encarcelan en el marco del diccionario corriente las ideas que vuelan en pos de la verdad y de la belleza. Esa natural tendencia a romper el cerco estrecho del vocabulario, ha inducido a los más excelsos ingenios a aparear términos significativos de cosas análogas para expresar una sola y misma cosa, ora con el fin de acabalar más y más la inteligencia de sus conceptos, ora atendiendo al mayor realce y número de la frase. Así los escritores místicos no se contentan con la sola belleza de las cosas celestiales, sino que han de ser *bellas y hermosas*; ni han de divorciarse el *aprecio y estima* que merece la gracia. Hállanse unidas ¹, como si se buscasen, entre otras, las expresiones: *agudeza e ingenio, forma y modo, modos y maneras, uso y ejercicio* ², *borrasca y fortuna* (que en la marina son sinónimos), *idiota y sin letras*,

¹ En el manuscrito: *unicas*. (N. del E.).

² En el manuscrito: *ejercicio*. (N. del E.).

siendo en lo antiguo *idiota* el que carece de toda instrucción.

El romance castellano, al tiempo del descubrimiento de América, comenzaba a fijar los caracteres que le individualizan en el seno de la neolatinidad. Durante la conquista y pacificación de las tierras transatlánticas, adaptando a sus condiciones fonéticas y morfológicas multitud de vocablos derivados de las lenguas indígenas, enriquecía su vocabulario con los nombres de útiles y beneficiosas producciones de la naturaleza hasta entonces desconocidas, los cuales, a fuer de rastros de antiguo engrandecimiento y poderío de la nación que lo habla, le exhiben con una personalidad histórica en cuyos blasones lleva estampadas las huellas de haber dado la vuelta al mundo. Sembradas están de términos salidos de la boca del indio las leyes especialmente dictadas para el gobierno de las colonias, las relaciones de cronistas, cosmógrafos y exploradores, las prolijas informaciones geográficohistóricas evacuadas a virtud de copioso interrogatorio formalizado en los reinados de Carlos V y Felipe II¹. No menos cabe decir, a proporción, del caudal de voces indígenas que atesora la lengua portuguesa en América; y en ella también hállanse impresas las señales del antiguo poderío español. La ilustre gente lusitana, al paso que sembraba de acciones heroicas los mares y tierras de la India, disputaba a España, con su acostumbrada perseverancia y altivez, la posesión y el dominio de la parte oriental de la América del Sur frontera al África, acabando por establecerse en ella y por reanudar consiguientemente en el mundo occidental la unidad geográficohistórica que en la península ibérica ha presidido a los destinos de en-

¹ Aunque en el manuscrito se indica la llamada, falta la nota correspondiente. (*N. del E.*).

trambas ramas ibéricas ¹. De resultas las naves españolas, que con Yáñez Pinzón y Diego de Lepe habían descubierto y tomado posesión de tierras brasílicas a nombre de la corona de Castilla, en sus expediciones ulteriores las abandonan y dejándolas a sus espaldas, surcan las aguas del Plata, suben las del Paraná y por las del Paraguay se internan en las regiones intertropicales. Explóranlas por tierra los españoles, al propio tiempo que por el lado del poniente buscan una comunicación ² con el Perú, atravesando el Chaco. Poco después parte Orellana de las altiplanicies de Quito, en busca de regiones maravillosas, navega el Napo aguas abajo, da con el Marañón y en sus vertientes se le interponen esforzadas heroínas que supone semejantes a las que soñó la antigüedad, por lo cual le denominaron río de las Amazonas, por cuya desembocadura sale al Atlántico en medio de las atronadoras salvas del pororoca. En la conquista espiritual, el P. José de Anchieta, natural de Tenerife, mereció el renombre de Apóstol del Brasil, como de la India San Francisco Xavier. Superior a todas las ambiciones humanas, dice un historiador brasileño, fué Anchieta un personaje legendario, taumaturgo, santo, casi bíblico ³. Los jesuítas, con su superior el P.

¹ En la península manifestóse durante la edad media la solidaridad literaria lusoespañola, cuando los poetas castellanos usaron en sus trovas la lengua gallegoportuguesa; así como, reunido Portugal bajo Felipe II a la corona de Castilla, vióse a los portugueses manejar con maestría la lengua castellana en prosa y verso. Recobra en 1540 su independencia, sin que obstase a que las letras españolas continuaran mereciendo su predilección, hasta el punto de transmitirla al Brasil, cuyos literatos, en los siglos XVII y XVIII, las cultivaron, señaladamente en el teatro, conforme al gusto dominante.

² En el manuscrito: comunicación. (*N. del E.*).

³ TEIXEIRA DE MELLO, *Cent. del P. Anch.*

Nobrega, entraron en el Brasil el año de 1549 ¹, y Anchieta, con otros en 1553 ². Establecidos en Piratininga ³, esparcieron en los *sertões* brasílicos la semilla evangélica. Puede decirse con propiedad, añade otro insigne brasileño, que la civilización del Brasil es obra de los paulistanos: sin ellos la lengua portuguesa apenas hubiera llegado a hablarse en una estrecha zona costanera del Atlántico ⁴. En suma, descubridores, conquistadores, exploradores, misioneros españoles, han dejado huellas perennes de su paso en tierras del Brasil; y cuando sus bardos pidan ⁵ a la historia inspiración y asunto para sus cantos épicos en lengua portuguesa, cien voces de héroes responderán en castellano.

La unidad geográfica de la América Meridional ha ido adquiriendo mayor consistencia al compás de sus movimientos geológicos. Su unidad histórica habíase iniciado bajo el imperio de los Incas. Bolivia, el Perú, el Ecuador,

¹ El P. Manuel de Nobrega llegó a Bahía, con el primer gobernador general del Brasil Thomé de Souza, el 29 de marzo de 1549. Luego pasó a San Vicente y de allí a Piratininga, donde fundó el colegio de San Pablo el día de la conversión de este santo, del que tomó su nombre la capitania, hoy estado de San Pablo. Fundó asimismo los colegios de Bahía y Río Janeiro, así como las casas de San Vicente y Porto Seguro.

² Anchieta fué al Brasil con el segundo gobernador general Duarte da Costa.

³ Se establecieron finalmente en Piratininga; por su situación geográfica les facilitaba la conquista espiritual de las generaciones selváticas de los *sertões*, al paso que, aislándose, preservaban a sus neófitos del contacto con los criminales desterrados de Portugal y con los aventureros de viciosas costumbres.

⁴ D. EDUARDO PRADO, *El Catolic., la Comp. de Jes. y la Coloniz. del Nvo. Mdo. Cent. del P. Anch.* El P. Anchieta compuso una *Gramát. y Vocab. de la Leng. Tupí*.

⁵ En el manuscrito: pida. (*N. del E.*).

Colombia y Venezuela envían aguas a los principales ríos del Brasil, que vierten a la postre en el Amazonas. Las primeras vertientes del Paraná, Paraguay y Uruguay caen a tierras brasílicas. Sus sierras, aparentemente desgajadas de los Andes, reparten aguas entre el Amazonas y el Plata. Las de Acaraí, Pacaíma y Parina vierten al Orinoco y al Amazonas, que no obstante se comunican, a través de espesos bosques pantanosos, por medio del Negro unido al Casiquiare y a otros varios que le tributan. El Yarabí y el Madera, tributarios del Amazonas, comunican sus cabeceras con las del Paraná. La inmensa zona que, anegada en tiempos remotos, se dilataba desde las pampas patagónicas hasta las sabanas de Bogotá y llanos del Orinoco, han ido elevándose paulatinamente con el curso de los siglos ¹.

La unidad ibéricolingüística intercontinental puede decirse virtualmente representada en grado eminente por Cervantes y Camoens. Mas una lengua viva, aparte de su personalidad literaria, hállase en estado incesante de evolución progresiva o regresiva, en conformidad al movimiento psíquico individual y colectivo de la nación que la habla. La conservación de su unidad, en la evolución progresiva, ha menester de móviles nativos y espontáneos cuyo interés sea común. Este interés estriba, respecto de los países iberoamericanos, en el estudio de la terminología que les es peculiar, sin que por eso pueda reputarse extraña a la común intercontinental, antes concurre a integrarla y a darle mayor importancia en el mundo científico, por las nociones que atesora, en orden a los productos naturales de las regiones transatlánticas. El concurso de la filología brasiliense

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*)

daría a esos estudios un valor inestimable. El Brasil es fronterizo a todos los países de habla española: Uruguay, Argentina, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela. Los productos naturales y sus nombres generalmente indígenas, en la zona fronteriza, son, por lo regular, unos mismos. Los estudios, por tanto, que verifiquen ¹ a su respecto los respectivos países ibéricos ultramarinos, conducentes a un mismo fin, se acaban recíprocamente. Tratándose de una labor novísima como la formación de vocabularios provinciales, cuyo estudio comparativo ha de servir para la composición de un diccionario general de americanismos, que los unifique en cuanto lo permitan la diversidad de acepciones y la morfológica que hayan podido recibir los vocablos en sus vicisitudes migratorias, no cabe reducirla a los angustiosos ² moldes lexicográficos adoptados para las lenguas vulgares. La lexicografía indiana mal se compadece con la sequedad de un léxico, ni ha de circunscribirse a registrar las palabras literariamente autorizadas ³, ni ceñirse a la disquisición etimológica ³. Voces ordinarias atinentes a la vida civil así ciudadanas como campesinas o rústicas, términos geográficos, nombres de animales y plantas indígenas ³, y los que dan a conocer usos, costumbres, industrias, tradiciones, creencias y mitos de las generaciones aborígenes, piden lugar en la lexicografía americana. En suma un estudio lexicográfico americano, más propiamente que un vocabulario, habrá de ser un inventario de cuanto conduce al conocimiento de las particularidades que diversifican a

¹ En el manuscrito : verifique. (*N. del E.*).

² En el manuscrito : angustios. (*N. del E.*).

³ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

los países de América entre sí y de su antigua metrópoli.

En casi todos los países americanos de habla castellana se han publicado vocabularios de provincialismos, cuyo prolijo estudio comparativo hará posible la necesaria composición de un diccionario general de americanismos españoles, el cual, nuevamente acrisolado, habrá de ser el tamiz por donde pase a registrarse en el inventario del acervo común de la lengua el considerable caudal de vocablos indianos que encierran nociones útiles al estudio de la geografía, de la historia y de las ciencias naturales. Hacia mediados de la décima octava centuria ¹ Fray Martín Sarmiento aseveraba que la décima parte de los vocablos de la lengua castellana procedía de las Indias Occidentales y Orientales ². Seguramente no entraba en el cálculo del erudito benedictino el copioso número de voces que, derivadas así de las lenguas indígenas como de la antigua castellana, usa la gente que puebla los campos, que, al decir de un célebre publicista argentino ³, es la parte más castizamente nacional del Nuevo Mundo. Su incontaminado lenguaje, espontáneamente adaptadas a la fonética y morfología castellana las voces emanadas de las lenguas indígenas de América, es el archivo que conserva en su legítima forma nativa los nombres de las plantas, animales y demás cosas propias de la tierra ⁴. En obras extranjeras aparecen muchos acomodados a fonética y morfología exótica, que así adulteradas pasan luego a los diccionarios y obras científicas españolas, no ya solamente en la antigua

¹ En el manuscrito : centura. (*N. del E.*).

² *Memorias para la Poesía y Poetas Españoles.*

³ D. JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Viaje de la Verdad por el Nuevo Mundo.*

⁴ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

metrópoli, sino en los mismos países americanos. Sucede asimismo que exploradores extraños, ora por ignorar el nombre indígena de una planta, ora por la dificultad de asimilársela o por no penetrar su sentido, y aun a veces por el solo gusto de dedicarla a un objeto de su afección, ha hecho prevalecer una denominación caprichosa o arbitraria. Tal sucede con una de las más espléndidas manifestaciones de la naturaleza vegetal en las regiones intertropicales del Nuevo Mundo: la *irupe* de los guaraníes, expresión tan eufónica como bellamente significativa. Es planta de las familias de las ninfáceas, y se cría en las lagunas, esteros y remansos de ríos y arroyos. Sus flotantes hojas adquieren una amplitud gigantesca ¹. El pecíolo ², con sus sépalos y estambres, semeja una copa, permaneciendo en el fondo del receptáculo, hasta que, al tiempo de la fecundación, su largo pedúnculo la levanta, para que reciba el polen, en tanto que el sol hace brillar los bellos matices de sus multiplicados pétalos. Luego, encorvándose hacia abajo el pedúnculo, la sumerge de nuevo hasta el fondo del receptáculo, donde se desarrolla el fruto. El nombre indígena de *irupe* castellanizado, procede del que le dieron los guaraníes, en atención a la forma de la hoja, que está circundada de un borde, a manera de bandeja o cesto (*irũ*) chato (*pe*). Pero vulgar y científicamente se ha generalizado en Europa y América la denomina-

¹ « Las hojas tienen forma orbicular peltadas, es decir, con el pecíolo central, y el borde levantado, con uno y hasta dos metros de diámetro ! Una sola planta ocupa, en su pleno desarrollo, más de cien metros cuadrados de superficie ». (D. DOMINGO PARODI, *Plantas del Paraguay, Corrientes y Misiones*). Parodi observó la planta en Ibiráí y en Castillos, lugares próximos a la Asunción del Paraguay.

² En el manuscrito : pecíolo. (*N. del E.*).

ción de *Regina Victoria* con que fué clasificada por un botánico inglés que, habiéndola observado en el Brasil, admirado de su magnificencia, la dedicó a la reina de su nación ¹. Diéronle los guaraníes asimismo el nombre de *abatíyú*, por la forma, tamaño y color del grano comestible de su fruto, que como el del maíz (*abati*) pajizo oscuro (*yu*). Los españoles le llamaron también, por igual razón, *maíz del agua*. En los congresos internacionales de París (1889) y Moscou (1892) se reconoció la importancia de respetar los nombres originarios de animales y plantas, quedando acordado que las que no hubiesen recibido de antemano una denominación ya consagrada, fuesen científicamente clasificados con la indígena y en ella una desinencia latina.

El lenguaje castellano comenzó a asimilarse multitud de vocablos indígenas del Nuevo Mundo desde el punto y hora en que los españoles pusieron el pie en las Antillas: el descubridor y el soldado, para adquirir noticias de la tierra, el poblador, con el fin de utilizar los productos útiles a la vida de la colonia, el misionero, a efecto de penetrar en el espíritu de los naturales. La isla de Haití, la Española, como la denominó su descubridor, fué la primera poblada de españoles y consiguientemente la que más antiguos y más generalizados vocablos ha tributado al castellano. En boca de los españoles pasaron muchos a las partes más remotas del continente y algunos a España. Canoa, maíz, batata, boniato o moniato, ají, chicha, tuna, guayacán, to-

¹ En I. HIERONYMUS, *Victoria Cruziana*, sinón. *Victoria Regia*, vulgo *maíz del agua e irupé* (*Plantæ Diaphoricæ Floræ Argentinæ*). En PARODI (*obra cit.*), *Abatí-yu*, art. a que se remite en *Irü-pé, maíz del agua*, y considera que la *Victoria Cruziana* es la misma *Victoria Amazónica* por otro nombre.

mate, cimarrón, iguana, cacique, tabaco, sabana o savana, baquí y baqueano, bejuco, bohío o buhío, yuca y cazabe, macana, jején, huracán, nigua, jaguey o jaguel, sin contar otras, son voces haitianas variamente ajustadas a la fonética castellana. La transmigración de vocablos indígenas en boca de los españoles ha sido causa de que modificasen más o menos su significado, según la diversidad de objetos a que se aplicaban por razón de analogía. En la terminología vegetal principalmente es donde más confusión e incertidumbre halla el naturalista ¹. Los lexicógrafos se han visto desorientados, al precisar la etimología de los vocablos migratorios. Se ha supuesto que *macana*, porra y espadón de madera de dos filos, que usaban los indios en las Antillas y en todo el continente, viene de la voz mejicana *macuahuitl*: *maytl*, mano, y *quaitl*, madero ², etimología que parece algo rebuscada. Sin embargo Fray Bartolomé de las Casas asevera con insistencia que *macana* es nombre que dan los indios de la Española al arma de que se trata ³. Cortés puso su planta en

¹ Lafitau (J-F.) s. XVIII, se lamentaba de ello en su obra *Mœurs des Sauvages*.

D. Casimiro Gómez Ortega, en la tr. del *Viaj. de Byron*, se expresa así: « Nuestro idioma, que es muy copioso en otras materias, no lo es tanto en la denominación de las producciones naturales. Aun muchas de las mismas voces que tenemos, fiadas a la tradición y al uso de la gente rústica, andan vagas de boca en boca y de provincia en provincia sin significación fija y determinada, representando en diversos ángulos del reino diversísimas cosas. Y al contrario hay voces comunes que, diferenciándose notablemente en el sonido natural, están adoptadas por el uso para significar una misma cosa. El conocimiento de las producciones naturales, tan útil a los hombres, va enlazado con la noticia de los términos que las representan ».

² Acad., *Dicc.*, 14^a ed., 1914.

³ « Tienen armas como porras, que *hemos dicho* en esta isla Española llamarse *macanas* ». (LAS CASAS, *Hist. de las Ind.*).

los dominios de Motezuma veintiséis años después de haberse establecido los españoles en Santo Domingo, y uno de sus soldados, Bernal Díaz del Castillo, al referirse a las armas de los mejicanos, menciona llanamente la *macana*, como quien habla de una cosa conocida de antemano¹. Acontece en las relaciones de Indias que sus autores, al describir las cosas de la tierra, les den el nombre americano, añadiendo que así *las llaman los indios*, sin precisar la región de donde tiene origen la palabra. Así Álvar Núñez Cabeza de Vaca, al mencionar la *espada de palo* de los guaraníes, añade: *que los indios llaman macana*², sin determinar qué indios son los que le dan ese nombre; palabra que él habría oído, sin duda alguna, a los mismos españoles en las Antillas, en la Florida y en Méjico, donde había militado. Vocablos hay migratorios que, al salir del país originario, han ido recibiendo acepciones diversas, conforme a la variedad de objetos a que se han aplicado, en razón de ser nombres apelativos. *Barbacoa*, voz caribe castellanizada, significa en general construcción de palos o ramas dispuesta horizontalmente a conveniente altura para un fin determinado. Así la *barbacoa* ha sido habitación lacustre³, piso o sobrado⁴, ca-

¹ « Y bien armados a su usanza, que son arcos, flechas, lanzas, rode-las, macanas y espadas de dos manos ». (*Conq. de Nuev. Esp.*). El nombre de *macana* se ha aplicado en América hasta el presente a toda arma o instrumento a manera de garrote, como el que el usan los carreros para hacer cejar los bueyes, dándoles en las astas.

² Falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

³ « *Barbacoas* o casas muy altas, fechas o armadas sobre postes de palmas fortísimas ». (Oviedo, *Hist. de las Ind.*).

⁴ « Los dueños de chacras de coca, demás de los galpones en que moran los indios yanaconas y corpas, tengan otros con *barbacoas* altos en que habiten los indios alquilados, con sus mujeres e hijos ». (Ley 2ª, tít. 14, lib. 6º de Ind.).

ma ¹, parrilla ², zarzo, etc ³. En lugares de antiguas misiones jesuíticas, el término *barbacoa* se ha adaptado a la fonética de los aborígenes, como la guaraní en los hierbales del Paraguay y alto Paraná, donde llaman *barbacuá* al zarzo en queorean y tuestan la hierbamate. Consiste en dos hileras paralelas de varas unidas por bejucos y cubiertas con ramas puestas de través, sobre las cuales se tienden las del *ilex paraguayensis*, quedando a conveniente altura para que la hoguera que hace debajo la oree o tueste, sin quemarla. El término propiamente guaraní es *tacuapembí* ⁴, que a la letra significa zarzo de tacuaras, caña fortísima a propósito para este género de armazones; pero los españoles introdujeron en el país la voz caribe, adoptada por los montaraces de los hierbales. Se ha indicado la expresión *mbarambacuá*, haz de cosas que han sido expuestas al fuego, como posible origen del término *barbacuá* ⁵. No parece verosímil que en un país donde el habla vulgar de la gente campesina que trabaja en los hierbales es guaraní, se haya trabucado el sentido de las palabras hasta el punto de llamar asador a la cosa asada. Sólo por sinécdoque podría

¹ « Las camas son unas esterillas de hierba, que ponen sobre una *barbacoa*, que es cañizo de palos rollizos fijo en tierra con cuatro estacas ». (HERRERA, *Décad.*).

² « Asan la carne sobre unos palos que ponen a manera de trébedes en hueco, aquellos llaman *barbacoa* ». (OVIEDO, *obr. cit.*).

³ La Acad., en el art. *Barbacoa*, registra siete acepciones, entre ellas la de *carne asada* al modo de los indios (*Dicc.*, cd. 14^a, 1914). Refiérese a Méjico en esta última acep. Pero ha de entenderse en sentido figurado (el continente por el contenido), así como decimos el *puchero*, por la olla en que se hace.

⁴ RUIZ DE MONT., *Vocab.*

⁵ PARODI, *Plantas.*

haberse verificado esa trasposición de sentido, no presumible en el caso de que se trata.

Fr. Gregorio García, *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*, año de 1605, pone por ejemplo de las novedades que ofrece el lenguaje en América los casos siguientes. En el Perú : « Los indios tenían muchas huacas, y entre ellas eran los guaicos, hurcos y apachitas, a los cuales adoraban y hacían grandes mochas, ofreciéndoles maíz, chicha, papas, camotes y yucas ; y cuando iban camino, haciendo jornada en los tambos, llevaban su hatillo y comida en las llamas y pacos, y si había algún río que pasar, le ofrecían aquellas cosas que llevaban, porque no se empacuase y les hiciese mal ». En Méjico : « Señor fulano, cierto que en llegando al pueblo de Cuitlavaca, que tengo de vender cuatro cargas de cacao que me traen cuatro tamenes, las dos en petacas liadas con sogas de cabuya y las otras dos en chicubites. El cacique es mi amigo, y él me comprará el cacao y aun nos ha de dar a cada uno una xícara de muy lindo chocolate, para mitigar el calor y la sed que habemos traído por este arcabuco y çabana ». Otro tanto puede decirse de las lenguas quichua y guaraní en el Río de la Plata y Paraguay. Sólo con sentarse a una modesta mesa, el español recién llegado quedaría suspenso al oír términos como éstos : chaucha, poroto, humita, locro, vacaray, choclo, papa, caracú, chuño, pororó, chicha y otras por el estilo. El *Diccionario* de la Academia y otros igualmente autorizados han registrado muchos de estos vocablos ; pero su número es mínimo a proporción de los que se echan de menos, a parte de que, por lo general, están mal o imperfectamente definidas y con las etimologías erradas. Un vocabulario de americanismos, ade-

más, en razón de su misma novedad, no se compadece con las angustiosas y descarnadas formas del léxico vulgar ¹. A demostrar la utilidad, no solamente para la vida civil, sino para la filología y la historia, la geografía y las ciencias, no menos que para la literatura, [que] tiene la composición de un *Diccionario General de Americanismos*, van encaminadas estas páginas, desprovistas de erudición, pero no de prolijo estudio.

El americanismo originario de las lenguas indígenas es planta que brota espontánea en el suelo nativo, acomodándose fonética y morfológicamente a las condiciones propias del habla castellana. No son precisamente americanismos, sino voces legítimamente españolas de antiguo abolengo, las que desusadas o muertas en el habla peninsular, han sobrevivido en América. El neologismo formado por derivación etimológica de voces nativas, hállase de suyo legitimado. El que procede de lenguas exóticas enriquece la lengua nativa, cuando responde al movimiento progresivo de las ideas, siempre que la lengua nativa le imprima sus caracteres fonéticos y morfológicos ². El neologismo innecesario y caprichoso y los que apaña a bulto, sin discernimiento, la moda en lenguas extrañas, depauperan la propia, privándola deslucidamente de voces castizas sin ventaja, antes empañando su transparencia y restringiendo el dinamismo sintá-

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

² « En el proceso social del lenguaje, la cultura influye con todos sus elementos y hasta por sus caracteres exteriores y superficiales. Así los americanos han variado el inglés por el apuro de la vida y la falta de cuidado para manejar la lengua. Esta última causa ha influido también en los cambios padecidos por el español en Sud-América ». (*D. MARIANO H. CORNEJO, Sociología General*).

tico ¹ con métodos de construcción que su idiosincracia ha repugnado constantemente desde que empezó a romancearse. Singularmente empezaron a tomar desapoderado incremento, como nunca se había visto, desde que los corresponsales periodísticos, durante el descalabro de la civilización europea, los esparcieron a granel en el seno de la lengua materna.

En el Paraguay y en la provincia argentina de Corrientes el habla de la gente campesina es guaraní con alguna mezcla del castellano, de donde procede el considerable hibridismo de vocablos de entrambas lenguas. El sistema de aislamiento establecido por los jesuitas en sus misiones, les indujo a conservar íntegra la lengua de los aborígenes, sin más palabras castellanas que las necesarias para suplir las de que la indígena carecía. La combinación de la fonética guaraní con la castellana, acrecentada después de la expulsión con la subsiguiente comunidad de vida y trato entre españoles e indios, produce una extraña impresión en quien no está habituado a escuchar la conversación de los naturales rústicos de aquellos países. Suave y gúturonasal la fonética guaraní, enérgica y transparente la castellana, ha dado de sí el mestizaje una música particular de la palabra señaladamente en boca de los niños y de las mujeres correntinas del alto Uruguay. Aspiradas las vocales en principio de dicción, dilatadas las terminales con mortecina cadencia, particularmente cuando pronuncian esa especie de *i* semivocal de los guaraníes que semeja la melancólica exhalación de un suspiro, articuladas las consonantes con una fluidez nunca entorpecida por la

¹ En el manuscrito : sintática. (*N. del E.*).

asociación que admite en ellas el castellano, alternadas en su cantidad las sílabas largas con las breves, componen un encadenamiento de voces y frases lánguidas y melódicas, elegíacas (digámoslo así) por su tono, que parecen recordar las trágicas escenas de que ha sido teatro el país en las diversas épocas de su historia. Iniciada la conquista espiritual por los padres jesuitas en las regiones del alto Paraná, viéronse luego obligados a abandonarlas, por causa de las asoladoras invasiones de los mamelucos del Brasil, trasladando sus reducciones a las vertientes inmediatas a la desembocadura del Paraguay y a las del alto Uruguay, donde prosperaron con admirable esplendor. Heridas más tarde de muerte por Aranda las florecientes misiones, empezaron a desorganizarse en manos de las autoridades civiles y de las órdenes franciscana, dominicana y mercedaria, acabando por ser totalmente aniquiladas, a raíz de la independencia hispanoamericana, por las tropas portuguesas comandadas por el Marqués de Alegrete, que en las márgenes occidentales del Uruguay no dejó alma viviente ni piedra sobre piedra ¹.

Las palabras híbridas que proceden de las antiguas misiones jesuíticas, resultan adaptadas a la fonética y morfología guaraní, por la antedicha causa de ser la lengua allí hablada de los indios reducidos. Así *cruz* se transforma en *curusú*, por desconocer el guaraní la asociación de consonantes *muta cum liquida*, por carecer de la zeta y por ser en él águ- das las palabras, salvo contadas excepciones. *CABARÁ*, por *cabra*, etc. Faltan asimismo en guaraní las consonantes de aislada (*nd*), *eſe*, *ele*, *elle*, *jota*, *erre* y *ve*: *mbacá*, *obechá*, *cabayú*, *corá*, etc., por *vaca*, *oveja*, *caballo*, *corral*. *Curu-*

¹ V. Apéndice.

súyá (crucífero, enfermero cristiano), *curusúpucú* (cruz alta), *caácurusú* (hierba de la cruz, aromática, usada como sahumero y medicinal en infusión, por lo que se la denomina vulgarmente *hierba santa contra la peste*), *isipócurusú* (bejuco ¹ de la cruz). Por aféresis, *sipócurusú*. Planta sarmentosa de la fam. de las rubiáceas, cuyas ramas sirven para quinchar, para hacer canastos y para amarrar ² los troncos de las jangadas. Tomada en infusión la raíz y pulverizada sobre la mordedura de la víbora, ha fama de eficaz contraveneno. Un portugués, a quien se le contradijo, replicó que él podía asegurarlo, por haber curado con el *sipó* a más de *mil homens*. De donde quedó a la planta la denominación, con que es vulgarmente conocida en el Paraguay y Río de la Plata, así como en el sur del Brasil, de *sipómilhomens*. Considerábase asimismo eficaz contra el chucho y el histerismo, e infalible antídoto del *daño* o mal del ojo y otras hechicerías ³.

COPÁCURUSÚ es nombre que lleva hasta el presente, en la Asunción del Paraguay, el lugar, señalado con una cruz, donde fué ahorcado y enterrado un joven asunceño ⁴, que, perdidamente enamorado y sin recursos, sustrajo del sagrario de la iglesia catedral un artístico copón de oro macizo, lo fundió, hizo el anillo de compromiso para su novia y vendió el sobrante del precioso metal, con el fin de aviarse para el casa-

¹ En el manuscrito : bejico. (*N. del E.*):

² En el manuscrito : arrar. (*N. del E.*).

³ V. *Superst. del Río de la Plat.* por el autor. También este *sipó* lleva el n. de *caápebé*. Según PΛΑΝΟΥΙ (*Plant. del Parag., etc.*), la planta *ambuácaá* (hierba del cientopiés), de la fam. de las aristoloquiáceas, cuya raíz en infusión es antihistérica, se tiene por contraveneno de la víbora, « como otras especies », citando la de *milhomens*, de la que no da noticia.

⁴ En el manuscrito : asunceno. (*N. del E.*).

miento ¹. MBACÁRAÍ (hijo de vaca, por ternero *ponato* : *vaca-ray*, castellanizada a su vez la voz, que es como se usa invariablemente en el Río de la Plata y Paraguay). TOROCUÁ (cueva de toro) es el hoyo superficial que hace el toro cuando en la época del celo escarba con las manos como si se dispusiese a acometer. La depresión que deja en el suelo, llega a ahondarse bastante, por el instinto de los toros en escarbar sucesivamente donde lo ha hecho el primero, y se distingue a la distancia, por el color verdeclaro de la fina hierba que allí nace y por su forma casi ovalada. Esto ha dado lugar a que algunos aseguren que esos manchones sean producidos por la caída del rayo. TOROCAÁ (hierba del toro) : planta de hojas aovadas, escotadas, venosas, alternas y escurridas por el tallo hasta encontrar las inmediatas. TOROÍ (aguada del toro). TOORPÍ (manta de cuero de toro). CABAYÚCUATÍ (caballo colorado, castaño). CABAYÚRUGUAI (cola de caballo, *tuguai*, cola : planta). CAABÍCORÁ (corral del monte). CORÁ-CUÉ (corral ruinoso o que hubo en el lugar que lleva ese nombre). CORAITÁ (corral de piedra). CORAI (aguada del corral). MBACAGUÁ (*vacaquá*, castellanizada a su vez la pala-

¹ Palma, en una de sus *Tradiciones*, localiza el hecho en el Perú. El arte cumple sus fines, guardando la verdad substancial de los rasgos característicos del ciclo histórico en que modela sus invenciones. Así Shakespeare, Lope de Vega y cuantos le han rendido culto. Por eso dice el célebre tradicionista en el prólogo en verso de la tercera serie de *Tradiciones* :

¡ Oh ! Dejadme vivir con las fantásticas
O reales memorias de otra edad,
Y mamotretos compulsar auténticos
Y mezclar la ficción con la verdad.

Es sabido que en la época a que se refieren las *Tradiciones Peruanas*, en general toda la América Meridional española correspondía al Virreinato del Perú.

bra : pozo de la vaca). *Asucapé* (azúcar quemada) : su denominación común, *masacote*, que es pasta que se hace con los residuos de la fabricación del azúcar y con el azúcar sin refinar llamada *azúcar rubia*. También le dan el nombre de *raspadura*, con alusión a la acción de raspar las paredes y el fondo de la caldera. Suelen mezclar los residuos o el azúcar rubio con maní tostado o coco rallado. *QUESÚCAMBÁ* (literalmente queso de cuajada) : manjar compuesto de cuajada, a la que se añade leche, quitado el suero, y sal. *CABARÁCAMBÍQUESÚ* (queso de leche de cabra). *BURICÁCAMBÍ* (oreja de burra), comúnmente *orejã de burro* : planta de la fam. de las mirtáceas. Tiene ¹ una madera parecida al boj, resistente y de fácil pulimento, por lo que la utiliza en obras de talla y de tornería. Viénele la denominación de la forma de la hoja. *NIÑORUPÁ* y *NIÑARUPÁ* es otra planta arbustiva de la fam. de las verbenáceas, cuyas flores tienen un olor parecido a la vainilla. Se usan para dar gusto a la leche ² y en infusión contra catarros ³. Por su fragancia llámanla comúnmente *azahar* ⁴ *del campo*. *Niñorupá*, según Parodi ⁵, significa cuna de niño, pero no dice por qué lleva este nombre la planta. A veces el término ⁶ castellano yuxtapuesto al guaraní conserva su fonética y morfología originarias, indicio de haberse formado con posterioridad a la expulsión, como que el lenguaje jesuíticomisionero era exclusivamente indígena. Así *sombrerogasú* (sombrero grande), donde subsiste

¹ En el manuscrito : Tie-. (*N. del E.*).

² Hierony.

³ Parod.

⁴ En el manuscrito : *azaar*. (*N. del E.*).

⁵ *Plant. del Parag.*

⁶ En el manuscrito : termi-. (*N. del E.*).

la asociación de consonantes no existente en guaraní. CAPI-LLITACUÉ, OJEDACUÉ, BEDOYACUÉ, nombres de lugares geográficos ¹ en los que se conservan las letras *elle* y *jota*, así como la *de*, que en guaraní lleva siempre antepuesta la *ene* (*nd*). *Cue*, voz indicativa de tiempo pasado, se refiere al lugar donde estuvo la cosa (capillita) o habitó la persona (Ojeda, Bedoya) expresadas por el nombre antepuesto. De la propia manera es indicio de origen extraño a las misiones jesuíticas, o a la expulsión, un nombre castellano aplicado a cosas que, por ser de la tierra, lo tienen indígena. SIERBOCAÁ, LAGUNAGUASÚ, BOLACUÁ, LOBOPE, son expresiones híbridas cuyos nombres castellanos: *ciervo*, *laguna*, *bola* y *lobo*, suplantando a los guaraníes respectivos: *guasuti*, *yupá*, *apudá*, *aguardá*. *Sierbocaá*, llamada vulgarmente *hierba del ciervo* o *del venado*, es planta de la fam. de las compuestas, que lleva ese nombre, porque despiden un hedor semejante al del venado o ciervo ². *Lagunaguasú* es término geográfico ³. *Bolacuá* es también lugar geográfico en la margen derecha del arroyo Itacumbú, territorio del Uruguay ⁴. Significa: *cueva de bolas*, y alude a las que se hallaron en un hoyo próximo al Itacumbú. Era la bola arma terrible en manos del indio. Consistía en una bola de piedra perfectamente labrada en forma

¹ LATZINA, *Dicc. Geogr. Argent.*

² HIERONY., *Floræ Argent.*

³ LATZ., *Dicc. Geogr. Arg.*

⁴ Es también nombre de un vado del Itacumbú: *paso de Bolacuá*, por caer al lugar llamado *Bolacuá*. D. ORESTES ARAUJO (*Dicc. Geogr. del Urug.*) menciona varios *pasos* del Itacumbú, entre los cuales no figura el de *Bolacuá*. Pero sí la *zanja de Bolacuá*, con otras que desaguan en el Itacumbú. Una multitud de cruces, clavadas en tierra, señalan el lugar de la *rutá batalla de Itacumbú* dada por Ribera a Oribe, célebre en la historia de las guerras civiles del Uruguay.

de óvalo, con una cintura a que iba ceñido un nervio, por cuyo extremo lo asían, y volteándola a modo de honda, arrojábanla con tiro certero ¹. Los mismos indios chaqueños de la raza guaraní dieron el nombre de LOBOPÉ y de LOBOPÍ (*pi*, cuero), recibéndolo de los españoles, a la manta del *quiyá*, que es el de la nutria del país. Los españoles primitivamente llamaron *lobo* al *aguaráguasú*. *Lobos más grandes que alanos*, muy armados de colmillos, con dientes como los del perro, del color de la vaca y que dan grandes aullidos de noche, dice Oviedo que hay en las regiones del Plata, tomando la noticia de labios de Juan de Junco, tesorero de la armada de Gaboto ². En consecuencia llamaron *lobopé* (*pé* guar., achatado, bajo) al *aguarachay*, cuyo tamaño es de una vara próximamente de la cabeza al anca, bastante menor que el *aguaráguasú*, que aventaja en altura al lebrél y el largo a proporción. *Aguaráguasú* significa zorro grande. Tiene el pelo largo y lanudo. Su color es rojizoamarillento muy subido, blancas la garganta y la mitad posterior de la cola. Quiere imitar fuerte e inciertamente el ladrido y aullido del perro, sintiéndosele a la distancia repetir a tiempos: *guaaa*. Arisco por demás, no busca al hombre; pero es capaz de hacerlo pedazos, si lo persigue o se le interpone en su senda. Habita los bajíos y esteros del Paraguay y Río de la Plata ³. Cría en los huecos de los árboles añosos y corpulentos, así como en cuevas que excava en los barrancos y en las zanjas. Es veloz en la carrera. Anda siempre solo y a trancos, moviendo a un tiempo el brazo y la pierna de cada

¹ V. *Vocab. Rioplat.* del autor.

² *Hist. de las Ind.*

³ AZARA, *Cuadr. del Parag. y Río de la Plat.*

costado, como la cabalgadura de sobrepaso ; de lo cual ha nacido la preocupación campesina de que, si un caballo cruza por donde acaba de pasar un aguará, *rueda*, es decir, cae rodando como si hubiere tropezado y enredándose las manos ¹. El cuadrúpedo de que se trata, en suma, tiene algo del lobo, del zorro y del perro ; pero no siendo ninguna de estas cosas, los españoles aceptaron el nombre guaraní apocopado : *aguará*, que es el que conserva. El AGUARACHAY, que habita las espesuras y pajonales, es zorro de color agrisado, salvo el pecho blanquizo y los brazos y piernas acanelados. En las pampas de Buenos Aires, donde no hay bosque ni escondrijos, se alberga en las cuevas de la vizcachas, ensanchándolas lo que necesita. Al caer en una trampa, da unos gritos, y al ver cerca al aprehensor, calla y muere a garrotazos sin quejarse ². Encasta con el perro del país, y su cría recibe el nombre de *perro de monte cría de zorro*. Cuando una perra montaraz está caldeada, cede sin resistencia al requerimiento del aguarachay. La zorra, por el contrario, huye del perro, que tampoco parece solicitarla. La cría tiene un color alobunado, abultada la cabeza, aguzado el hocico, las orejas derechas, el pelo erizado, áspero y estoposo. Gruñe, aúlla de noche, ladra poco y no se da mucho con el hombre. La perra cede también al *aguaráguasú*, y de su casta sale el AGUARAY, con el color del padre bastante apagado, el pelo más corto y más estoposo, el cuerpo menos crecido y más grueso, las patas no delgadas y más cortas, menos descarnado y puntiagudo el hocico, más corto y

¹ V. *Superst. del Río de la Plat.* por el autor. Son muy estimados los cojinillos y pellones de aguará, por reputarse su piel eficaz remedio de las hemorroides.

² AZARA, *obr. cit.*

grueso el cuello, más cortas y algo gruesas las erguidas ¹ orejas. Es melancólico y mal humorado, y tiene un bajo y oscuro gruñido, con el que acompaña a veces una repentina tarascada. Criado doméstico y *guacho* (cachorro y sin madre) el aguaráguazú y encastado con la perra, da una cría excelente, que no ve alimaña ni fiera a quien no acometa con furia y valentía, ni hay nada que la iguale en una cacería. Crianlos en el alto Paraná, en el alto Uruguay y en San Pablo del Brasil. Países de antiguas misiones, hase hecho extensivo en ellos el nombre indígena YAGUARAIBÁ, al perro ordinario, que ni sirve para la caza ni para la guarda de las chacras, y el de *aguariti* a otro menor, común en pueblos del campo. YAGUÁ es voz imitativa del ladrido del perro y del aguará. El AGUARAPOPÉ o YAGUAPOPÉ, cuadrúpedo *sui generis* ², ha sido calificado diversamente: los españoles le apellidaron *perro del monte*, los portugueses *cachorro mão pellada* (perrillo de mano pelada), Almeida Nogueira, filólogo brasileño, *onça de mão pellada* ³, los franceses de la Guayana *chien crabier* (perro cangrejero), los ingleses ídem *rattoon skin* o *vaccoon skin*, denominación, según Buffón, equivalente a *mapache*, especie de zorro, el mismo Buffón *chien des bois* ⁴, en oposición a doméstico, Linneo ⁵ *ursus cauda elongata* (oso de cola alargada), el historiador colombiano D. J. M. Restrepo *perro de monte parecido al mono* ⁶. *Popé* guar.

¹ En el manuscrito: herguidas. (N. del E.).

² Cuadrúp. del Parag. y Río de la Plat.

³ *Yaguá-popé*. « Tambem e nome (añade) dado a londra ». (Annaes de Bibl. do Río de Janeiro, t. 7º).

⁴ *Hist. Natur.*

⁵ En el manuscrito: Lineo. (N. del E.)

⁶ *Semanario de Nueva Granada.*

quiere decir mano abierta y alude a la acción de separar y extender los dedos de sus largas manos y pies, al apoyarlos. *Manopelada*, por la escasez de pelo en la parte posterior de manos y pies, enteramente pelados en la anterior. *Yaguá* significa en general cuadrúpedo carnicero. Su tamaño, el del gato montés. Tiene algo del perro en la cabeza, del zorro en el cuerpo, del oso en su andar y en su actitud, al incorporarse, de la onza y de la nutria en otros pormenores y mucho del mono en las manos, en la cola, en sus graciosos movimientos, en el modo de comer, en su inquietud y sus travesuras, y en la facilidad con que se trepa por los árboles, donde acecha a los pájaros. Su grito es un redoble bajo y confuso rrrrr paladiogutural, y de noche aúlla como el perro desde el oscurecer hasta el alba. Su pelo corto y abundante, entremezclado con largo, ralo y tieso, negro con algo blanco, por los costados, pecho y vientre amarillento, y en la copuda, larga y tendida cola una serie de anillos alternativamente pardos y blanquicos. Los ojos, grandes, vivos y reventones, de noche brillan como brasas. Chica la cabeza, agudo el hocico, las orejas cortas y redondeadas, los brazos cortos a proporción de las despachurradas piernas sobre cuyos corvejones acostumbra sentarse. Los dedos, más altos que anchos, no puede doblarlos bien; por lo que se vale de ambas manos para asir alguna cosa y así la comida. Es muy voraz, y arrebatada los corderitos de los rebaños, llevándolos al monte para comerlos. Doméstico, es mansísimo y juguetón y muy dado con las personas, a cuyos vestidos y piernas se abalanza, embadurnándolos con sus manos siempre mojadas e inmundas, como que de continuo las mete en el agua donde orina y excrementa y empapa todo cuanto lleva a la boca. Si, por estar atado, no alcanza un objeto con las manos, se vuelve de

espaldas, estira cuanto puede el cuerpo y con los pies lo va arrimando hasta que logra cogerlo. Animal nocturno, no cesa un instante de andar de aquí para allá, husmeando y registrándolo todo, dando corridas de un lado a otro, oliscando y tentando con las manos cuanto encuentra. Casi todo el día lo pasa durmiendo. Hay que tenerlo a cadena; porque, atado a cuerda, la corta en seguida con los dientes ¹.

Lo propio que con el *yaguapopé*, aconteció con otros animales ², a quienes el europeo bautizaba con el nombre de otro animal conocido. *Perro* llamaron al *coyote* y al *ahora* mejicanos. En las Antillas, en Tierra firme y en Méjico hubo un perro doméstico, pequeño y vario en colores: bermejos, barcinos, manchados. Unos sedeños y vedijudos, otros rasos, áspero el pelo, alertas las orejas. No ladraban. Maltratados, gañían o gemían bajo. Pero a raíz del segundo viaje de Colón desaparecieron totalmente los de las islas; porque los españoles se los comieron todos con deleite, pues el condimento del hambre hacía que les supieran a cabrito ³. En Méjico los indios los engordaban en caponeras, vendiéndolos en sus tiangués. Llamábanse *techichis* en Méjico, *julos* o *jolos* en Nicaragua, *mayos* y *auries* en Nueva Granada. Todos se han extinguido. Azara infiere que acaso el *techichi* no haya sido otra cosa que el *micuré* del Paraguay ⁴; conjetura que demuestra cuán dudoso es que corresponda con la realidad la clasificación zoológica que hacía el soldado. Algunos eran como

¹ El autor tuvo uno largo tiempo, pero, por no verlo atado y porque suelto importunaba en extremo, se deshizo de él con sentimiento.

² En el manuscrito: aminales (*N. del E.*).

³ OVIEDO, *Hist. de las Ind.*

⁴ *Cuadrúp.*

podencos ¹. En el Perú hubo *gozques chicos y grandes* ². El *grande* era lanudo y de cuerpo mediano. El *pequeño* de cuerpo alargado y patas cortas. Las orejas derechas ambos, de colores varios, ladraban poco, y criábanlos domésticos. Llamábanlos *alcos* (quich. *allco*). Azara presume que el *alco* no sea otra cosa que el español criollo ³. Humboldt, refiriéndose al lanudo, repútaló una variedad del perro de pastor europeo: rojizo, manchado de pardo o de blanco, muy ladrador, las orejas rectas y puntiagudas ⁴. Es el *canis Inga* de Tschudi ⁵. El perro de Tierra del Fuego semeja al indicado por Humboldt: muy parecido al ovejero de las regiones septentrionales de Europa: lanudo, mediano de cuerpo, las orejas cortas y relativamente anchas, derechas y puntiagudas, bastante aguzado el hocico, vivos los ojos, rojizoamarillento el pelo, excepto en la parte interior de brazos y piernas, en la barriga, pecho, garganta y hocico, que es blanco, largo y esponjado el pelo de la cola arqueada constantemente hacia arriba. Despierto, atrevido, impetuoso, a vista de personas extrañas, ladra estrepitosamente con grito recio, agudo y penetrante ⁶. Comen hierbas, pescado y mariscos, como los de la costa patagónica en el Estrecho ⁷. Vese un perro idéntico en la forma, pelo y color, aunque de menor cuerpo, como el podenco, entre las perradas de los indios del

¹ LAS CASAS, *Hist. de las Ind.*

² EL INCA GARCIL., *Coment. Real.*

³ *Cuadrúp. del Parag. y Río de la Plat.*

⁴ *Tabl. de la Nat.*, tr. Galuski.

⁵ *Faun. Per.*

⁶ Descrip. hecha por el autor a vista de varios perros fueguinos en el parque zoológico de Buenos Aires.

⁷ HERR., *Décad.*; ACOST., *Hist.*; VARG. PONC., *Viaj.*

Chaco ¹. En Chile el *quiltro* ², lanudo y pequeño, y el *tegua*, mediano y de pelo corto: ladran y aúllan ³. La voz guaraní *caá* (monte), en especial significa hierbamate y en general planta ⁴. *Caá*, m. *Ilex Paraguayensis*, del cual se extraen las ramas tiernas con que se hace una infusión, que se toma en un calabacino llamado *mate* (quich. *muti*). De donde *hierbamate*, y, por sinécdoque, *tomar mate*, por tomar la infusión contenida en él ⁵. — CAABERÁ. m. Árbol de la fam. de las ilicáceas, gén. *ilex parag.* Su calidad es inferior a la del *caá*, y nociva. — CAABATÍ. m. Sotacaballo blanco. — CAACARÁ. m. Planta de propiedades medicinales, llamada también *hierba santa* (santo, una de las aplicaciones de *carái*). — CAAGUANÉ (hierba hedionda). m. Arroyo de Buenos Aires ⁶: — CAAGUAZÚ (monte grande). m. Depart. de Corrientes y lugar geográf. del Chaco ⁷. — CAACUPÉ (*Virgen de*). Virgen muy venerada del Paraguay, en un lugar próximo a la Asunción, objeto de clásica romería anual, con votos y cumplimiento de promesas ⁸. —

¹ Frente a la Asunción del Parag., en el Chaco, armó sus toldos una parcialidad de indios tobas, en tanto que vendía sus pieles, ocasión en que, hallándose de paseo el autor en aquel país, tuvo ocasión de ver el perro de que se [habla]; único en la perrada. No ladró, sin duda por hallarse el autor con los indios, y fué a ocultarse detrás de los toldos; como lo hizo otro de la clase de los antiguos cimarrones, después que un indio le impidió que gruñese, haciéndole presión dos o tres veces en la cabeza con un palillo que tenía en las manos.

² Voz machupe, según Lenz (*Dicc.*).

³ Gómez de Vidaurre, Molina, Clavijero. Lenz cita el refr., vulgar en Chile: en aullido de quiltro y lágrimas de mujer no hay que creer. Llan *quiltro* al gozque.

⁴ V. *Vocab. Riopl.*

⁵ V. *Superst. del Río de la Pl.*

⁶ LATZINA, *Dicc. Geogr.*

⁷ Latz.

⁸ V. *Superst.*

CAAPORÁ y CAIPORA (que habita los bosques). m. Entidad mitológica ¹. — CAAMINÍ. f. Hierbamate fina. — CAAGÜÍ. m. Árbol de la fam. de las mirtáceas, llamado comúnmente *cerezo del monte*, por su fruto, con pepita, parecido a la cereza, la fina película de un bello color encarnado, la carne blanda, el gusto delicado. Criase en las islas y a orillas de ríos y arroyos. — CAAYUQUÍ. m. Tabaco silvestre. Llámase también *petizaeté*. — CAAZAPÁ. m. Árbol bajo y recio, que da una pequeña naranja muy dulce. — CAAPIÁ. f. Contrahierba. — CAAPORORÓ. m. Árbol de hoja permanente. Sus ramas, al arder, estallan ruidosamente. *Pororó* es voz imitativa de su ruido. En tupí: *pororoca*. Es árbol de la fam. de las mirtáceas, de corteza curtiente y cerne gris vetado. De su madera, que es algo liviana, hácese cabos de herramientas y se emplea también en carpintería. Los fabricantes de hierbamate suelen mezclarla con las hojas del *capororóca* y del *cabará*, de donde resulta una ² hierbamate, no solo inferior, sino además nociva. — CAATAÍ (*taï*, picante). m. Hierba de la fam. de las poligónáceas, de propiedades estimulantes. Úsase contra la estanguirria, la disentería sanguínea y las hemorroides ³ y CAATAÍ-GUAZÚ, de la fam. de las rutáceas. Entre sus variedades, la hay de propiedades astringentes, estimulantes y espectorantes ⁴. — CAATÍ (*tĩ* superior). En las operaciones de la hierbamate, *capataz de mineros* ⁵; *minero*, el que trabaja en los montes, del árbol que la produce. CAAYARÍ. m. Planta votiva del hierbatero. Leyenda misionera: cuando Santo Tomé anduvo

¹ *Superst.*

² En el manuscrito: un. (*N. del E.*).

³ *HIERONYMUS, Floræ Argent.*

⁴ *PARODI, Plant. del Parag.*

⁵ En el manuscrito: *mineros*. (*N. del E.*).

predicando el evangelio en el Nuevo Mundo, un día, fatigado, sentóse al pie del árbol que da la hierba del mate. Una indiecita, que lo vió, corrió a sus padres, diciéndoles que un *payguazú* (hombre venerable) estaba desfallecido en el monte. La niña y sus padres acudieron a ofrecerle sus provisiones, que el apóstol aceptó agradecido, otorgándoles su bendición y diciéndoles que el *caayari* que verían nacer en las vertientes del alto Paraná les serviría de talismán contra las desventuras de su vida trabajadora ¹. El *caayari* quedó disputado por planta de la buena suerte, y los hierbateros o mineros del alto Uruguay y del alto Paraná se encomiendan a su amparo contra las víboras ñandurié, yarárá y otras tantas de picadura mortal y arañas venenosas como hay en los montes donde trabajan, así como contra los demás accidentes a que son ocasionadas en todos conceptos las regiones intertropicales.

El antiguo trato de españoles y portugueses en la zona fronteriza, acrecentado más y más por sus descendientes después de la independencia, ha traído consigo una recíproca transmisión de vocablos de las respectivas lenguas, con las alteraciones fónicas y morfológicas que son consiguientes. La rusticidad de los comunicantes produce a veces alteraciones por demás cerriles. Sincopando la voz portuguesa *loureiro*, llaman *louro* los brasileños a cierta clase de laurel del país, y en labios de la gente hispana se ha convertido en *loro*, que ha venido a ser el nombre único con que se le conoce ². La *je* portuguesa, fricativa pósteropalatal sor-

¹ En el manuscrito : trabajora. (*N. del E.*).

² Es árbol corpulento de tronco derecho, excelente para tablazón. De su madera hácese, entre otras obras, ventanas de coches de ferrocarril. En guar. *ibirápotí*.

da, semejante a la francesa, transfórmase en linguopalatal sorda explosiva, en che. Una pasta de guayaba, que, por tener el color y la forma de un ladrillo diminuto, lleva en el Brasil, donde la fabrican, el nombre de *tijolo*, toma el de *ticholo* en los países limítrofes: la je portuguesa convertida en che castellana. A su vez los brasileños, que, como los portugueses, italianos, franceses y españoles levantinos rústicos de dialecto lemosín, no logran articular la aspiración fricativa española de la jota, hácenla explosiva. *Lonja* (pieza de cuero descarnada y raspado el pelo) que dicen los hispano-americanos, en boca de los brasileños suena *lonca*, y *lonjear* (de *lonja*), *lonquear*. La socorrida expresión ¡*aijuna!* (elipsis de ¡ah! hijo de una..., indispensable en la conversación del paisano en el Río de la Plata, ha echado raíces en Río Grande del Sur del Brasil, cambiada la jota en ka: ¡*aicuna!* También la cambian en aspiración semisonora explosiva (*gue*): *azulego*, por *azulejo* (color de caballo); y en linguopalatal fricativa sorda (*she*): *xerga*, por *jerga*. Lo propio hacían los aucas o pampas (indios orientales de la cordillera andina), cuya fonética araucana desconocía la aspiración fricativa; y, por ende, para decir *naranja*, cambiaban en explosiva la sílaba *ja*: *narranca*, convertida al mismo tiempo la erre suave en fuerte. La conversión de la erre suave en fuerte no es debida, como la de la jota en ka, a inhabilidad de la articulación, sino a un fenómeno de índole psíquica. La fuerza de la erre, en el dialecto pampa, tiene una equivalencia media entre la sencilla y la doble española¹. La erre italiana se halla en un caso análogo, y por eso hace también

¹ *Manual de la Lengua Pampa* por el Teniente Coronel D. Federico Barbará. Buenos Aires, 1879.

fuerte la suave. Los vendedores ambulantes de fruta, que son generalmente italianos en el Río de la Plata, pregonan su mercancía, gritando: *narranca dolche* (naranja dulce). Este fenómeno fonéticopsíquico se observa en cuantos hablan una lengua, como los franceses e ingleses, cuya fonética no admite la erre fuerte española. Otro fenómeno psíquico en ellos consiste en la transposición de las erres: fuerte por suave (*merrenque*, por *merengue*) y viceversa (*coral*, por *corral*). Las geadas de la gente inculta de Galicia ofrecen un ejemplo análogo de contraposición en la aspiración fricativa que la fonética gallega, como la portuguesa, repugnan; sólo que los portugueses la convierten en *ka* y los gallegos en *gũe*. Así, dicen éstos *Guan* por *Juan* y *Jillermo*, por *Guillermo*¹. Los órganos fonéticoacústicos de las diversas naciones, que Schleicher señala como causa eficiente del nacimiento de las lenguas romances, se modifican de un siglo a otro hasta el punto de ir extinguiendo unas consonantes y asimilándose otras. La lengua gallega es más rica que la castellana en la articulación de las consonantes y en el valor fónico y cuantitativo de las vocales². El castellano perdió, hacia la décimaséptima centuria, la *je*, la *ge* y la *xe*, semejantes a las francesas y portu-

¹ Preguntando el autor a una paisana suya que vendía fruta, si no tenía higos, la vendedora le contestó: no señor, porque no tengo más que una higuera, y los *higos* se comen los *hijos* antes de madurar. El fenómeno psíquico de contraposición fonéticoacústica tiene analogía con la que ejecuta una persona rústica, que, a la pregunta: ¿me hace V. [el favor] de decirme dónde queda tal iglesia? responde: sigue V. por esta calle, y al llegar a tal punto, doble V. a la *derecha*. Con seguridad hay que doblar a la izquierda, y viceversa, si dicen a la *izquierda*, hay que tomar a la derecha. A veces llevan la solicitud hasta agitar la mano horizontalmente hacia la dirección que indican.

² *Gramát. Histór. Gallega* por D. Vicente García de Diego.

sas ¹, que el gallego conservaba aún en la décimooctava ². Hoy el gallego ha perdido enteramente la *je* pósteropalatal fricativa sonora, que confunde con la *che* (francesas y portuguesas). Bien esté escrita una palabra con *j*, bien con *x*, la pronuncia siempre con *che* palatal fricativa sorda, equivalente a la *ch* fr. y a la *she* ingl. Es muy frecuente en los españoles pronunciar de este mismo modo las palabras francesas *jamais*, *joli*, *toujours*, y las inglesas que llevan igual consonante.

Españoles y portugueses acostumbraban anteponer el nombre de *palo* al complemento indicativo de la forma, el color, las propiedades y aplicaciones industriales de los árboles y plantas de tallo leñoso que descubrían. Así, al árbol cuya madera y su tinte son de un color encarnado tan encendido que parece una brasa, llamaron *palo brasil*, de donde tomó su denominación el vasto país que lo producía en abundancia. *Palo de lanza*, a un árbol de la fam. de las mirsineas, de cuya madera se hacen lanzas y ejes de carros. También es conocido con el nombre *palo mataco*, con alusión al indio chaqueño que habitaba a orillas del río Bermejo. El mismo nombre de *palo de lanza*, así como el de *palo de lata*, darse a otro árbol de la fam. de las poligonáceas, muy alto y recto, con cuya madera se hacen, además de lanzas, yugos, timones de arados y cajas de armas. *Palo de indio* al *runacspi* (voz quich.), *Palo dulce* al *altamisque* (voz quich.), de la fam. de las caparídeas, y también *mata negra*, arbustiva, de hojas cáusticas, con las que destruyen la gusanera en los animales.

¹ V. (*pássim*) *Biblioteca Histór. de Filolog. Cast.* por el Conde de la Viñaza, y en especial el *Arte de la Leng. Cast.* por el Mtro. Gonzalo Correas, publ. por el mismo.

² El Mtro. Fr. MARTÍN SARMIENTO, *Demonstr. Apolog.*

Los gajos, en baños calmantes. *Palo de leche y lecherón*, por su jugo lechoso, que se aplica en las muelas picadas para calmar su dolor: de la fam. de las euforbiáceas. *Palo de incienso* a la aromática *cabriuba* (voz guar.). *Palo negro*, por el color de su madera: *jacarandú*, *talco* y *tarco* (Hierónymus), de grandes flores azules en racimo. Pero *tarco* es también nombre de árbol de la fam. de las sapindáceas, cuya madera es útil, como la del palo negro, en obras de carpintería (Latina). *Palo amarillo*, también *palo de lanza amarilla* o simplemente *lanza amarilla*, de la fam. de las combretáceas, cuya madera además se utiliza en muebles y en ruedas y ejes de carros, y los indios del Chaco en mañanas. El arbusto⁴ en tintorería, por el tanino de su corteza. *Palo blanco*, de la fam. de las rubiáceas. Su madera sólida y fina, de color pajizo, el de la corteza blanquizco. Con el mismo nombre y el quich. de *huañil*, otro árbol de la fam. de las solanáceas, cuya madera se emplea en alfajías, timones de carretas y varas de carros. Hay otro *palo blanco* de la familia de las leguminosas, de fuerte madera susceptible de hermoso pulimento, y de la cual los indios del Chaco hacen macanas, lanzas y puntas de flechas (Baldrich, Hierónym.). *Palo de cruz*, de la fam. de las bignoniáceas, de tronco bajo que echa multitud de ramas entrecruzadas, con muchas y grandes espinas. Otro de la misma fam., cuya madera utilizase en bastones y cabos de herramientas. Florece en distintas épocas del año. Llámánle también *palocruz*, *palo mataco*, así como, en las provincias subandinas, *caspicruz* y *quiñac*,

⁴ Granada tachó la palabra siguiente en forma tal que resulta ilegible. Después de *arbusto* agregó los signos † que emplea cuando intercala algo entre líneas, pero olvidó añadir el término que debía reemplazar a la palabra tachada. (N. del E.).

voces quich. *Palo de Santo Domingo*, de la fam. de las rubiáceas, arbusto. Da una flor pequeña blancoamarillenta y un fruto de color moradooscuro, como un grano de pimienta, que se usa para teñir. Su madera es pesada y de mucha duración a la intemperie. Hácense con ella mangos de herramientas y obras de tornería. En algunas provincias subandinas danle el nombre indígena de *tistatesta* y en las de la orilla izquierda del Paraná y en el Paraguay el guaraní de *ñautí*. *Palo de San Antonio*, de la fam. de las mirsináceas. Elévase hasta treinta metros de altura, la corteza verrogosa y la hoja permanente. La madera es liviana y amarillosa. Vulgarmente *canelón*. En guar. *yurumá*, y en el alto Paraná *capororoca* (tupí) *colorada*. *Palo de leche*, de la fam. de las euforbiáceas, por lo lechoso de sus hojas. Resinosa la corteza. Su madera se utiliza en remos y botadores¹. También *lecherón* y *pegapega*. En guar. *curupicay*, *curupí*, *ibirácambuí* e *ibirácambí*. *Palo-borracho* y *palobotella*, con alusión a la forma del tronco, que, donde se cría aislado, se hincha como una pipa, y en otras partes, hacia las vertientes del alto Paraná y alto Uruguay, se eleva hasta una altura de más de treinta metros, semejando una botella. De él hácense toneles, bateas y canoas. En tales bateas, los tobas, matacos, orejones y otras generaciones indígenas fermentan el fruto del algarrobo, para hacer la chicha, y de las fibras de la corteza fabrican las cuerdas de sus arcos flecheros. Tiene el árbol otras varias aplicaciones, que especifican Latzina, Hieronymus, Hanón, etc. En las regiones subandinas, también *yuchán* (quich.) y en las del alto Paraná y Paraguay, *samuhú* (guar.). Hicieron asimismo extensiva la denominación de *palo* a la raíz tuberculosa de cier-

¹ En el manuscrito : votadores. (N. del E.).

tas plantas, como la mandioca. Los portugueses llamaron *farinha de pan* a la harina gruesa que se fabrica en el Brasil de la raíz de esta planta. Los españoles tomaron de ellos el uso, llamando también *harina de palo* a la harina de mandioca. Así en Ruiz de Montoya ¹, cuyas misiones eran fronterizas al Brasil. En las islas de la Especería o Molucas hacen una masa con la harina ² que da la médula de la palmera sagú, a la cual dieron también el nombre de *farinha de pan* o *harina de palo*. Y así Urdaneta, cuando hace mención de los alimentos que hallaron en las Molucas, nombra los *cocos* e *pan de palo* ³.

En las provincias argentinas de Jujuy y Santiago del Estero la gente rústica habla habitualmente el quichua, resto de la dominación incásica. Obsérvase en la toponimia de estas regiones ⁴ que los nombres castellanos yuxtapuestos a los quichuas en las expresiones híbridas, conservan íntegra su morfología. Esto dimana de que el quichua, con la entrada de los españoles, quedó allí desde luego reducido a una rama dialectal en estado de descomposición; mientras que en el Paraguay y en Corrientes, donde los vocablos castellanos se acomodaron a la fonética indígena, la lengua guaraní sobrevivió en toda su integridad, porque los jesuitas aislaban moralmente de las poblaciones españolas a los indios de sus misiones. Las letras be, erre doble y zeta, así como la ce antepuesta a la e con la articulación española linguodental, que se hallan en los siguientes nombres geográficos, son ajenas del quichua. *Barrancayacu* o *Barrancayaco* (aguada de la

¹ *Conq. Espir.*

² En el manuscrito: haría. (*N. del E.*).

³ *Relac. del Viaj. de la Armada del Comend. García Jofre de Loaisa.*

⁴ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

barranca), *Caspicorral* (corral de estacas), *Caballohuañuna* (caballo muerto), *Caballohuatana* (palenque de caballos), *Caspicruz* (cruz de madera), *Chapirodeo* (rodeo del medio), *Chapipozo* (pozo del medio), *Pumapozo* (pozo del puma), *Sauceyaco* (aguada del sauce). Aun las voces quichuas de las expresiones geográficas se transformaban fonética y morfológicamente: en *Señorapujio* (manantial de la señora), la voz *pujio* viene de *pukiu*. Convienen unánimemente gramáticos y lexicógrafos antiguos que la lengua quichua sufría alteraciones fonéticas y morfológicas de una provincia a otra y aun en el Cuzco ¹. Los Incas, al extender su dominación, imponían la lengua del Cuzco a las naciones sometidas. Hubo en consecuencia tantas formas dialectales del quichua como generaciones quedaron sujetas al imperio. Restablecida la paz con la organización dada a las diversas provincias por el gran rey (como le llaman los primitivos historiadores de Indias) Tupac Inca Yupanqui, la comunicación recíproca de los diversos idiomas y formas dialectales no tuvo los obstáculos que le oponía el anterior estado anárquico y belicoso de los curacas o señores de linajes y de parcialidades o aillos. Así en unos lugares se articulaba el quichua de diferente modo que en otros: *xámuy* y *hámuy*, *xúllull* y *súllull*, *cori* y *poli*, *cóai* y *cómay*, *llallini* y *yallini*, *quellca* y *quillca* ², *hurín* y *lurín*, *Rímaj* y *Runa*, *Límaj* y *Lima* ³. Otra de las causas que dificultan el estudio de la fonética quichua, es la inestabilidad de la fonética y ortografía española durante la época en que se compusieron las primeras gramáticas y vo-

¹ *Bibliogr. Esp. de Leng. Ind. de Amér.*, por el Conde de la Viñaza, pássim.

² *Gramát. o Arte de la Leng. de los Ind. del Per.*, por Fr. Domingo de Santo Thomás, 1560.

³ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

cabularios de la lengua hablada en el Cuzco ¹. Particularmente las letras ese simple, ese doble, equis y jota aparecen usadas indistintamente en una palabra: *usuta, ussuta, uxuta, ujuta*, y luego *oxota* y *ojota*; *Casamalca, Cassamalca, Caxamalca, Cajamalca*. Hallábase a la sazón la lengua castellana en un período evolutivo de fijación fonética y ortográfica, en el cual al propio tiempo que unas articulaciones se extinguían, como la *xe* paladial fricativa sorda (*she*) y la *je* paladial fricativa sonora (*je* port. y fr.), otras, como la *je* gutural fricativa sonora (*jota* actual), concurrían a individualizarla, distinguiéndola más y más de sus afines neolatinas. El beneficiado D. Fernando de la Carrera, que compuso en Lima su *Arte de la Lengua Inga* precisamente en este período evolutivo, advierte que la *x* no se pronuncia *jamás* en quichua como en castellano, sino *mansamente, como la pronuncian los portugueses* ². ¿A qué articulación castellana alude el autor, que sea menos *blanda* que la portuguesa de su género? No a la *jota*, que desconoce el portugués, ni a la *je* paladial fricativa sonora, entonces tan española como portuguesa, pero ajena del quichua; sino a la *x* paladial fricativa sorda, que, siendo entonces asimismo común a portugueses y españoles, la pronunciaban los españoles con más aspereza, condición propia a la sazón, como ahora, de la lengua castellana. Los vocablos que se transmiten oralmente de una lengua a otra, sufren las alteraciones que fatalmente se derivan de la diferente disposición de los

¹ Sobre el valor fónico de las consonantes castellanas en los s. *xvi* y *xvii* ofrecen copia de noticias el Conde de la Viñaza, *Bibliot. Histór. de Filolog. Cast.*, y Cotarelo, *Fonolog. Cast.*

² El autor era natural del Perú, y publicó su *Arte* el año de 1644. *V. Leng. Ind. de Am.*, por el Conde de la Viñaza.

órganos fonéticoacústicos. Los vocablos que se comunican por medio de la escritura en períodos de inestabilidad fonéticoortográfica, reciben su valor fónico de la varia interpretación que se dé a las letras representativas de sonidos diversos. LLARETA, nombre de una planta arbustiva de puna, es una voz quichua que los españoles pronunciaron *yareta* y *jareta*, con la articulación paladial que tenían la ye y la jé en el siglo de la conquista ¹. Aun no extinguidas del todo estas articulaciones, ni la que representaba la x paladial fricativa sorda, aplicáronse la x y la j indistintamente a la jota gutural fricativa (la jota actual), que a la sazón arraigaba en el lenguaje castellano. Esta promiscuidad de signos fonéticos, engendradora de anacronismos ortográficos, dió lugar a que muchos vocablos linguodentales y paladiales, pasando de la escritura al habla, se pronunciasen con aspiración fricativa. Así *llareta*, *usuta* y *Casamalca* acabaron por transformarse oral y ortográficamente en *jareta*, *ojota* y *Cajamalca*, sin perjuicio de usarse también en conformidad a su etimología indígena. En algunas partes, en Quito, pronuncian *ochota* ² articulando la

¹ El P. Cobo dice: «Llaman los españoles a esta planta y su resina *diareta*, corrompiendo el nombre que le dan los indios en la lengua quichua, que es *yareta*» (*Hist. del Nvo. Mdo.*). Evidentemente *diareta* es error de imprenta o de copia, por *llareta*, y aparecen traspuestos los nombres; pues *llareta*, es el quichua y *yareta* el castellanizado. En Hieronymus (*Floræ Argentinæ*) *llareta* y *jareta*. En Lenz (*Voc. Chil.*) *llareta*: varias umbilíferas de la Cordillera de resina medicinal, y aprendidas, en cojines. Medina (*Voc. Chil. de los Reinos Animal y Vegetal*) prefiere *yareta* a *llareta*, en razón de llamarse también *llareta* el estiércol de la llama, buen combustible, como lo es igualmente el de la planta. *Llareta* es planta arbustiva, de la fam. de las umbelíferas. Criase en las cordilleras andinas, donde la utilizan como combustible, único que en determinados parajes ofrece la puna. Su resina es medicinal.

² Es la *ojota* calzado a manera de sandalia, hecho de cuero o de filamento vegetal. Usábanlo los indios en el Perú y en Chile, y actualmente

che con articulación paladial fricativa sorda, como se articula antiguamente la x (x port., ch fr., sh ingl.). Esto demuestra que subsiste en algunos vocablos la antigua fonética castellana, como se observa en España con *Maruja*, que se pronuncia indistintamente con aspiración gutural sonora (jota) o con articulación pósteropaladial fricativa sorda (x gall. y port.), así como también cuando pronunciamos nombres personales ingleses o franceses : *Shakspeare*, *Chateaubriand*. El célebre apellido de los Borja ofrece un ejemplo palpable de las alteraciones que dimanán del anacronismo fonético-ortográfico de que se trata. Al pasar los Borja de España a Italia, se escribió ese apellido, conforme a la ortografía italiana, *Borgia*, articulación equivalente a la paladial fricativa sonora (je port. y fr.) de la antigua fonética española. Si entonces la jota hubiese tenido el valor fónico actual, los italianos hubieran pronunciado y escrito *Borca*. Ahora los españoles, al leer el título de la ópera *Lucrecia Borgia*, articulan este apellido como si estuviera escrito en castellano : *Borgi-a*; y así pronunciado el apellido de los Borja no viene a ser ni español ni italiano. Alteraciones de igual índole, esto es, originadas de un anacronismo ortográfico en el valor fónico de la voz, obsérvase en los nombres de *Jacobo* y *Santiago* ¹.

lo usa la gente campesina en las comarcas inmediatas a la cordillera. Ercilla (*Arauc.*), refiriéndose a la ceremonia del casamiento entre los indios, dice que el novio entregaba a la novia una especie de alpargatas que llaman *ojotas*. Herrera (*Décad.*) entendió que la ojota era usada solamente por las mujeres. Es posible que Ercilla dijese : especie de calzado que usaban los indios; y que por error de copia o de imprenta se haya dicho *indias*. De ahí que [en] la 13ª ed. del *Dicc.* de la Acad., apareciese la ojota como calzado peculiar de la india. Enmendóse en la 14ª ed., con arreglo a papeleta presentada por el autor.

¹ Tratando del apóstol Santiago, dice Ambrosio de Morales: «El verdadero nombre deste santo fue *Jacobo*, tomado del patriarca *Jacob* con

Las letras del alfabeto castellano cuya correspondencia fonológica falta en la lengua quichua son: be, ce dentolingual (ce, ci), de, efe, ge, ele, erre, equis y zeta. En cuanto a la jota, los autores que modernamente se han ocupado en ello, disienten; y con respecto a los antiguos, de más es decir que la inestabilidad antes apuntada de la fonética y ortografía castellana ha obstado a que sus noticias aparezcan puntualizadas de manera que no haya lugar a duda. Los mismos filólogos peruanos discuerdan entre sí ¹. Si a la entrada de los españoles la lengua cortesana del Cuzco que no se perdió del todo, había empezado a corromperse tan rápidamente en donde continuó su uso, que hacia fines de la décimasexta centuria parecía otra diferente, volviendo muchas generaciones a su primitivo lenguaje, como los puquinas, collas y yuncas, según se explica el Inca Garcilaso ², ¿en qué estado se hallará el día presente? Garcilaso, quien dice de sí mismo con altivez: *yo escribo como indio, pues soy in tío*, menciona

poca diversidad. Mayor es la que nosotros los españoles hemos hecho, corrompiendo poco a poco el vocablo, hasta extrañarle tanto como agora lo usamos. De *Santo Jacobo* acortamos (como en los nombres propios ordinariamente solemos) y diximos *Santo Jaco*. Cercenamos también desto después algo, y, quitando una letra y mudando otra, diximos *Santiago*. No paró aquí el mudar; antes, porque el *Iago* y el *Tiago* por sí no parece caer, ni sonar bien, comenzamos a pronunciar *Diago*, como en escrituras españolas de treientos y docientos años atrás se lee. Al fin, habiendo pasado por todos estos trueques, paramos en *Diego*, para el nombre ordinario; quedándonos con el de *Santiago*, cuando nombremos al santo » (*Crón. Gen. de Esp.*). Era Morales cronista de Felipe II, y vivía en una época en que aun no era conocida la jota actual española. De manera que hay que añadir esta última alteración fonética al nombre de *Jacobo*.

¹ Pacheco Zegarra, Anchorena, Villar, Tello.

² *Coment. Real. de los Inc.*

la *i jota* entre las letras del castellano que faltan en la lengua general del Cuzco ¹, Garcilaso publicó sus *Comentarios* en España, donde se hallaba desterrado del Perú, a causa del levantamiento general de mestizos en la América del Sur, en los primeros años del siglo xvii, esto es, en una época en que aun no se había vulgarizado en la metrópoli ni por consiguiente en las colonias la articulación de que se trata. Tanto por esta consideración como por la mención misma de la *i jota* (yota), no es posible dudar que Garcilaso se refiere a la articulación linguopaladial fricativa sonora que a la sazón aun subsistía en el habla castellana y era semejante a la portuguesa y francesa actuales. La aspiración en la lengua quichua tiene diversos grados. Explicálos el P. González Holguín, diciendo, respecto de la *k*, que se pronuncia con el *gallillo* o *gaznate* y que *hace la fuerza adentro* ². Aunque esta articulación que hace la fuerza dentro de la garganta fuese la jota, no podía darle ese nombre el autor; porque él (que publicó su vocabulario en Lima casi al mismo tiempo que Garcilaso en España sus *Comentarios*) no conocía la fricativa aspirada, ni era capaz de pronunciarla ni de clasificarla de otro modo que comparándola con la explosiva. Que la aspiración fricativa se halla en la lengua quichua, parece que no cabría ponerlo en duda, cuando un naturalista que, durante los ocho años consecutivos (1826-1833) de una exploración científica oficial en la América del Sur, Alcides D'Orbigny, dedicó una atención especial al estudio de los indígenas, afirma de la quichua que repite con frecuencia la jota español-

¹ Obra cit. *Advert. prelím.* La aprob. en Lisboa a 26 de nov. de 1604.

² *Vocab. de la Leng. Gen. del Perú, llamada Quichua o del Inca, conforme a la propiedad cortesana del Cuzco.* En la ciudad de los Reyes, 1608.

la ¹. Sin embargo entre los filólogos peruanos hay divergencia a ese respecto. Unos, como Pacheco Zegarra ², asientan que la jota se usa solamente en fin de dicción ³; otros, como Anchoarena ⁴ y Tello ⁵ que se usa en fin y en medio de dicción, y otros, por último, como Villar, niegan rotundamente que se haya conocido ni se conozca en el quichua ⁶. *¿Cur tam varie?*

Que la antigua lengua del Cuzco, extendida por los Incas a regiones apartadas de su foco originario, contase entre sus diversas y recias articulaciones guturales, a la par con la explosiva, la de frote, parece muy ajustado a las conclusiones de la geografía etnográfica y lingüística. Hase observado que los moradores de las regiones montañosas tienen mayor número de aspiraciones en su lenguaje que los habitantes de las llanuras ⁷. Las poblaciones indígenas de habla quichua se hallan en altiplanicies andinas a una altura sobre el nivel del mar que varía entre 2500 y 5000 metros. La capacidad torácica de esas generaciones se halla ampliamente desarrollada, a consecuencia, según D'Orbigny, del crecido volumen de aire que, por su rarefacción en las alturas, se ven necesitados de aspirar, para la conservación de la vida orgánica ⁸. Siendo esto así, los órganos fonéticos de los aborígenes andinos habrán de dar de sí espontáneamente las más recias articulaciones guturales, como lo testifican los anti-

¹ *L'Hom. Amér.*

² En el manuscrito : Segarra. (*N. del E.*).

³ *Alphab. Phonéth. de la Lang. Quech.*

⁴ *Gramát. Quech.*

⁵ Carta al autor. V. Apénd. [Falta esta carta en los apéndices].

⁶ *Inform.* presentado al Super. Gob.

⁷ Cornejo, *Sociolog.*

⁸ *L'Hom. Amér.*

guos gramáticos y lexicógrafos, si bien no hacen mención precisa de la aspiración fricativa, porque entonces era desconocida en castellano. D'Orbigny enumera puntualmente diversas naciones indígenas que en su lengua articulan la jota y algunas de ellas con más fuerza que los españoles. Casi todas habitan regiones andinas. Los tehuelches de la Patagonia y los puelches de la Pampa son excepción singular, pues reputándoseles de origen araucano, cuya lengua carece de gutural fricativa, tienenla ellos en la suya, además de habitar en llanos de escasa elevación sobre el nivel del mar. Viedma, 1781, presentó al Virrey de Buenos Aires D. Juan José de Vértiz una lista de vocablos de los patagones que frecuentan la bahía de San Julián, que contiene, entre otros que también llevan jota, los de *coja*, *yambaja*, *jach* y *jotja*, que significan respectivamente gorro, escopeta, fuego, clavo ¹. El idioma de estos indios, dice Viedma, es gutural. Repiten en la conversación muchas veces una misma voz. No interrumpen jamás al que está hablando, por mucho que dure su plática. Las mujeres no hablan entre hombres sino en el caso de ser preguntadas y eso ateniéndose a la pregunta. La que habla mucho es mal mirada ². Si los tehuelches y los puelches son efectivamente araucanos, según está generalmente admitido, se verificará el caso de un área lingüística que, desgajada del tronco originario, adquiere articulaciones inexistentes en la fuente matriz de Arauco y para cuyo nacimiento resultaría inadecuado el ambiente patagónico, conforme a las enseñanzas de la geografía etnográfica.

¹ En la *Colecc. Ángelis*, tº 5.

² *Descrip. de la Costa Patagónica* por Antonio de Viedma. *Diario de la Exped. en Áng.*

El nombre de *caramujo*, que daban los tehuelches y otras naciones a sus grandes fiestas propiciatorias, convida a ras-trear su procedencia. Los araucanos, pehuenches ¹ y pampas daban a la misma fiesta el nombre de *cagüín*. Esta voz, que significa borrachera, se deriva del guaraní *cagüí*, que quiere decir chicha ². Los guaraníes, a la llegada de los españoles, estaban en contacto con los querandíes que habitaban las pampas inmediatas a la desembocadura del Paraná. Cuando los españoles se establecieron en Buenos Aires, los querandíes se corrieron al sur, mezclándose más tarde con los aucas que de Chile pasaron al oriente de la cordillera andina. De ahí que el dialecto araucano de los indios pampas tenga muchas voces guaraníes, que a su vez transmitieron a sus afines del otro lado de la cordillera. *Caramujo* es corrupción y aféresis de *escaramuza* ³. El collahua Pachacuti Yamqui, en la *Relación* de antigüedades del Perú, refiriendo las fiestas con que Pachacuti Inca Yupanqui recibió a su hijo Tupac Inca Yupanqui, heredero del imperio, dice que organizó un simulacro de batalla con treinta mil indios de guerra, lucidísimos

¹ *Tehuenche* y *pehuenche*, vulgo *iegüenche* y *pegüenche*.

² *Cagüí*, vino, chicha. (Ruíz de Mont., *Vocab. y Tes.*). En Lenz: *cahüín*, borrachera, pendencia, reunión bulliciosa, con cita de Bascuñán: *cagüín*, fiesta grande y borrachera; y de Molina: *mingacu* y *cagüín*. Cita asimismo a Febrés: *cahuiñ*, borrachera. Etim. mapuche. (*Dicc. de Voc. Chil. deriv. de Indíg.*).

³ *Caramujo*, *escaramujo* y *caracol* son sinónimos, según el Dor. Francisco del Rosal (*Origen y Etimología de Vocablos Castellanos*, MS. de la Bibl. Nac.). En equitación, *caracolear* es *hacer el caracol* y luego *deshacerlo*, movimiento que consiste en describir una espiral centrífuga, tornando en seguida centrípeta. *Escaramujo* propiamente significa una especie de rosal silvestre (*Dicc. de la Acad.*), y Toro y Gisbert menciona como sinónimos, entre otros, los de *caramujo* en Salamanca y *caramuxo* en Galicia (art. en el *Boletín* de la Acad. Esp., dic. 1923).

de oro y plata y ricas plumerías, *caracoleando* y haciendo *escaramajos*. Después dice que, cuando Manco Inca Yupanqui rindió vasallaje al Emperador Carlos V, ante Francisco Pizarro, los curacas y orejones que le acompañaban, hicieron *escaramoças*¹. Corrompida la voz *escaramuza*, como se ve, en boca del indio quichua y eliminada la primera sílaba, a la postre la pronunció *caramujo*, aplicándola al simulacro de batalla con que en sus cagüines se prometía acabar con el odiado cristiano. Impetraban de *gunechén* (el espíritu bueno de sus creencias) que los favoreciese en sus guerras contra el cristiano, en sus cacerías, en las cosechas de sus sembrados en cuanto pudiera convenirles. También hacían sus cagüines en acción de gracias a su divinidad protectora. El más solemne y característico era el guerrero, así entre los patagones como entre los pampas, araucanos, chaqueños y demás naciones del continente, lo mismo durante el período colonial que después de la independencia de América, época esta última en la que se renovaron las invasiones, ya de medio siglo atrás suspendidas, con las más espantosas escenas de desolación, saqueo, matanzas y cautiverio de cristianos. Enjambres de indios, en obedientes potros de vistosos plumachos, a la cintura las bolas perdidas (de un solo ramal), desnudos, ya medio borrachos, revoloteando² las desmesuradas coronadas de rojas plumas, en medio del vocerío ensordecedor de la chusma, de los agudos ladridos de sus numerosas perradas semisalvajes y de la muchedumbre de animales en movimiento que con el alboroto y estrépito corren azorados sin tino, abalánzanse a toda furia contra el imagi-

¹ Falta la nota en el manuscrito. (N. del E.).

² En el manuscrito : reboloteando. (N. del E.).

nado ejército de cristianos, y ora se detienen en lo más precipitado de la carrera en actitud de traspasar de un lanzazo a un soldado enemigo, ora hacen evoluciones y rápidos torneos, o bien simulan una huida y dispersión, para revolver de improviso con mayor impetuosidad, todo acompañado de los formidables alaridos que usan en sus guerras. Tras este pavoroso espectáculo, enloquecidos además con las abundantes libaciones de chicha, el *pulcu*, se entregan a la más horrorosa bacanal nocturna, revolcándose con las chinas y martirizando a las cautivas cristianas con atrocidades sádicas. Entretanto los adivinos y agoreros, con lúgubres e iracundos rugidos, profieren terribles conminaciones y pronósticos de exterminio contra el cristiano. Abrumados por la borrachera y el cansancio, caen como troncos, permaneciendo dos o tres días bajo profundo letargo ¹.

La diversidad de los órganos fonéticoacústicos, causa principal de las alteraciones que sufren los vocablos, al trasplantarse de una a otra lengua ², era mayor que al presente entre los españoles de la conquista y los indios del Perú. Las noticias que ofrecen los gramáticos y lexicógrafos de la época, lo demuestran con evidencia. Esta diversidad estribaba principalmente en las articulaciones guturales. Una consonante instantánea puede asociarse a una articulación fricativa, ora precediendo su acción en una misma región orgánica o en

¹ Relata, con vivo colorido las luctuosas escenas de la Pampa en la guerra de frontera, Zeballos en *Painé* y otras de sus obras.

² Tratando de las consonantes dobles, menciona Meyer la combinación de una explosiva con una consonante con ruido de frote en una misma región de articulación, en la cual el aire que hace explosión puede ser empleado para el ruido de frote. Estas combinaciones naturalmente pueden ser labiales, dentales, guturales, etc. (*Organes de la Parole*).

otra inmediata, como que el aire que en ella hace explosión se resuelve de seguida en ruido de frote ¹. Un caso semejante parece verificarse en la región gutural, respecto de las articulaciones ka y ja que motivan la ambigüedad notada en la fonética del quichua. La ka y la jota se articulan, pasando el aire por entre la raíz de la lengua y la región anterior del velo paladial en pos de la vocal que solicitan: son evidentemente compatibles. El quichua no une sino por excepción *muta cum líquida*, como lo asevera Garcilaso ²; ni la jota es letra líquida. Pero el indio disgregaba en la pronunciación de las consonantes asociadas: *chac-ra*, que el español, por diversidad de órganos fonéticoacústicos, articulaba con epéntesis: *chácara* ³. Ocurría sin duda en la lengua del Cuzco una cosa semejante a las modificaciones que sufre la *ch* gutural en alemán, según se halle en fin o en medio de dicción. En fin de dicción, sin preceder a vocal o consonante alguna, la aspiración es fuerte, aunque no tanto como la española.

¹ Schleicher, *Langues de l'Europe*.

² Coment.

³ Solórzano dice: «Tierras en que siembran trigo, maíz, cebada y otras semillas y legumbres, que en el Perú llaman *chácaras* y en Nueva España *estancias*». (*Polít. Ind.*). Según Alcedo, en el Perú llaman *estancia* y también *cháera* a la hacienda de campo (*Dicc.*). Hevia Bolaños acabó su *Curia Filip.*, dice, «en la *chácara* de un vecino de la ciudad de los Reyes del Perú, víspera de Navidad, año de 1615». *Chacra* y *chaco* en Bolivia: «Los guarayos se ayudan mucho en sus *chacos* y sus herramientas de labranza son palas de hierro, hachas y cuchillones». (El P. Cardús, *Mis. Franc.*). En las Antillas y regiones bañadas por el mar Caribe, a las labranzas de indios llaman *conucos* (Oviedo, *Las Casas*). En las actas del Cabildo de Chile aparece usada la voz *chácara* desde el año 1545 (Lenz, *Dicc.*). *Chacra* o *chácara*, castellanizadas, se usan indistintamente y son sinón. de cortijo o granja. A la huerta llaman *quinta* en el Río de la Plata, y *estancia* al campo de pastoreo y cría de ganados. V. *Vocab. Rioplat.*

En medio de dicción, esto es, seguida de sílaba o de simple vocal o consonante, la aspiración es suave. Si en quichua se verifica un fenómeno fonético semejante, de modo que en medio de dicción resulte atenuada la aspiración fricativa, acaso inclinándose a articulación paladial de frote, parecerá que la jota solamente en fin de dicción se pronuncia, lo que explicaría la aseveración de Pacheco Zegarra ¹.

Los españoles del siglo de la conquista, no acertando a asimilarse la aspiración fricativa del indio peruano, hacíanla explosiva: *Rimac, Cápac, Cámac*, de *Rimaj, Cápaj, Cámaj*. Exactamente lo mismo hacen los portugueses, franceses e italianos, así como los españoles rústicos de levante y de las Baleares, que ordinariamente hablan dialectos lemosines, cuando intentan pronunciar una palabra castellana con jota: en lugar de *paja, trabajo, juro, hijo*, dicen *paca, trabaco, curo, hico*. Los indios pampas, cuya fonética desconoce la jota, pronuncian *navaca, ovissa, tichera, sabón, caru*, las palabras *navaja, oveja, tijera, jabón, jarro*. Los guaraníes, por la misma razón, *obechá y cabó*, por *oveja y jabón* ².

La denominación de *América Latina* pudo aceptarse buenamente mientras se concretó a significar los países ibéricos del mundo trasatlántico. Actualmente es símbolo de hispanofobia. Preténdese que las antiguas colonias españolas y portuguesas, una vez emancipadas, a favor de una copiosa inmigración, han disuelto sus primitivas condiciones étnicas en el seno de una supuesta latinidad espiritualmente informada por la cultura francesa. Inducción arbitraria. Los elementos

¹ En el manuscrito: Segarra. (N. del E.).

² En el manuscrito falta un cuadernillo correspondiente a este lugar. (N. del E.).

adventicios que se incorporan a la masa nativa, quedan fatalmente sometidos a la acción preponderante del núcleo étnico en el nuevo ambiente geográfico a que se obtemperan las sucesivas generaciones. Estas generaciones, a la postre, se identifican con las nativas, que continúan en todas las manifestaciones de su actividad la evolución a que les impulsan sus condiciones étnicas e históricas. No hay sino volver la vista a la península ibérica. Durante sucesivas centurias la sangre goda y semita ha corrido por las venas de españoles y portugueses, modificando la idiosincrasia y costumbres de las precedentes generaciones. Pero ni España ni Portugal han perdido por eso su personalidad étnica en la geografía y la historia de las naciones europeas. Por otra parte el concepto de la seudolatinidad mal se aviene con la repulsa de la pretensa *conquista espiritual* de América con que sueñan los españoles que viven en estado de inocencia ¹. Y ¿por qué los americanos repugnan su conquista espiritual por España? Pues precisamente por ser España, en sus creencias, instituciones e ideas predominantes la nación más latina entre las neolatinas. La repulsiva idea de la *desespañolización* predicada por Bilbao y seguida por Gutiérrez y Sarmiento, en substancia no significa otra cosa que la tendencia de toda sociedad democrática emancipada a sacudir el yugo de la tradición metropolitana arraigada en su suelo: rehusa por lo mismo, seguir las huellas de quien más señaladamente la representa. La acción conservadora, restrictiva de suyo, cohibe la espontaneidad, entorpeciendo el juego de las ideas, que pide un ambiente desembarazado y libre de resabios y prejuicios. Ni es mucho que los americanos hayan inventado esa hiperbólica cuanto anti-

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (N. del E.).

pática expresión, cuando hase visto nacer en España la más escabrosa y disonante de *europaización*. *Desespañolización* y *europaización* son términos correlativos, que tienen una misma raíz y que el conde de Aranda y otros políticos y pensadores de su tiempo hubieran prohijado *sine ira et studio*. D. José Joaquín de Mora ha sido el inmediato precursor de Bilbao, Sarmiento y Gutiérrez. Es necesario, decía en Buenos Aires en el primer periódico que fundó con D. Pedro de Ángelis, que los americanos se despojen de todo cuanto informaba su vida política y social bajo la soberanía española; porque la sola reforma del cuerpo político es insuficiente para la regeneración de las antiguas colonias ¹. El sentimiento de los americanos en este particular entraña el espíritu de Aranda, que con la expulsión de los jesuitas les enseñó lo expeditivo y eficaz de los procedimientos innovadores: monstruosidad histórica, que trajo aparejado un retroceso en la obra de la civilización del Nuevo Mundo ¹. Y es que la complejidad de las causas productoras de la dolencia ocasiona a graves desaciertos en la aplicación del remedio.

Los americanos se consideran nacidos políticamente a la historia de las naciones el día en que se emanciparon de la metrópoli. Mirando al porvenir, se esfuerzan por desasirse de las ataduras que les dificultan incorporarse de llano al desenvolvimiento de las ideas, que en el orden científico, con su dinamismo incontrastable, envuelve y arrastra a las sociedades humanas hacia inciertos destinos. La actividad espiritual en el orden científico carece de personalidad étnica: es cosmopolita; al contrario de la que engendra el movimiento literario de una nación, que, así en la poesía lírica como en

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

la épica, manifiesta las condiciones ingénitas de las generaciones que la producen. La actividad literaria es, por tanto, de índole subjetiva, característica del pueblo en que se desenvuelve. El genio creador abraza con la mirada un período cíclico de la historia, asimilándose en su espíritu los rasgos esenciales que integran la personalidad de la nación en que modela sus concepciones, dándoles forma literaria o artística, esto es, individualizándolos orgánicamente, a veces mediante un símbolo, que, por su condición humana y trascendental, interesa a todas las sociedades de superior cultura. La personalidad literaria de naciones cuya historia política se halla estrechamente vinculada a la tradición metrópolita, no puede quedar constituida sino, a la larga, en una evolución espontánea de sus condiciones étnicas, favorecida con la posesión de un idioma que ha alcanzado el más alto grado de pulimento, flexibilidad y hermosura no igualadas entre sus afines neolatinos ni mucho menos respecto de los extraños. El español y el portugués, en punto a sus excelencias, están sobre todas las lenguas vivas; y así lo han reconocido y proclamado las naciones extrañas, por boca de sus más esclarecidos ingenios ¹.

Escritores americanos atribuyen las dificultades con que ha tropezado la organización política de las provincias argentinas en sus contrapuestas tendencias unitaria y federal a la carencia de aptitudes democráticas, en la que no cabe la menor parte (dicen) a la *raza*, poniendo por ejemplo a la misma España ². Tarea por demás dificultosa y ocasionada a con-

¹ Nadie como Lamartine, ni aun entre los españoles, ha preconizado las excelencias de las lenguas española y portuguesa.

² Matienzo.

clusiones inseguras habrá de ser para el sociólogo desentrañar los caracteres y tendencias de una nacionalidad entre los diversos factores que en la sucesión de los tiempos han acabado por individualizarla en el seno de la civilización contemporánea. Hase supuesto que en la raza ibérica actúan las condiciones de la semítica, compenetradas con las que se atribuyen a la indoeuropea ¹. A ser esto puntualmente exacto, habría que admitir como fatales algunas de las vicisitudes por que ha pasado España y que sin embargo no son peculiares suyas, sino que han aquejado a las demás europeas, especialmente a las neolatinas, ni racionalmente cabe reputar permanentes: monarquía absoluta, intolerancia y proselitismo religioso por conquista, carencia de espíritu público, penuria científica, incapacidad de evolución progresiva, fiereza y barbarie ². Es sabido, por el contrario, que la pugna incesante con el espíritu y costumbres individualistas y federativas de los pueblos germánicos y las doctrinas romanistas de los consejeros palatinos hicieron de Francia la cuna del absolutismo perpetuado hasta fines de la décimooctava centuria, ni la intolerancia religiosa ha sido allí y en otras partes menos cruel que en España. Por intermedio de la España árabe y judía durante la edad media la Europa occidental ha disfrutado los tesoros de la ciencia que había acaudalado la antigüedad helénica, señaladamente en astronomía, en medicina y en filosofía aristotélica más o menos ajustada a los

¹ «La stirpe hispánica es producto del choque de las dos grandes razas y civilizaciones aria y camitosemita y sintetiza la unión íntima del mundo oriental con el occidental». (D. Rafael Ureña, *Disc. de recep. en la Acad. de la Hist.*).

² Renán, *Histoire du Peuple d'Israel, Origines du Christianisme, Langues Sémitiques.*

cánones de su fundador. En punto a espíritu público y solidaridad colectiva en el orden político, ninguna nación europea ofrece un ejemplo tan vigoroso de su eficacia como las hermandades popularmente organizadas contra las vejaciones y desafueros de ensoberbecidos señores y de los mismos reyes, los concejos formulaban sus peticiones en cortes con altivez ciudadana, levantábanse en armas a voz de comunidad en defensa de sus fueros y legando su espíritu cívico a los cabildos de América, cuna de su emancipación de la metrópoli.

Hase intentado en uno de los más prósperos países americanos, en el seno mismo del ayuntamiento y de la universidad de la capital, que se declarase idioma nacional y se enseñase en las escuelas públicas un supuesto *idioma criollo*. En consecuencia quedaba relegado a la condición de exótico el idioma en que están redactadas la constitución y las leyes por que se rige la nación y que individualizan su personalidad en el concierto de las sociedades políticamente constituidas. El trueque de una lengua formada por un engendro dialectal divorciado del núcleo evolutivo importa un retroceso en su desenvolvimiento orgánico. El lenguaje propiamente criollo es el que usan los campesinos y gente vulgar: mezcolanza de barbarismos y solecismos con expresiones arcaicas, entreveradas con nombres indígenas significativos de cosas de la tierra y que en boca de los naturales se han adaptado por evolución espontánea a la fonética y morfología castellana. Su uso es imposible entre la gente educada, ni literaria o científicamente. Es, como sedimento arcaico, un arsenal apropiado para el estudio de la misma lengua castellana, y, por lo que tiene de indígena, un recurso indispensable para la formación de [un] vocabulario íntegro de ameri-

canismos. Este verdadero tesoro lingüístico no es el que los hispanóforos quisieran por idioma nacional: quieren el naufragio de la lengua castellana en el caos de un exotismo cosmopolita. Aunque el dañado pensamiento no se hizo legalmente efectivo, queda preparado el terreno para dar abrigo a la simiente delseudopanlatinismo, que, entre otros de sus designios más o menos velados, tira al mismo blanco. Un decreto emanado de autoridad competente dispone que las escuelas públicas de Buenos Aires se bauticen con los nombres de las *repúblicas latinoamericanas*, a título de *naciones hermanas*¹. En la parte occidental de la isla de Haití establecióse furtivamente el año de 1640 una factoría de bucaneros, que, convertida posteriormente en colonia francesa, se llenó de negros esclavos. Sublevados éstos, años de 1791 y 1805, pasaron a cuchillo, con lujo de ferocidad legítimamente africana; a toda la población blanca, sin dejar a vida ni a los mulatos. Esa república etiópica figura en la enumeración oficial de las *naciones latinas y hermanas* a quienes se ha discernido el patronato espiritual de las escuelas de la capital argentina. La madre España hubiera deseado merecer una demostración igual de afecto.

Las alteraciones a que ocasiona la preferente lectura de libros escritos en idioma extraño al materno, son remediabiles con el cuidado de evitarlas y el auxilio de la gramática y el diccionario. Pero la novísima invención delseudopanlatinismo halla el terreno en disposición favorable a recibir la emponzoñada semilla que, a ser posible que llegase a germinar y echar raíces, traería aparejada en no largo espacio

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

de tiempo la desiberización del Nuevo Mundo y por de contado la descomposición y ruina de las lenguas peninsulares. El que se ha dado en llamar mundo latino no pasa de ser una mera ficción encubridora de designios ajenos a la supuesta civilización idealista que se invoca. La civilización puramente latina hace ya catorce largas centurias que ha depuesto su soberanía en el mundo que llegó a dominar con las armas. Las invasiones septentrionales durante la quinta centuria transformaron orgánicamente las sociedades europeas que componían el imperio de occidente. De entonces más se transformaron constitutiva y étnicamente en latinogermánicas, en países neolatinos. El humanismo clásico o renacimiento, que sobrevino siglos adelante, depuso luego su preeminencia ante el espíritu científico que empezó a informar la actividad intelectual, después que españoles y portugueses franquearon a sus investigaciones la redondez del globo. Su actual ciclo evolutivo en las sociedades meridionales de Europa ha vuelto a recibir de las del norte el rumbo de sus especulaciones así en el orden puramente ontológico como en sus aplicaciones a la industria. Los Kant, los Hégel, los Hérder, los Goethe, los Marx, presiden y regulan el movimiento psíquico y social. Renán, francés de nacimiento, es alemán por su espíritu. En suma la ficción de la seudolatinidad abriga el designio de constituir, bajo la hegemonía francesa, una liga antigermánica. Sus prosélitos aseveran, como si hablaran a hipnotizados, que las instituciones políticas modernas emanan de fuentes latinas, cuando la historia pregona que el absolutismo medieval continuado progresivamente hasta la revolución de 1789 fué inculcado a los reyes de Francia por los romanistas. El imperialismo recibió la consagración pontificia a nombre de la civilización cristia-

na en las sienas de Carlomagno. Preténdese ahora otorgarlo espiritualmente, pero con fines nada espirituales y con investidura laica, al soldado desconocido. Las países hispano-americanos, los brasileños y los portugueses hanse mostrado propicios a esa nueva forma de imperialismo. Italia, que pudiera reclamar en todo caso para sí la primacía del latinismo, no lo mira con buenos ojos, ni su sagrado egoísmo le permitiría hacer el sacrificio de sus particulares designios en aras de un imperialismo extraño. En cuanto a España, harto resabiada está de Richelieu y Mazarino, quienes en la patria de Luis XIV se reencarnan indefinidamente bajo todas formas de gobierno. Portugal precipítase fatalmente hacia Francia, a quien debe una y otra vez su personalidad política. El condado portucalense, anejo al de Galicia, fué separado, como es sabido, de la corona de Castilla por un vástago de la casa de Borgoña. Reincorporado a la monarquía española bajo el reinado de Felipe II, con la ayuda eficaz y des-embosada de Luis XIV recobra su definitiva independencia. Su predilección a Francia descúbrese en todo: hasta en la sintaxis de la lengua y en lo arcaico de su ortografía. El Brasil ha abrazado con tanto ardor la falacia del latinismo que propone, por boca de su embajador en París, la adopción del francés como segundo idioma nacional en todos los países americanos de procedencia ibérica ¹. Salta a la vista que empleado el francés como órgano de superior cultura en los países americanos de origen peninsular, las lenguas maternas quedarían descalificadas ¹. Un estado caótico de descomposición sería su inmediato destino, que acabaría por convertirlas en una abigarrada jerga dialectal de estructura cos-

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

mopolita, a fevor del heterogéneo aluvión inmigratorio que se acumula en las playas del Nuevo Mundo, para diseminarse luego por sus campos y ciudades.

Los vicios de elocución y con especialidad los galicismos son una moneda falsa que corre hoy legalizada. Se domicilian en las universidades y en las academias con la familiaridad de quien frecuenta la casa solariega de sus progenitores. La universidad matritense, hasta hace poco, tenía adoptado un libro de texto para el primer año de la facultad de derecho, que se consagra en parte al estudio de la historia de la lengua y literatura española, en el cual, entre otras expresiones exóticas, se leía la frase siguiente: *Berceo toma sus biēnes donde los halla*. Quiso decir el autor que Berceo plagia a contento. La frase: *prendre son bien où on le trouve* (espigar a diestro y siniestro en sembrado ajeno), usóla Molière en respuesta a los que le censuraban que se aprovechase de obras ajenas en la composición de las propias. Esa frase en castellano no significa otra cosa, traducida al pie de la letra, que *tomar uno por su mano lo que es suyo dondequiera que lo encuentre*. Otra frase figurada del mismo origen es la muy favorecida en nuestros días: *cultivar uno su jardín*. Estas novedades transpirenaicas suelen ser pasajeras, como la moda. Tal ha sido la suerte que le cupo a la en su tiempo muy socorrida exclamación: *¡la mar!* elipsis de la frase: *c'est la mer à boir*, proverbial en Francia, señaladamente desde que Lafontaine la empleó en la fábula de los perros y el asno muerto ¹. Moteja el fabulista la general flaqueza de hacerse uno cálculos alegres, y a veces tan fuera de razón como el de los dos perros que se concertaron para beber toda el agua del mar hasta

¹ Voltaire critica la frase como vulgar y trivial.

dejarlo seco, con el fin de atrapar el asno muerto que flotaba sobre las ondas. *Verbo*, por *elación al hablar*, es galicismo, que repugna la sensibilidad de la lengua de Santa Teresa y Fray Luis de León; pues en castellano no tiene otro significado que el gramatical, ni otra acepción que la teológica. Pasan como la moda ese género de exotismos, así en el sentido recto como en el figurado; porque el lenguaje vulgar es menos accesible a ellos que el literario. Como el cuerpo elimina de suyo las toxinas que le depauperan, así la lengua materna, que es un organismo viviente, desecha espontáneamente las accesiones advenedizas que le son inútiles o disonantes. La fuerza repulsiva puede ser insuficiente por sí sola al intento; y entonces acude en su auxilio el gramático y el lexicógrafo, como al del enfermo el médico y el cirujano. Los idiotismos tienen patria, y rara vez admiten carta de naturaleza en tierra extraña ¹.

La última guerra europea envió a España desde París, por conducto de los corresponsales de la prensa periódica, no escaso número de galicismos, algunos de lamentable eficacia, porque estropean la sintaxis, que es la parte entitativa del lenguaje. En francés la acción del verbo transitivo pasa inmediatamente, esto es, sin interposición de partícula alguna, al complemento directo. Esto por regla general, salvo excepciones contadas. En castellano, por el contrario, se interpone la preposición *a*, cuando la acción del verbo termina directamente en persona, en cosa personificada y en nombre propio no precedido de artículo. La persona (expresa

¹ De los *hispanismos* dice Lope de Vega: «*Pululando de culto es hispanismo muy frecuentado, como, zambúllome de pato, anda de rebozo, vive de milagro, viste de verde, habla de enfermo, sale de juicio*». (*La Dorotea*).

o sobreentendida) no ha de ser indeterminada. Estas maneras de construcción son tan propias de la lengua española que el vulgo ignaro practica sin conocimiento de la gramática, como que la gramática no es en substancia otra cosa que la metódica demostración del habla nacional ¹. Pero en estos últimos tiempos ha venido a contaminar el habla nacional la supresión de la partícula prepositiva en el complemento directo de los verbos transitivos ¹, y esta novedad merece ser aquilatada.

Los estudios de gramática histórica tienen en la península por precursores al Dor. Bernardo de Aldrete y al Ldo. Duarte Nunnes de Leão. El año de 1606, sin comunicarse, daban a la prensa el uno en Roma y el otro en Lisboa sus disquisiciones histórico-etimológicas sobre la lengua castellana y la portuguesa ². Ambos dedicaron sus respectivas obras a Felipe III, como que Portugal hallábase a la sazón reincorporado a la monarquía española. Cerrábase el ciclo constitutivo de los romances cuyo origen y formación trataban de poner en claro estos eruditos filólogos, y su lenguaje y estilo ofrecen el más autorizado ejemplo de la sintaxis que individualizaba a uno y otro idioma. En la sintaxis portuguesa se patentiza la tutela de la francesa. Así, en el caso del complemento directo de los verbos transitivos, manifiéstanse los pasajes siguientes: «Os companheiros de Ulyses, que *pouou Lisboa*, e os que vierão com Teucro, que *pououarão Galliza*. Vierão tambien a este reino os estrangeiros que *aju-*

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (N. del E.).

² *Origen y Principio de la Lengua Castellana o Romance que hoi se usa en España*. Por el Dor. Bernardo Aldrete, Canónigo de la Sancta Iglesia de Córdoba. En Roma, 1606. *Origem da Lingua Portuguesa* por Duarte Nunnes de Lião, desembargador da casa de Suppliação. Lisboa. 1606.

darão tomar Lisboa ». En Aldrete, por el contrario, la preposición *a*, en casos semejantes, es regida por el verbo: « Los sarracenos, que tenían ya *ocupado a Egipto*, con más esfuerzo *acomietieron a España*. Cuenta el mismo Tito Livio que queriendo Aníbal *tomar a Salapia*, en la Apulia, antes de amanecer llegó cerca de la ciudad. El año de 410 el rei de los godos Alarico *saqueó a Roma*. Todos los privilegios, cédulas y donaciones del Santo Rei Don Fernando, que *ganó a Córdoba y Sevilla*, todo es en latín ». La sintaxis usada por estos maestros ha continuado usando constantemente, hasta el día de hoy, así por los literatos como por el vulgo de una y otra nación. En su sistema ortográfico la lengua portuguesa ha seguido también a la francesa; pero en nuestros tiempos se ha tratado oficialmente de simplificarlo al tenor del español y del italiano, si bien, al proceder así, no han hecho otra cosa que imitar las tentativas de reforma que se han emprendido en Francia. Los siguientes ejemplos demuestran cómo hasta el día de hoy ha venido siguiendo Portugal la sintaxis francesa.

« Un exercito, commandado pelo duque d'Alba, *invadiu Portugal*. En 1600 Filipe II (III de Hespanha) *nomeou* governador de Portugal D. *Cristobão de Moura*. Napoleão *quizera impor*, para rei, *seu irmão José*. Wellington *derrotou Massena*. Os historiadores *reputão* D. João III de intelligencia apoucada. Para capital do imperio *escolheu Alburquerque*, e *tomou Goa*. Fomos atacados pelos hollandêsses, que nos *tomaron Pernambuco*. En 1662 *perdemos Tanger* ».

El régimen de los verbos transitivos en su complemento directo hállase más fijo y determinado en la lengua castellana que en la francesa. En el ciclo constitutivo de las lenguas neolatinas el verbo castellano *comenzar* regía las preposicio-

nes *a* y *de* indistintamente: « E este libro fue *començado a fazer e a componer* víspera de San Juan Bautista », dice el prólogo de las *Partidas*, y en la *Crónica General* se lee: « *Començó a dar voces; començó de lesionar; començó a coniuirarle; començaron de andar; començol a atender* ». En Aldrete, *Antig. de Esp. y Áfr.*: « *Començando de las cosas fabulosas* ». Fijada la lengua, rara vez volvió a usarse la preposición *de* con el verbo *comenzar*, hasta que al cabo quedó eliminada. En francés, por el contrario, el verbo *commencer* ha continuado rigiendo hasta el día de hoy las preposiciones *a* y *de*, con la inseguridad de su preciso significado, que los gramáticos modernos ponen en tela de juicio; pues al paso que unos (Brachet, Dussouchet, Larousse) suponen que *de* se refiere al principio de la acción y *a* indica su progreso, otros (Larive, Fleury, Auvertin) conceptúan harto sutil esa distinción, afirmando que una u otra pueden usarse indistintamente y que *a* se emplea con más frecuencia que *de*. De donde resulta que la evolución de la lengua francesa en el punto de que se trata, hállese más retardada que en la española.

Al desmembrarse, con las invasiones septentrionales, el imperio romano de occidente, el latín literario o escrito quedó reducido a la condición de lengua muerta. En las disgregadas fracciones continuóse hablando el latín vulgar: amalgama del plebeyo con las hablas indígenas. Entregado el latín vulgar a una evolución espontánea, ajena de tutela matriz, acabó por formar, con las accesiones provenientes de los nuevos dominadores, las lenguas neolatinas. Como las indígenas eran de índole analítica, las flexiones casual y verbal del latín literario fueron reemplazadas con preposiciones en los casos y con pronombres personales y verbos

auxiliares, y otros términos supletorios en las desinencias verbales. Esa sustitución, durante el período constitutivo de las lenguas romances, aparece retardada en la francesa. Cada idioma neolatino, aunque derivados de una rama común preponderante, tiene una fisonomía e idiosincracia particular que le individualiza y distingue de sus afines. Constituyen una misma familia lingüística, con ramificaciones híbridas o mestizas, sujetas a diversidad de influencias étnicas y geográficas. Los heterogéneos romances se tributaban recíprocamente y con mayor afluencia el francés al castellano. Las gentes transpirenaicas se comunicaron frecuentemente con los españoles, ora en sus peregrinaciones a Santiago de Compostela, ora cuando prestaban su cooperación contra las huestes mahometanas, a veces tomando partido por uno u otro de los contendientes en las contiendas civiles e introduciendo en la vida social las formas inherentes a sus rígidas instituciones religiosas. En los siglos XIII y XIV participó España de la viva afición que despertaron en Europa los cantares de gesta, juntamente con otras manifestaciones de la literatura francesa. Con todo la evolución propia de la lengua castellana, a vueltas de su inestabilidad bajo tan poderosa influencia, tras pasajeros desmayos en su sintaxis, entre los que parece a tiempos la preposición *a* en el complemento directo de los verbos transitivos, a la postre recobra vigorosamente sus condiciones propias. La sintaxis francesa solamente en casos muy contados ha conservado las preposiciones *a* y *de* en el complemento directo, siendo ése uno de sus caracteres. La lengua castellana ha resistido en este punto, no sólo la influencia francesa en el período constitutivo de sus condiciones peculiares, sino cuando, al ocupar la dinastía borbónica el trono de la austríaca en la península, la

introdujo de nuevo con toda la eficacia que acompañaba a la superior cultura de la Francia de Luis XIV. A continuación se ponen algunos ejemplos que comprueban los hechos apuntados.

Ejemplos de sintaxis castellana en los nombres propios y en los genéricos: « El muy alto príncipe e muy noble caballero rey don Alfonso deceno fue fijo del rey don Fernando que *ganó a Gibraltar*, e nieto del rey don Sancho que *ganó a Tarifa*, e viznieto del rey don Alfonso que *ganó el reino de Murcia*, e trasnieto del rey don Fernando que *ganó a Sevilla*, e a *Córdoba e la frontera* ». (López es Ayala). « Dísoles el rey que se quería ir luego a *acorrer a Gibraltar*, qñ tenían los moros cercado ». (Íd.). « Et estando y (allí), viniéronle cartas en que le enviaron decir qu el rey de Granada *descercara a Cabra*. » (Íd.). « El rey don Alonso *tomó a Toledo* ». (Rodríguez de Almella). « *Cercó a Viseo* » y « *ganó esta ciudad de Viseo* ». (Íd.). « El rey don Fernando *ccometió a Jerez y ganó de los moros a Medina Sidonia* ». (Mariana). « El rey de Aragón *tomó a Murcia y todos los lugares y villas a la redonda* ». (Íd.). « *Pedía el rey de Granada a Tarifa* ». (Íd.). « Ramón Berenguer, conde de Barcelona, *ganó a Fraga todas las tierras que poseían los moros* ». (Salazar de Mendoza). « Se le dio a entender que era necesario ajustar paces con Inglaterra, si no quería *perder toda la América*, en donde acababa de *tomar a Buenos Aires* ». (El conde de Toreno): « Hacía algunos años que el rey don Alonso VIII había *ganado a Cuenca de los moros* ». (D. Joaquín Lorenzo de Villanueva). « Los franceses *sitiaron a Fuenterrabía* ». (Clemencín). « *Defendió el marqués de Cádiz a Alhama con murallas pintadas de lienzo* ». (Íd.). « Los almoravides *ganaron a Legelmeza y a Ceuta* ». (D. Manuel José

Quintana). « De allí a poco se descubrió a Cajamalca ». (Íd.).

Sin preposición: « *Prisieron Cébola* e quanto que es y adelant. *Ganaron Penacadiella*, las exidas et las entradas. Quando myo Cid *quitó Alcocer*, moros e moras empearon de lorar. *Miran Valencia* ». (Poem. *Del Cid*). « De como el Cid *prisiera Valencia*. Desdeque ovo *ganado Sevilla*. *Poblaba Cipdat Rodrigo*. E fue *cercar Carthago*. E los alemanes *entraron Espanna*. Otrossí en este tiempo *pobló Roda*. (Crón. Gen.). *Con preposición*: « *Dexado ha myo Cid a Çaragoça* e a las tierras ducá, e *dexado a Huesca* e las tierras de Mont Albán. Myo Cid *ganó a Xérica* e a *Almenar*. E con todo esto *priso a Murviedro* ». (Poem. *del Cid*). « *Desi tomaron a Galiana* e fuéronse con ella. *Ganó a Toledo*, *pobló a Salamanca*, *priso a Córdoba*. *Pobló* otrossí este rey la villa de *Ledesma* e a *Benavent* e a *Goyança*. El rey de Aragón y el conde Berenguer *ayudaban a Abenahage*. Et fue *ver a donna Çaida*. Et. Urbano para *recibió a don Bernardo* electo de Toledo ». (Crón. Gen.).

No ya en cláusulas separadas, sino en una misma proposición, se advierte la inseguridad sintáctica: « En esta saçón *pobló* el conde a *Amaya*; otrossí *pobló Roda* et *pobló* otrossí *Axea* et *Crunna*. Et don Minouja *pobló Alcaveilla*, et Alvar Bermudez *pobló a Osmá*. *Cercó Toledo* e después a *Madrid* e a *Alcalá* ». (Crón. Gen.).

DANIEL GRANADA.

APÉNDICES

El extrañamiento de los jesuitas, por lo que respecta al Nuevo Mundo, bajo el reinado de Carlos III, fué un hecho semejante a la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos y de los moriscos por Felipe III, por sus móviles esenciales, por la manera de ejecutarlas y por lo desastroso de sus resultas. Fama tuvieron desde antiguo las misiones de los padres de la Compañía de América. Su evangélica solicitud, su moralidad ejemplar, su inquebrantable actitud en amparo del indio y el esplendor que supieron dar a las reducciones debidas a su heroica perseverancia en la conquista espiritual de las generaciones selváticas, han merecido en todo tiempo las alabanzas de los más austeros representantes del poder real. Juntamente con la propagación de la buena simiente espiritual, decía el Consejero de Indias D. Juan de Solórzano, los jesuitas han demostrado en lo temporal y político una particular aptitud y celo, amparando y defendiendo al indio contra la opresión y vejaciones del español, del criollo, del mestizo, del negro y de sus propios corregidores ¹. Iguales y aun más expresivas recomendaciones han hecho de su gobierno D. Jorge ² Juan y D. Antonio de Ulloa ³. Otros testimonios análogos e igualmente autorizados ofrecen las memorias e informes de virreyes y visitadores, que no dejan asidero a la envidia y malignidad que dieron de sí

¹ *Polít. Ind.*

² En el manuscrito : *Jorje*. (*N. del E.*).

³ *Informe* public. furtivamente en Londres con el título de *Noticias Secretas de América*.

el extrañamiento de tan escarnecidos apóstoles de la civilización cristiana. En las vertientes del Paraguay, del alto Paraná y el alto Uruguay, situaron sus reducciones, por lo regular, a sus orillas o a las de sus tributarios, en alto. Largos galpones, dividido su interior por tabiques, a la manera de las celdas de un convento, sin comunicación interna, daban a un corredor, que los separaba del muro posterior de otra serie paralela de piezas idénticas, constituían las habitaciones de los indios reducidos, en el pueblo de La Cruz, orillas del Uruguay. Cada serie de cuartos tenía de cien a cincuenta metros de largo, por seis o siete de fondo. Cada cacique habitaba, con su parcialidad, una de esa serie de cuartos. Dando frente a una dilatada plaza cuadrangular, en cuyo centro un cuadrante fijo en elegante columna señala las horas del día, hállase, mirando al mediodía, el colegio o casa de la Compañía, junto a la cual sobresale la iglesia, que estaba suntuosamente dispuesta en su interior, con mucho oro y colgaduras y cuadros e imágenes de talla, muchas de éstas hechas con maderas del país por los indios escultores en los talleres de la reducción. Al lado de la iglesia la capilla bautismal, y a corta distancia, orillas del pueblo, el cementerio, con cruces en tierra y lápidas sepulcrales en guaraní. En el término de los pueblos el abundoso *tapambay* y chacras, donde se cultivaba la caña de azúcar, el maíz, el trigo, la mandioca, el tabaco, toda clase de legumbres y hortalizas, con árboles fructíferos y potreros ¹ o praderías. Los naranjales, que hoy se conservan silvestres, no tienen fin en el Paraguay y son una de sus fuentes de riqueza, y los hierbales hortenses (la hierbamate), cuya reproducción ha

¹ En el manuscrito : potreros (*N. del E.*).

venido siendo un secreto hasta nuestros días, en que se ha descubierto el modo de ejecutarla, eran un ramo importante de comercio. De sus algodonales salían los capullos con que hilaban y tejían sus lienzos y paños burdos. Sus estancias estaban pobladas de ganado vacuno, ovino, caballar y mular. Al romper el alba, con la virgen en andas, hombres y mujeres iban cantando alegremente a una voz, camino de sus labranzas, y con iguales muestras de regocijo volvían a sus viviendas. Había herreros, cerrajeros y carpinteros, así como pintores, escultores y estatuarios, plateros de martillo y de vaciado. Tenían fábricas de armas y prensas para sus catecismos, gramáticas y vocabularios de la lengua guaraní, así como escuelas de primeras letras, de música y de danza. Los enfermos eran asistidos por crucíferos indios (*curuzuyaes*). Las mejores tierras de pastoreo eran las suyas, y no había hombres más jinetes que los indios misioneros. Una o dos partidas de soldados, armados de lanza y adarga y con pistola, velaban por la seguridad de la reducción, hacían ejercicio los domingos por la tarde y alardes todos los meses, en los aniversarios y ocasiones de fiestas públicas demostraban su destreza en escaramuzas de moros y cristianos, a las que acudían los indios silvestres de paz, asombrando con sus lanzas de a caballo. Comprendía la llamada *Provincia Jesuítica del Paraguay*, además del Paraguay, vastas regiones que hoy pertenecen al Brasil, así como el Tucumán, el Chaco y los Chiquitos. Expulsados los jesuitas, gobernaron las Misiones las autoridades civiles y en lo espiritual los franciscanos, mercedarios y dominicos. Cuando alguno de estos religiosos se distinguía por sus virtudes, ponderábanle los indios diciendo: *parece un padre de la Compañía*. El indio misionero fué abandonando la labranza y el taller, por la vagancia en

los campos, donde la *tacuara* ofrecía al futuro caudillejo la lanza del *montonero*, el cual, con sus mesnadas de gauchaje, dió lugar a que el Brasil invadiese las Misiones del Uruguay y las destruyese totalmente, sin dejar alma a vida ni piedra sobre piedra. Los jesuitas tenían establecido el trabajo colectivo en procomún, del que asomaba un principio de propiedad individual, en remuneración de una conducta ejemplar, acompañada da una labor inteligente.



ANTONIO RUIZ DE MONTOYA. — Padre jesuita, natural del Perú, misionero insigne del Paraguay, alto Paraná y alto Uruguay. Compuso el *Arte, Vocabulario y Tesoro de la Lengua Guaraní*, y escribió la *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná y Tape*. Huyendo con sus reducciones de las terribles invasiones asoladoras de los mamelucos y tupíes, abrióse camino por entre cerrados e inmensos bosques, construyó y transportó a hombros multitud de canoas, hizo balsas y navegó aguas abajo el río Paraná. En la costa los conquistadores del Paraguay improvisaron un fuerte, intimidando a Ruiz de Montoya que entregase su gente. Ruiz de Montoya contestó que forzaría el paso y observando que había una mujer en el fuerte, les dijo: que desistiesen de su actitud, si no querían ver *muerta, entre hombres muertos, una mujer*.



En las comarcas fronterizas a regiones desiertas, diversos linajes o parcialidades indígenas, de vida selvática, se aproximan a tiempos a poblaciones de cristianos, para venderles

.

pieles y otros productos, contratándose asimismo en épocas de zafra, para trabajar en sus establecimientos. Otras generaciones, que no quieren nada con cristianos, viven enteramente alejadas de ellos en estado primitivo, y hay asimismo partidas sueltas, que merodean por la frontera, a quienes llaman *indios ladrones* y suelen ser cazados con celada de un modo muy ejecutivo ¹. Como todos esos indios no hablan otra lengua que la suya primitiva, toman de ella por fuerza los cristianos multitud de voces, que no solamente son aprovechables por la filología y lingüística, sino que se incorporan a las lenguas española y portuguesa a título de expresiones necesarias en el tráfico de la frontera.



Majada, en América del Sur, es hato de ganado lanar. «Estos perros echan las majadas al corral» ². Al lugar donde se recoge de noche la majada, llaman *chiquero*. El Cardenal Monescillo, tratando de las costumbres patriarcales de los campesinos del Río de la Plata, dice: «Los *puestos* son casillas o ranchos en que residen los pastores que cuidan cada *majada*» ³. San Juan de la Cruz, en la alegoría de las *majadas*, refiriéndose a las jerarquías de los ángeles por quienes, de coro en coro, van ascendiendo al seno de la divinidad nuestras oraciones, se explica de este modo :

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (N. del E.).

² Azara. *Cuadrúp.*

³ *Letras Divinas y Humanas.*

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
A aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

*
* *

Los nombres comunes con que se especifican las condiciones geográficas de Europa, no dan idea de las que en América se designan con ellos, ora en cuanto se refieren a su magnitud, ora a su naturaleza. Ya Azara observó que en América llaman *arroyos* a los que en Europa son reputados ríos caudalosos. El tratado de 1777 entre las coronas de España y Portugal, para establecer la línea divisoria de sus posesiones respectivas en la América Meridional, señala por límite el *arroyo* Piratiní que entra en el desaguadero de la laguna Merín. Al practicarse la demarcación, los comisarios geógrafos portugueses se negaron a reconocerlo por límite, no obstante resultar identificada su situación, objetando que esa corriente, por el caudal de agua que llevaba, era un *río*, y que el tratado se refería a un *arroyo*. Nuestros diccionarios definen el *estiaje*, neologismo tomado del fr. *étiage*, que se deriva de *été*, estío. Definen asimismo el *estero*, haciéndolo sinónimo de *estuario*. Ninguna de esas definiciones ni aun las que hacen mención de la inteligencia que tienen, en América, las voces respectivas, se ajustan a las condiciones del estiaje y del estero en las regiones trasatlánticas. Una somera demostración de ello, por vía de ejemplo, hará ver cuán necesario es un estudio detenido del lenguaje castellano en América, aparte de las voces indígenas que desde el prin-

cipio de la conquista hasta el día de hoy lo han venido enriqueciendo en provecho de las ciencias.

Defínese el *estiaje*: caudal mínimo o nivel más bajo que ordinariamente tienen las aguas de un río o de otra corriente, por efecto de los calores del estío. En las regiones equinociales¹ de América, la bajante de un receptáculo se vivifica en invierno, esto es, cuando el sol pasa al hemisferio opuesto a la zona en que se halla: la sequía, que dura seis meses, y la consiguiente evaporación no compensada en manera alguna, lo empobrecen y sus aguas llegan al más bajo nivel. Por el contrario, cuando el sol vuelve al hemisferio del lugar que ocupa el receptáculo, dando origen a copiosas lluvias y al deshielo de las cordilleras los calores estivales, el caudal que contienen se acrecienta poderosamente, saliendo de sus cauces y anegando sus islas y los llanos adyacentes: dura la creciente otros seis meses, durante los cuales alcanza su más alto nivel el río, arroyo, laguna o estero. Los llaneros de Venezuela, a favor de estas y otras condiciones peculiares de las vertientes del Orinoco y del Apure, frustraban los planes y los desvelos infatigables de Morillo en la guerra de la independencia. La experiencia les había enseñado que los caballos rucios son más nadadores que los de cualquier otro pelo, y, provistos de ellos en las ocasiones oportunas, pasaban los ríos y canales desbordados con la facilidad de quien anda por sendas conocidas y desembarazadas². La periodicidad de crecientes y bajantes ofrece caracteres singulares en los ríos gigantescos de América. Mientras los tributarios del bajo Amazonas, que se hallan al norte de la línea equinoccial³,

¹ En el manuscrito: equinoxiales (*N. del E.*).

² Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

³ En el manuscrito: equinoccial (*N. del E.*).

cuando el sol pasa al mediodía, merman hasta su más ínfimo nivel, los que ocupan las vertientes superiores, con las lluvias del equinoccio ¹ de primavera y los deshielos de la cordillera de los Andes, corren torrencialmente y se desbordan. Ésta es asimismo la época del año en que, al aproximarse el estío, se dilata y crece majestuosamente ² el Paraná, sepultando bajo sus enturbiadas aguas centenares de islas cubiertas de vegetación ³ arbórea y de juncuales. Estas inundaciones, que se extienden a muchas leguas hacia la margen izquierda, al llegar el Paraná a sus bocas, traen a la memoria los medios que puso en práctica el General Urquiza, siendo gobernador absoluto de la provincia argentina de Entreríos, para acabar con los leprosos. Estos desgraciados, enconados contra la sociedad humana, por el horror que inspiraban, untaban en sus llagas pedacitos de pan, dejándolos en las ventanas y puertas de las casas (casi todas bajas entonces), con el fin de que, llevados inocentemente a la boca por los niños y por los muchachos, recibiesen el contagio. Créese que la lepra viene de comer carne de capincho (comúnmente *carpincho*), cuadrúpedo anfibio que, cuando envejece ⁴, se hincha y va a morir a un cerro u otra eminencia próxima. El General Urquiza prohibió que nadie comiese carne de capincho, mandando echar los leprosos a las islas del Paraná, donde, con las inundaciones estivales, no tardaron en perecer ahogados.

Es el *estero*, en las vertientes del Paraná y Paraguay, el terreno inundado y pantanoso de mucha extensión y de trán-

¹ En el manuscrito : equinoxio (*N. del E.*).

² En el manuscrito : magestuosamente (*N. del E.*).

³ En el manuscrito : vejetacion (*N. del E.*).

⁴ En el manuscrito : embejece (*N. del E.*).

sito imposible o dificultoso, por sus ciénagas y embalsados cubiertos de camalote, y por sus pozos, canales, zanjas y sangradores, a veces con islas, todo obstruído con profusión de plantas, unas arbóreas y arbustivas, otras peculiares de los lugares húmedos, como la cortadera, totora y achira, el sarandí y el junco. A veces llevan el nombre de la planta predominante, como los *sarandizales* del Paraná, Paraguay y Uruguay, y los *manglares* de las regiones equinocciales¹. El estero que definen nuestros diccionarios, es el *anegadizo* de los cronistas de Indias y el *bañado* cuando tiene juncales, cortaderas y otras plantas que lo caracterizan. El *esteral* es una continuidad de esteros. Son famosos los esterales de Corrientes en la Argentina. En el Paraguay el estero Bellaco nace junto a una serrezuela² que está cerca del Paraná y va a morir en una laguna que desagua en el Paraguay, sin ofrecer más que alguno que otro difícil paso, en las veinticinco leguas de su curso, entre las desigualdades del terreno y la espesura enmarañada de su vegetación exuberante. La laguna Verde comunica con el arroyo Ñeembucú, cuyos esterales se prolongan indefinidamente hasta Misiones³.

Estuario y *estero* son voces etimológicamente sinónimas; mas las ha diferenciado el uso. Es el *estuario* un golfo abierto al mar, cuyas aguas se mezclan con las que un río le tributa. Más oportuna aplicación que en Europa tiene en América esta distinción entre el estero y el estuario; porque los caracteres de entrambos⁴ se determinan con mayor precisión en la

¹ En el manuscrito : equinoxiales (*N. del E.*).

² En el manuscrito : serruezula (*N. del E.*).

³ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

⁴ En el manuscrito : entambos (*N. del E.*).

geografía de los respectivos continentes. Los españoles llamaron *mar dulce* el río de la Plata, como lo habían hecho con el Orinoco y el Amazonas. Sólo que esta denominación, respecto del Amazonas y el Orinoco, sólo podía referirse a las aguas de su desembocadura; mientras comprendía todas las del Plata. Por eso los geógrafos modernos lo consideran un estuario. Con efecto tiene en su cabecera, de costa a costa, donde desembocan el Paraná y Uruguay, próximamente diez leguas de anchura. Luego se va ensanchando más y más, hasta que, a unas ochenta leguas de su curso, sale al Atlántico por entre los cabos de Santa María y San Antonio ¹. Invasiéndolo ² las aguas atlánticas con los vientos este y sudeste, haciéndolo retroceder y reincorporarse a sus tributarios, que se hinchan de resultas, señaladamente el Uruguay, muchas leguas río arriba. Las aguas del espaciado receptáculo tornanse saladas, muriendo los peces rezagados, cuyos cadáveres aparecen en las costas. Los guaraníes lo apellidaban *Paraná* y también *Paranáguazú*: río grande semejante a un mar, nombre, el de Paraná, que los españoles reservarán para su principal tributario ³. El estuario fué bautizado con el nombre de su infortunado descubridor, llamándose *río de Solís*, hasta que, tras el viaje de Gaboto, recibió la denominación de *río de la Plata*, merced a unos engañosos indicios de contener este metal las vertientes occidentales del Paraná. El río de la Plata y el Orinoco son las dos entradas que tiene la América Meridional Española por el lado del Atlántico.

¹ Se indica la llamada, pero falta la nota en el manuscrito. (*N. del E.*).

² En el manuscrito: Invasiéndolo (*N. del E.*).

³ « En aquellas regiones significa *pará* lo que *guada* arábigo en España ». (Fr. Martín Sarmiento, *Demostr. Aplog.*).

Sus regiones (las pampas de Buenos Aires, las cuchillas del Uruguay y los llanos de Venezuela) multiplicaron en estado de libertad selvática el caballo árabe andaluz importado por los españoles, el cual, en manos del llanero y del gaúcho, se convirtió en centauro, custodio de la independencia y soberanía de América. La pericia y denuedo de las tropas regulares vencedoras de las huestes napoleónicas se desvanecían ante la incesante movilidad de las rápidas e incoercibles caballerías del país, de heterogénea y fea catadura ¹.

¹ Morillo en sus partes oficiales.

ACUERDOS

Consulta acerca de los nombres *Erico* y *Haroldo*. — Consultada la Academia acerca de los nombres propios *Eric* y *Harold*, aprobó, en junta del 25 de abril, el informe presentado por el señor Luis Alfonso y acordó contestar en los siguientes términos:

« Los nombres germánicos *Eric* y *Harold*, famosos en la historia universal, por haberlos llevado santos, reyes, príncipes, descubridores y literatos de diversos países, han sido incorporados a la lengua castellana con las grafías *Erico* y *Haroldo* respectivamente ».

Consulta acerca de las palabras *andinismo* y *alpinismo*. — En su sesión del 25 de abril, la Academia estudió una consulta sobre las voces *andinismo* y *alpinismo* y, previo informe del señor Luis Alfonso, resolvió contestar en los términos del mismo:

« En su sesión del 15 de abril de 1937, la Academia Argentina de Letras declaró que « el vocablo *andinismo* es recomendable para designar el deporte consistente en la ascensión de los Andes, pues está difundido con esta acepción, no sólo en la Argentina sino en otros países de América, y por tratarse de una expresión que se refiere a todo un sistema orográfico americano ». En junta del 3 de junio del mismo año, resolvió añadir que « al recomendar el uso de *andinismo* no excluía el vocablo *alpinismo* con el significado que le es propio y que aparece en el *Diccionario de la Academia española* » (*Boletín de la Academia Argentina de Letras*, V, 1937, 320).

Esta decisión de la Academia ha sido atacada a la vez por los partidarios de *alpinismo* y los de *andinismo*. El Club Alpinista Mendoza, o para decirlo más correctamente, el Club Alpinista de Mendoza, objetó que si se aceptara la tesis de la Academia « tendríamos que cambiar el nombre de este deporte a cada sistema orográfico » (*El Volante de Cuyo*, n.º 159, agosto de 1937). El señor Ricardo A. Faltis sostiene, en cambio, que debe rechazarse el término *alpinismo*, basándose en que « es un error muy grande y lamentablemente difundido, la creencia de que el deporte de ascender cerros se llama en Europa *Alpinismo* », y que este deporte es conocido con la denominación de *Bergsteigen* en alemán y de *Mountain climbing*, en inglés.

Ambas tesis son inexactas. La Academia no afirma que debe cambiársele el nombre del deporte en cada sistema orográfico en que aquél se practique. Por lo contrario, recomienda el vocablo *alpinismo* como término general y el de *andinismo* como particular, propio del efectuado en la cordillera de los Andes. Y si la Academia ha aceptado este neologismo es porque entiende que reúne las cualidades necesarias indispensables para que se admita un vocablo nuevo en nuestro idioma: propiedad en la denominación, eufonía, uso común, formación correcta de acuerdo con las normas de la lengua castellana. La palabra *andinismo* cumple con estos requisitos. No la ha inventado la Academia, ésta ha reconocido, simplemente, su existencia.

El argumento del señor Faltis no es más consistente. Poco importaría que por lo común no se llamara en Europa *alpinismo* al deporte de ascender montañas, bastaría que se lo designara así en lengua española. Y a este respecto no cabe la menor duda: en español se aplica, como dice la Real Academia Española, al « deporte que consiste en la ascensión a los Alpes o a otras altas montañas ». En España es *alpinista* tanto el que asciende a los Alpes, como el que sube a los Pirineos o a Sierra Nevada. Los habitantes de Madrid y sus alrededores hacen *alpinismo* en la Sierra de Guadarrama y el *Twenty Club* que con ese objeto fundó Manuel de Amezua recibió el nombre de *Club Alpino Español*. También se han constituido en la Península la *Real Sociedad de Alpinismo*

« Peñalara », el *Sindicato de Turismo y Alpinismo*, la *Federación Española de Alpinismo*, etc. La *Federación Vasco-Navarra de Alpinismo*, fundada en Elgueta el 18 de mayo de 1924, se proponía formar « un organismo común y superior a todas las agrupaciones de montaña y excursionismo en las tres Provincias Vascongadas y Navarra, encargado de la iniciación, gestión y organización de todos los asuntos de interés general, en relación con la montaña y excursionismo en la región » (Art. 1.º del Reglamento). Esto no ha sido obstáculo para que dicha Federación aceptara también las palabras *montañismo*, como término genérico, y *pirineísmo*, como término local, ambos menos frecuentes que *alpinismo*¹.

Más aún, la voz *alpinismo* se ha empleado metafóricamente, en español, para designar cualquier subida algo dificultosa, sin relación alguna con los Alpes: « Sentí que me ahogaba y trepé en peligroso *alpinismo* sobre el respaldo de un sillón, para abrir una puerta que aparecía entre cortinas de terciopelo y polvo » (Carmen Laforet, *Nada*; Barcelona, *Ediciones Destino*, [1946]; 19).

Pero tampoco puede invocarse el ejemplo de Europa: el alemán y el inglés no son las únicas lenguas del Viejo Mundo. En francés, según Georges Casella², el primer diccionario que recoge la voz *alpinisme* es el *Nouveau Larousse*, que la define: « Passion pour la montagne, goût des excursions de montagne et d'une façon générale tout ce qui se rapport à ce genre de sport » [« Pasión por la montaña, gusto por las excursiones de montaña y de modo general todo lo que se refiere a esa clase de deporte »]. El mismo autor asegura que la primera mención de *alpiniste* se encuentra en el suplemento de Littré (1877) con la definición de « Celui qui pratique l'ascension des montagnes des Alpes » [« el que practica la ascensión de las montañas de los Alpes »]. El *Larousse*, siguiendo el uso general de la lengua francesa, la susti-

¹ Véase *Pyrenaica*, II (1927), 56, 109 y 122. En los medios deportivos franceses circulan también las voces *pyrénéisme* y *pyrénéiste*, que no han sido aceptadas todavía por la lengua común.

² *L'Alpinisme* (París, *Pierre Lafitte et Cie.*, s. a.), 61.

tuye por la de «touriste qui aime les ascensions, les excursions dans les montagnes» [«turista que gusta de las ascensiones, de las excursiones en las montañas»]. Ch. Durier, en el artículo *Alpinisme* de *La Grande Encyclopédie*, escribe: «Ce néologisme, dérivé du mot *Alpes* (pour *montagnes* en général), désigne essentiellement un certain genre de sport approprié aux montagnes et dont l'objet est de gravir jusqu'aux cimes les plus élevées, malgré les obstacles qu'oppose la nature des lieux» [«Ese neologismo, derivado de la palabra *Alpes* (por *montañas* en general), designa esencialmente cierta clase de deporte apropiada a las montañas y cuyo objeto es el de trepar hasta las cimas más elevadas a pesar de los obstáculos que oponga la naturaleza de los lugares»] (II, 508 b). Las mismas acepciones persisten en los diccionarios más recientes, como el *Dictionnaire Encyclopédique Quillet*, de 1935: «ALPINISME, n. m. (Néol.). [Sport] Goût des excursions, des ascensions dans la montagne» [«gusto por las excursiones, por las ascensiones en la montaña»], «Ces excursions elles-mêmes» [«Las mismas excursiones»]; «ALPINISTE, n. Touriste qui fait des excursions dans les montagnes». [«Turista que hace excursiones en las montañas»]. En portugués, *alpinismo* se aplica tanto al «gosto ou hábito das ascensões aos Alpes» [«gusto o hábito de las ascensiones a los Alpes»] como al «gosto das ascensões ás grandes altitudes» [«gusto de las ascensiones a las grandes alturas»]¹. En italiano, llámase *alpinismo* a «la società di coloro che per cagione di studio, od anche di diletto, si propongono di ascendere i più alti monti» [«la sociedad de los que por razones de estudio, o también de placer, se proponen ascender a los montes más altos»] (Pietro Fanfani, *Vocabolario della Lingua Italiana*), y estos significados son tanto más aceptables en estos dos últimos idiomas cuanto que, en ellos, *alpe* es sinónimo de montaña. Así ha escrito Dino Compagni: «Piangono i suoi cittadini formati di bella statura ec. possessori di così ricco luogo attorniato di belle fiumane, e d'utili alpi, e di fini terreni» (*Diceria*, I, 25) [«Lloran sus ciudadanos dotados de bella estatura y po-

¹ CANDIDO DE FIGUEIREDO, *Novo Dicionário da Lingua Portuguesa*.

seedores de tan rico lugar rodeado de bellos ríos y de útiles *montañas*, y de óptimos terrenos »] ¹. Sin violencia puede darse también igual sentido figurado al inglés *alpinism*, teniendo en cuenta que *alp* equivale a « a lofty mountain or mountain-peak » [« una montaña altísima o pico de montaña »] (Funk and Wagnalls, *New Standard Dictionary of the English Language*, ed. de 1942), como en gaélico en el que *alp* significa *high mountain* 'montaña alta'. Otra prueba de que el *alpinismo* abarca todas las ascensiones de montaña en cualquier parte del globo que se efectúen consiste en los nombres que han adoptado muchas sociedades de excursionistas, tales como el *Japanese Alpine Club*, tan « prácticamente imposible » como el *Club Andino de Viena*, de que habla el señor Faltis. Acertadamente ha hecho notar el Club Alpinista de Mendoza que a la Unión Internacional de las Asociaciones de Alpinismo, fundada en Chamonix el 27 de agosto de 1932, están adheridas veinticuatro naciones, de las cuales sólo cinco pertenecen al sistema orográfico de los Alpes : Francia, Italia, Suiza, Alemania y Austria y, sin embargo, en las diecinueve restantes existen « poderosas Asociaciones de Alpinismo, desde la vieja Inglaterra, que se puede considerar fundadora de este deporte, hasta Suecia, España, Grecia, Japón, Norte América, etc. ». Sería absurdo que en cada nación se diera al mismo deporte un nombre diferente sacado de las montañas que visitan los excursionistas : si es aceptable *andinismo* y, hasta cierto punto, *pireneísmo*, no lo serían en cambio *fusiyamismo*, ni *ruwenzorismo*, ni *lunismo* o *montelunismo*, etc.

Los nombres de lugares, y los que de ellos se derivan, están sometidos a los mismos cambios que se producen en los nombres comunes. Platón, en el *Cratilo*, ha señalado esas transformaciones. En el diálogo mencionado, Sócrates sostiene, frente a Her-

¹ « Parve che, a poco a poco, i migliori abbandonassero il monte [Cervino] ai mediocri ; l'*alpinismo* corre ormai lontano, verso nuove, più proficue glorie, ricercando le vette del Caucaso, delle Ande, della nuova Zelanda, dell'Himalaia, e continua così il suo contributo alla discoperta del mondo ignorato » (GUIDO REY, *Il Monte Cervino* ; Milán Hoepli, 1926, 143). Texto comunicado por el señor J. Frédéric Finó.]

mógenes, que los nombres están en conformidad con la naturaleza de las cosas, y, frente a Cratilo, que el *ἔθος*, o sea el uso, obliga a admitir una parte de *συμβήκη* o convención. Ésta aleja al vocablo de su significado primitivo. Las palabras adquieren nuevas acepciones, que a veces contradicen a las que antes tenían. Los hombres no suelen preocuparse por conservar el *ῥηθότης ὀνομάτων*, la rectitud de los nombres. *Faro* significó primitivamente la torre que uno de los Ptolomeos mandó construir en la isla de Faro, a la entrada del puerto de Alejandría, para guiar a los navegantes durante la noche y después se aplicó a todas las construcciones similares levantadas en otras partes de la tierra. A nadie se le ocurriría rechazar ese nombre porque el faro se construyera en un lugar que llevara distinta denominación. Ejemplos análogos ocurren frecuentemente en las palabras que designan productos industriales: *champaña*, *Jerez*, *Burdeos*, entre los vinos; *chal*, *gasa*, *cachemira*, entre las telas; *tafilete*, *cordobán*, entre los cueros; *toscano*, *habano*, entre los cigarros, etc. Un caso interesante es, en francés, el de la voz *pistolet*. « Pistolet, escribe Des Accords, a été ainsi nommé premierement pour une petite dague ou poignard qu'on souloit faire à Pistoye, petite ville distant deux lieues de Florence, et furent à ceste raison nommez premierement pistoyers, depuis pistoliers et enfin pistolets; quelque temps après, l'invention des petites arquebuses estant venue, on leur transporta le nom de ces petits poignards; depuis encore on a appellé les escus d'Espagne pistolets, pour ce qu'ils sont plus petits que les autres; et, comme dit Henry Estienne, quelques temps viendra qu'on appellera les petits hommes pistolets et les petites femmes pistolettes ». [« Pistola ha sido llamada así primitivamente por una pequeña daga o puñal que se solía hacer en Pistoya, pequeña ciudad distante dos leguas de Florencia, y fueron por esta razón llamadas primeramente *pistoyers*, después *pistoliers* y por fin *pistolets*, algún tiempo después habiéndose inventado los pequeños arcabuces se les dió el nombre de esos puñalitos; después se han llamado también *pistolets* los escudos de España, porque son más pequeños que los otros; y, como dice Henry Estienne, tiempo vendrá que se llamará a los

hombres pequeños *pistolets* y a las mujeres pequeñas *pistolettes* »] ¹.

Los trepadores de montañas siguen llamando *alpenstock*, literalmente 'bastón de los Alpes', al bastón que utilizan para ayudarse a ascender las pendientes, aunque no estén en los Alpes cuando lo emplean ².

Vandalismo ha añadido a su primer significado ('devastación propia de los antiguos vándalos') la acepción figurada de 'espíritu de destrucción que no respeta cosa alguna, sagrada ni profana', sin necesidad de que el destructor pertenezca al remoto pueblo germánico.

De igual modo, nada se opone a que se use la palabra *alpinismo* aplicada, en general, al deporte de ascender montañas, y la de *andinismo* cuando esas montañas sean las que forman la cordillera de los Andes, pues, como sostiene Miguel Bréal, « no se hablaría si se quisiera reducir todas las palabras al sentido exacto que tuvieron primitivamente ».

Consulta acerca del nombre araucano *Jenekeo*. — Consultada la Academia acerca del nombre araucano *Jenekeo*, resolvió contestar, en junta del 25 de abril, que dicha voz no ha sido incorporada a la lengua española.

Consulta acerca de la pronunciación de apellidos. — En sesión del 25 de abril, la Academia estudió una consulta sobre la pronunciación de apellidos extranjeros y, de acuerdo con el informe presentado por el señor Luis Alfonso, resolvió contestar que « los apellidos extranjeros deben pronunciarse como en su lengua de origen, con excepción de los que han sido castellanizados por el uso, como *Buchardo*, del francés *Bouchard*; *Vespucio*, del italiano *Vespucci*; *Durero*, del alemán *Dürer*, etc. ».

Delegado en la Comisión que estudia los derechos de autor. — El señor Presidente. doctor Carlos Ibarguren, en junta del 9 de

¹ Des Accords, *Bigarrures*, p. 89, cit., por Littré, s. u. *pistolet*.

² Un autorizado andinista, el señor J. Frédéric Finó, ha propuesto sustituir *alpenstock* por *bastón cordillerano*. V. *Elementos para un glosario andino*, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, VII (1939), 154.

mayo, dió cuenta de la designación que había hecho del Académico Secreterio, doctor Carlos Obligado, como representante de la Academia en la Comisión Argentina que estudiará los antecedentes de los derechos de autor, para intervenir en las deliberaciones que, sobre este asunto, se efectuarán en el Congreso Panamericano.

La designación del doctor Obligado encontró unánime aprobación en la Academia.

Conferencia del señor académico de número doctor Mariano de Vedia y Mitre. — La Academia, en junta de 9 de mayo, acordó aceptar el ofrecimiento del señor académico Mariano de Vedia y Mitre para pronunciar, en fecha que se fijará próximamente, una conferencia acerca del tema « El problema sexual en los sonetos de Shakespeare ».

Recepción del señor académico de número doctor Arturo Capdevila. — En junta de 9 de mayo, la Academia resolvió, de acuerdo con los académicos de número señores Arturo Capdevila y Rafael Alberto Arrieta, celebrar sesión pública en el próximo mes de septiembre para recibir al primero de los nombrados, que ocupa el sillón puesto bajo la advocación de « José Manuel Estrada », vacante por fallecimiento del académico de número don Juan B. Terán.

Dirección de las publicaciones. — En junta de 9 de mayo, la Academia acordó suprimir el cargo de director de publicaciones, que había desempeñado el señor académico de número don Eleuterio F. Tiscornia, y dispuso que la dirección de publicaciones sea desempeñada en adelante por la mesa directiva de la Academia.

Publicaciones para el año de 1946. — La Academia, en junta de 9 de mayo, aprobó el siguiente plan de publicaciones para el año en curso :

Carta sobre la poesía, por Bartolomé Mitre; con un estudio prologal y notas del señor académico doctor Mariano de Vedia y Mitre.

La Eneida de Virgilio; traducción de don Dalmacio Vélez Sársfield, con estudio prologal del señor académico de número don Juan Álvarez.

Obras Poéticas, por José Mármol; edición prologada, cuidada y anotada por el señor académico don Rafael Alberto Arrieta.

Los Poetas Hispanoamericanos, por Calixto Oyuela; edición cuidada por el señor académico secretario doctor Carlos Obligado.

Filosofía Vulgar, por Juan de Malara, en edición facsimilar.

Cervantes, por el señor académico don Arturo Marasso. Esta última obra aparecerá como homenaje a Cervantes con motivo de cumplirse, en 1947, el cuarto centenario de su nacimiento.

Conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. — En junta de 9 de mayo, acordó la Academia celebrar el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes (1547-1946), dedicándole un número del *Boletín* en el tomo correspondiente al año de 1947.

Inauguración de la biblioteca de la Academia. — La Academia, en junta de 9 de mayo, acordó inaugurar la biblioteca con un acto público y una exposición de manuscritos de patronos de sillones y otros escritores argentinos y de primeras ediciones de sus obras.

Fallecimiento del señor académico correspondiente don Pedro Henríquez Ureña. — Con motivo del fallecimiento del señor académico correspondiente doctor Pedro Henríquez Ureña, acaecido en Buenos Aires el 11 de mayo, el señor Presidente dispuso enviar un oficio de pésame a la señora viuda. Además, en la sesión del 23 del mismo mes, la Academia tributó un homenaje al eminente escritor desaparecido.

Publicación de los acuerdos sobre el lenguaje. — En junta de 23 de mayo, la Academia, considerando el gran número de personas interesadas en la fácil consulta de los acuerdos que sobre cuestiones idiomáticas ha tomado la Corporación, resolvió publi-

carlas en un volumen y encargó la preparación del mismo al señor Luis Alfonso, asesor técnico de la Academia.

Consulta acerca del nombre *Jenaro*. — En la sesión del 23 de mayo, la Academia consideró una consulta acerca de la ortografía del nombre *Jenaro* y, oído el informe del señor Luis Alfonso, resolvió contestar que: « *Jenaro* debe escribirse con *j* (Rodolfo Ragucci, *Palabras Enfermas y Bárbaras*, 1ª edic., 108), por venir del latín *Ianuaris*, cuya *i* inicial se representó con *j* desde el siglo XVII (G. Édouard, *Écriture et Prononciation du Latin savant et du Latin populaire*, 1882, 9-10).

Consulta acerca de la palabra *Protex*. — Consultada la Academia acerca de si « los vocablos *Protek* y *Protex* son palabras que pertenecen a algún idioma y, en caso afirmativo, qué significado tienen en el mismo », aprobó el siguiente informe del señor Luis Alfonso:

« *Protek* y *Protex* no pertenecen a idiomas de difusión universal. No puede afirmarse, sin embargo, que no existan en alguna de las muchas lenguas habladas en el mundo. Aparentemente están formados por dos elementos: *pro*, que en las lenguas indoeuropeas se usa como adverbio, preposición y preverbo, y otro elemento que podría ser bien *tex*, que aparece en el verbo latino *texo* 'tejer'; bien *teg*, de la raíz indoeuropea **st(h)eg* 'cubrir', representada por el sánscrito *sthaḡati* 'cubrir, ocultar', el griego *στέγω*, el latín *tego*, que entra en la formación de *detēgo* 'descubrir lo que está cubierto', *oblēgo* 'esconder, tapar', *protēgo* 'proteger', etc. ».

Consulta acerca de la palabra *doyen*. — Consultada la Academia sobre los significados de la voz *doyen*, aprobó el siguiente informe del señor Luis Alfonso:

« *Doyen*, del latín *decanus*, no pertenece al español sino al francés, idioma en el que tiene los siguientes significados:

1º Dignidad eclesiástica, 'deán': « — Seigneur comte — dit Patronio — à Saint-Jacques vivait un *doyen* qui avait un grand

désir d'apprendre la nécromancie » [Señor conde — dijo Patroño — en Santiago vivía un deán que tenía mucho deseo de aprender nigromancia] (Comte de Puymaigre, *Les vieux Auteurs Castillans*, II, ed. de 1890, 205). « Le demeurant des Rats tint chapitre en un coin / Sur la nécessité présente, / Dès l'abord, leur Doyen, personne fort prudente / Opina qu'il falloit, et plus tôt que plus tard / Attacher un grelot au cou de Rodilard ». [Las ratas sobrevivientes celebraron capítulo en un rincón / Sobre la necesidad del momento. / Desde un principio, su Deán, persona muy prudente / Opinó que era necesario, y cuanto antes mejor / Colgar un cascabel al cuello de Rodilard] (La Fontaine, *Fable II, Conseil tenu par les rats*, en *Œuvres de J. de La Fontaine*, ed. de Les Grands Écrivains de la France, 1883, 134).

2° Dignidad universitaria, 'decano': « à la Faculté, le doyen, par haine, l'obligeait [à M. Bergeret] à faire son cours dans un caveau obscur et malsain » [en la Facultad el decano, por odio, le obligaba a dictar su curso en una covacha oscura y malsana] (Anatole France, *L'Orme du Mail*, ed. de 1926, 199). « Géraudin ... épousa Valérie Largilier, la fille cadette du doyen de la Faculté » [Géraudin ... casó con Valeria Largilier, la hija menor del decano de la Facultad] (Maxence van der Meersch, *Corps et Âmes*, I, 30).

3° 'El más anciano'. Se aplica en este sentido, al más antiguo de los miembros de un cuerpo, por orden de incorporación; al de mayor edad de un grupo de personas que se dedican a la misma actividad, o simplemente, al que tiene más edad que otro: « Talon n'eut pas achevé de parler, que Crespin, doyen de la Grande Chambre, rapporta une autre requête de Mlle Longueville, par laquelle elle demandait et la liberté de Monsieur son père et la permission de demeurer à Paris pour la solliciter » [No había acabado Talon de hablar, cuando Crespin, decano de la Cámara Grande, trajo otra petición de la señorita Longueville, por la que pedía la libertad de su señor padre y permiso de permanecer en París para solicitarla] (Cardinal de Retz, *Mémoires*, Bibliothèque de la Pléiade, 1939, 415). « Il y avait dix-sept ans qu'il [Fontenelle] était le doyen de ses confrères ». [Hacía diez

y siete años que era el *decano* de sus colegas] (J.-B.-J. Champagnac, *Notice historique sur Fontenelle*, en *Œuvres de Fontenelle*, I, ed. de 1825, X). « Si vous n'avez que soixante ans, je suis votre *doyen* » [Si usted no tiene más que sesenta años, soy mayor que usted] (*Dictionnaire de l'Académie Française* s. u. *doyen*)).

Consulta acerca de la voz *Yampre*. — Consultada la Academia sobre « a) si una hipotética palabra castellana que se escribiese *Yampre* sería llana y si para convertirla en aguda sería indispensable colocar sobre la *e* un acento agudo ; b) si es cierto que el acento circunflejo no es del idioma nacional ni se usa en el mismo », aprobó, en sesión de 23 de mayo, el siguiente informe del señor Luis Alfonso :

« Una palabra castellana que se escribiera *Yampre* sería llana. En caso de ser aguda llevaría acento gráfico sobre la *é*. El acento circunflejo no se emplea en nuestra lengua. Por eso la Academia Española, después de indicar que « en la Lengua Latina [los acentos] son tres, grave, agudo y circunflejo », añade : « En la Lengua Castellana el circunflexo, que se forma assi ^, no tiene uso alguno, y si tal vez se halla usado por algun Autor, es sin necesidad, porque no sabemos ya el tono que los Romanos usaban y explicaban con este acento » (*Discurso prohemial de la orthographia de la Lengua Castellana*, en *Diccionario de Autoridades*, I, LXIV).

Consulta acerca del nombre del poeta Guido y Spano. — En junta del 23 de mayo la Academia acordó contestar una consulta formulada acerca del nombre del poeta don Carlos Guido y Spano, y resolvió aconsejar que « no se omita en el apellido de Carlos Guido y Spano, la conjunción *y*, por haberla usado invariablemente el poeta, como lo prueban los muchos autógrafos que de él se conservan ».

Donación de un retrato de don Marcelino Menéndez y Pelayo. — La Academia, en junta del 23 de mayo, acordó aceptar y agradecer el ofrecimiento de un retrato de don Marcelino Menéndez

y Pelayo que perteneció al extinto académico de número don Eleuterio F. Tiscornia. Con tal motivo se dispuso el envío de un oficio a la señora doña Feliciano G. de Tiscornia, esposa del nombrado Académico.

Fallecimiento del señor académico de número doctor Ramón J. Cárcano. — El señor Presidente dió cuenta, en junta del 27 de junio, del fallecimiento del señor académico de número doctor Ramón J. Cárcano, acaecido en esta Capital el 2 de junio. Con tal motivo el Presidente, doctor Carlos Ibarguren, pronunció un breve discurso en el cual exaltó la personalidad y la obra del extinto y cuyo texto se publica en este número del *Boletín*. A continuación se dió lectura a la siguiente resolución :

« Con motivo del fallecimiento del señor académico de número doctor Ramón J. Cárcano, el Presidente de la Academia Argentina de Letras, doctor Carlos Ibarguren resolvió :

1° Asociarse al duelo e invitar a los señores académicos de número y correspondientes.

2° Enviar una corona de flores a la capilla ardiente.

3° Enviar oficio de pésame a la familia del extinto miembro de número.

Posteriormente, en junta del 11 de julio, quedó acordado celebrar una sesión especial en homenaje a la memoria del doctor Cárcano al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento. Resolvióse también designar al señor académico de número doctor Mariano de Vedia y Mitre para que haga uso de la palabra en tal circunstancia.

Consultas acerca de los nombres *Gisela* y *Ethel*. — Consultada la Academia acerca de los nombres propios *Gisela* y *Etel*, aprobó, en junta del 27 de junio, el siguiente informe del señor Luis Alfonso :

« Ni *Gisela* ni *Ethel* son nombres españoles. *Gisela* viene del francés *Gisèle*. Alberto Dauzat, en su libro sobre *Les Noms de Famille de France* (Paris, Payot ; 1945 ; 78) supone que *Giselle* deriva de una raíz germánica *Gīsil-*, alargamiento de otra raíz

también germánica *Gis-*, y cuyo significado sería el de 'flecha, rayo'. La tesis es discutible : igualmente podría verse en *Gisèle* el femenino de *Gilles*, derivado del latín *Ægidius*. *Gisèle* se habría formado, como otros sustantivos franceses, intercalando una sílaba entre el radical y el sufijo nominal (Arsène Darmesteter, *Cours de Grammaire historique de la Langue Française*, III, 3ª ed., 86). El equivalente español de *Gisèle* sería, en tal caso, *Gila*¹, femenino de *Gil*, forma popular española de *Ægidius*. Sea de ello lo que fuere, *Gisèle* se usa en francés desde hace siglos. Una *Gisèle* cuyo nombre aparece escrito *Gisèle*, *Gisla* o *Gilda* es, según textos medievales, hermana de Carlomagno y la *Karломagnus Saga* hace de ella la madre del paladín Roldán (Gastón Paris, *Histoire poétique de Charlemagne*, 378). *Ethel*, nombre de origen teutónico, que significa 'noble', se usa en español aunque no tan frecuentemente como su compuesto *Etelvina*. Debe escribirse *Etel* y no *Ethel* ».

¹ « *Gila* Gonzaló / de la villa yama ; / no sé yo, madres, / si me labriré / *Gila* Gonzalé / yama la torre » (Lope de Rueda, *Comedia llamada Eufemia*, en *Obras*, edición de la Real Academia Española, I, 76-77). « Seguro me juzga *Gila*, / Porque no le pido zelos / Quando el no pedirlo es / Indicio, de que los tengo » (Sor Juana Inés de la Cruz, *Otra letra*, en *Obras*, II, ed. de 1725, 240).

C O N I
BUENOS AIRES